

**UCES**

UNIVERSIDAD DE CIENCIAS  
EMPRESARIALES Y SOCIALES

# De sacrificios, sufrimientos y otros axiomas a franquear en un análisis



**Eduardo Said**

Said, Eduardo

De sacrificios, sufrimientos y otros axiomas a franquear en un análisis / Eduardo Said ; Ilustrado por Nico Said. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : UCES - Editorial de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1850-59-4

1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Said, Nico, ilus. II. Título.

CDD 150.195

**Imagen de tapa: Ema Alt**

# Acerca del Autor

Eduardo Said es psicoanalista y se desempeña como decano de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Ha sido miembro de la Escuela Freudiana de Buenos Aires durante tres décadas. Muchos de los trabajos que se acompañan fueron redactados en sus contextos.

Ha publicado los libros *De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* (editorial EFBA, Buenos Aires, 2010), y *Lacan en entredicho, para una lectura crítica de La Tercera* (Prometeo Editorial, Buenos Aires, 2019).

Es coautor de *El sujeto en la estructura. Fundamentos clínicos del Psicoanálisis* (2015); *La época del psicoanálisis. Lo contemporáneo y lo actual editorial* (Letra Viva, 2016). Ha escrito numerosos textos en Cuadernos Sigmund Freud (publicación EFBA) y en otras publicaciones psicoanalíticas. Es supervisor clínico y expositor en ámbitos públicos y privados.

Correo electrónico: [eduardovsaid@gmail.com](mailto:eduardovsaid@gmail.com)  
[esaid@uces.edu.ar](mailto:esaid@uces.edu.ar)

Gracias a Gabriel Belucci  
que generosamente aportó el prólogo.

# Prólogo

Prologar un libro es, de algún modo, presentarlo a sus posibles lectores. Los textos que componen este volumen tienen una diversidad de orígenes y de contextos de producción. ¿Qué los agrupa, entonces, más allá de una intención recopilatoria, muy válida en sí misma?

Además de los tópicos que nos permiten reconocer a un autor, mi impresión al recorrerlos es que son la decantación de una extensa y rigurosa elaboración de la clínica. La clínica, en efecto, no sólo acontece en la experiencia analítica como tal, la clínica es la lectura de esa experiencia.

Y en estas páginas el lector se encontrará a un analista que interroga sistemáticamente nuestra práctica, no descansando en la comodidad de ciertos lugares comunes que, al decir de Lacan (citando a Mallarmé), pasan de mano en mano como una moneda gastada.

Le doy cuerpo a esta idea. Es un lugar común del lacanismo plantear la cuestión del fin de análisis como un punto de no retorno, decantación de un recorrido que llega, allí, a su límite lógico.

Sin objetar que ese pueda ser el horizonte, Eduardo Said lo problematiza al proponer la noción de “franqueamientos”, solidaria de pensar los tiempos del análisis, no sólo el desenlace al que conduce.

Quiquiera tenga apenas un limitado tránsito por la práctica, reconocerá en esta idea que las transformaciones que un análisis vehiculiza no tienen lugar en un punto terminal, momento casi heroico en el que el analizante iría más allá de los condicionamientos de la neurosis.

Esas transformaciones suceden más bien en el decurso del análisis, en ese “mientras tanto” que el concepto freudiano de *Durcharbeiten* de algún modo resume. La cura va aconteciendo, y es la serie de los franqueamientos que el analizante opera la que va produciendo márgenes con respecto a la neurosis, márgenes que hacen legibles sus efectos, en los que alguien puede verificar en otro que “se le nota el análisis”.

Y eso sin que haya llegado, en absoluto, a un final. Otro hilo conductor de estos textos lo encuentro en la posición en la que Said se ha reconocido con insistencia, la de “lector crítico”. El acento está

puesto aquí, sobre todo, en la textura de los conceptos con los que formulamos la experiencia.

Un ejemplo de esto es la manera en que lo real tiende a quedar situado primero como una letra y luego, en la escritura del nudo, como un redondel en paridad con las cuerdas imaginaria y simbólica, apuntando a que no hay allí primacía. A contrapelo de esta lectura, Said recupera la disimetría de los registros, en la que lo real –por ejemplo– se presenta más bien como aquello que pone en tensión todo anudamiento. Retoma, así, la impronta de ruptura y de encuentro con la que lo real queda ubicado en un seminario de corte como el Seminario 11.

Nos recuerda, de paso, que las teorizaciones del psicoanálisis no se producen como una superación de lo viejo por lo nuevo, sino en tramas más complejas que interpelan al lector. Y el lector será, aquí, interpelado.

Los escritos se organizan en dos secuencias, tituladas “Franqueamientos” y “Recorridos”. La secuencia no está dada –no únicamente al menos– por el contenido de los textos. Arriesgando una lectura, pienso que la primera nominación alude, sin duda, a los franqueamientos que acontecen en los análisis, a la eficacia del análisis, a sus desenlaces, pero también al franqueamiento de ciertas posiciones teóricas, supuestos y lugares comunes en los que podemos empantanarnos.

El título de la segunda secuencia –en sí heterogénea– me resulta algo más enigmático. “Recorridos” aborda, por una parte, aquello a lo que la palabra hace borde, y que nos remite a la dimensión de lo no ligado freudiano: el odio, la destructividad, el cuerpo.

Son temas en los que la interrogación de Said se ha detenido en los últimos tiempos, en los que convergen la clínica y ciertos acontecimientos que, en el campo social, actualizan esas dimensiones del sujeto. Los textos de esta segunda parte precipitan, en su encadenamiento, en el escrito que, a modo de *point de capiton*, permite leer en retroacción la compilación en su conjunto. Ese escrito final pone en discusión la transmisión como “apropiación de un saber-hacer”. ¿Cómo hacer, en efecto, con eso que de lo real nos toca, como franquear nuestras respuestas y soportes, si esas respuestas y soportes traen aparejado un pathos?

En eso consiste la apuesta de un análisis, y la de pensar sus condiciones. Esa es la apuesta de este libro. Llego, así, a un tercer hilo

conductor: el sostenido interés de Eduardo Said en la interlocución, en interrogar el psicoanálisis con otros. Se piensa con otros. El pensar no es, en absoluto, una empresa individual.

Ese interés lo llevó no sólo a sostener su pertenencia a una escuela de psicoanálisis –la más antigua del lacanismo argentino– sino a la universidad. Fue ahí donde me encontré con su enseñanza, fue ahí donde lo he acompañado en esa función de enseñar. Enseñar, transmitir. En su complejo anudamiento, son uno de los ejes que enmarcan este libro.

Señalo, para concluir, que este libro puede –y recomiendo que así sea– leerse en serie con los dos anteriores: *Lacan en entredicho* y, sobre todo, la primera compilación de escritos titulada *De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes. Recorridos del psicoanálisis*. Más allá de los numerosos hilos que el lector podrá rastrear, destaco como una idea fundamental de esa otra obra lo que Said nominó allí “posición sacrificial”. La neurosis, en efecto, se sostiene en lo fundamental como un sacrificio al Otro, que Freud llamó “masoquismo”.

¿No es de esa posición, en definitiva, que Said nos propone estar advertidos, como una posibilidad de franquearla, de hacer con eso? Los invito a pensarlo.

Gabriel Belucci  
Buenos Aires, enero de 2024

# Prefacio

“Publicar un libro responde al deseo del que escribe”. Ana Maugeri, mi mujer, me acompañó con esa aserción.

Tomándolo como verdad, ¡qué menos!, me interroga. ¿Qué me impulsa a hacerlo?

Tal vez el encontrar algún lector crítico, al que le despierte la alternativa del debate teórico-clínico. Lector crítico es el sintagma en el que me reconozco.

Me habita la convicción de no repetir en ecolalia. Reconociendo en acto que, al leer a Lacan sin fascinación, tomé provecho de sus hallazgos.

Una preocupación recorre muchos textos, es la de enunciar los franqueamientos, condición de las mutaciones y del alcance a que llegue el análisis. Sin hacer de la posición advertida una conclusividad sancionable.

Estas y unas cuantas otras cuestiones que no podría precisar aquí me motivan.

Eduardo Said  
Enero 2024

# Índice

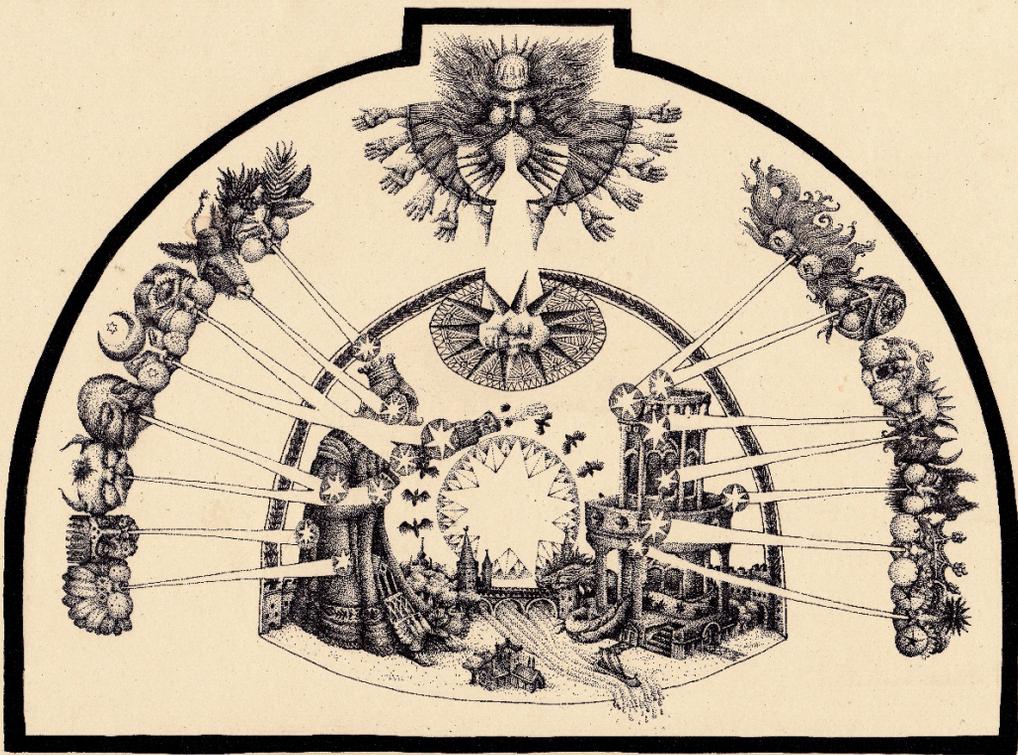
## Parte 1 Franqueamientos

- Del sujeto advertido y los fines del análisis .....11
- Sobre el sinthome – de letras y nudos .....24
- Posición-lugar-operación analítica  
*Interrogando el semblante de objeto “a” en la dirección de la cura* .....37
- De esquicias y empalmes .....45
- Alcances - finales - impases .....49
- El no-todo - sus correlatos clínicos .....52
- Alojjar - De los fines del análisis y la contingencia de un otro amor .....58
- Finales de análisis y dispositivo de “el pase” – interrogando sus limitantes .....63
- Acerca de la nominación de AME – sus condicionantes .....66
- La intersubjetividad que resta en transferencia .....73

## Parte 2

# Recorridos en Psicoanálisis

- Destinos de la irreductible  
dimensión del odio .....78
- Función del “charlar” en el  
campo de *lalengua* .....85
- Lo que se cifra en el nombre .....95
- Lo obsceno – cuerpo,  
sexualidad y muerte .....101
- Del sujeto y el  
cuerpo - La hipótesis del  
“Cerebro” - del órgano  
y del deseo .....106
- Del uso y abuso del  
significante “bipolar” -  
Bordes en la nosología .....115
- “No matarás”! – ni a ti  
mismo – del suicidio, la vida  
y la muerte .....126
- Sobre la transmisión –  
apropiación de un saber-  
hacer .....136



# *Franqueamientos*

*Dibujo de Nico Said*

# Del sujeto advertido y los fines del análisis<sup>1</sup>

Recurro a las llamadas Reseñas de enseñanza, en particular aquellas que corresponden al seminario 67/68 sobre El acto Psicoanalítico, para citar a Lacan: *“el acto analítico lo vamos a suponer a partir del momento selectivo en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista”*.

Para el acto analítico tomo entonces el sesgo de la travesía del análisis y sus consecuencias, lateralizando la discusión sobre variables de la acción práctica. Otra vertiente por la que se discurre, confundidas a veces.

## - **De la escisión**

Parto de una puntuación que bien podría ser innecesaria en el lacanismo: no se supone que el análisis depare en sus fines una consistencia no escindida.

Equivoca la dirección de la cura si su destino es un yo íntegro, integrado-adaptado-regulado. Ese fue el eje de la intervención política de Lacan sobre el horizonte del yo autónomo, libre de conflictos con que la psicología psicoanalítica del yo operaba una elisión del inconsciente freudiano. Horizonte de intervención que hoy nos sigue involucrando en un medio afectado por diversidad de orientaciones psicológicas, normativizantes de conductas.

Bastaría leer con detenimiento a Freud en Análisis Terminable e Interminable para localizar que la fortaleza del yo es referida a la aptitud para la asociación libre, no por el fortalecimiento de la autoestima y la evitación del conflicto, o aún de la angustia.

Me animo a presuponer una primera equivalencia entre asociar libremente –propuesta freudiana– y asumir la emergencia de la división misma. Asumir que lo inconsciente es también el discurso del Otro que habla en cada quien. Habilitar a que la hiancia como tal devenga apertura para el hallazgo y producción de la letra que sella el fantasma neurótico.

Cito a Lacan en el seminario del acto – clase del 20.02.68, en

---

<sup>1</sup> Una versión abreviada fue presentada en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis Buenos Aires 2013

referencia al trayecto psicoanalizante: *“Es justamente el fin del psicoanálisis que se realice como constituido por esa división”*. *“No hay psicoanalizado, hay un “habiendo sido psicoanalizante”, de donde no resulta más que un sujeto advertido”*

Frases contundentes que abren la interrogación por las formas, modalidades, tiempos de tal realización.

El campo del sujeto implica la escisión como correlativa de cualquier precisión que de él dé cuenta. Aunque referida la escisión al sujeto, no deja de ser un recurso para interrogar el efecto potencial del agujero en el narcisismo, atributo del yo.

Dejamos abierta la extensión de la pregunta a la potencial y correlativa escisión del yo en el fin de análisis. Con la convicción que la asunción de la posición sujeto, implica la aceptación de una topología contingentemente no esférica del yo. Tal vez un yo que, alterado, escindido; advierta su función de desconocimiento. Particularmente en las trampas de lo paranoide.

Deja en esbozo la trayectoria de un análisis como realizar simbólicamente lo imaginario.

Ahora bien, enunciar que no se trata de una integración complementante, no dice de las mutaciones, alteraciones de la escisión misma en ese decurso. Si hay sujeto escindido en el inicio, y por eso demanda de análisis, lo hay también en sus fines.

Apuntamos la pregunta a los cambios, mutaciones, irreversibilidades de los bordes de la escisión misma. Acentúo la función del borde, entendiendo que la escisión no importa el solo vacío.

El sintagma, **sujeto advertido**, forma de nominar los destinos del análisis como desenlace de lo finito y lo infinito; implica cualidades lógicas en diferencia a la escisión afectada en el punto de partida, preñada, acorralada de fantasmas sacrificiales.

Cualidades lógicas que, por el franqueamiento habido, comportan el no retorno al estado anterior.

La expresión *Eso habla*, no caduca; difícilmente pueda hipotizarse que eso se sostenga en el silencio, solo contingente. Tal vez cambie la direccionalidad de la voz cantante, entre el sujeto y el Otro, devenido éste en exhausto.

## - **Del sujeto en el fantasma**

El fantasma, cuya fórmula es tal vez demasiado fácilmente reconocida cuando no al mismo tiempo coagulada:  $\$ \diamond a$ ; no creo que se liquide o absorba. Expreso el riesgo de su coagulación cuando al disponer de la fórmula se elide la compleja trama sincrónico-diacrónica en que se articulan secuencias, fases del fantasma.

Tomo posición sobre una aparente petición de principios que haría presumir un fin de análisis sin fantasma. Seguramente su axiomática devendrá afectada por la posición advertida, y en ello una logicidad, que tramita su inconsistencia, será soporte en su fluidez de la paradoja irresuelta.

Advirtiendo que atravesar sus secuencias identificatorias más cristalizadas no equivale a la total liquidación de los clivajes. La axiomática alterada, atravesada, del fantasma se aproxima a mi entender a las formulaciones sobre el sinthome en las neurosis. Una novación del anudamiento que soporta el corte.

Para el fantasma, me resulta electiva la bella expresión propuesta por Lacan en el Homenaje a Margarite Durás: *“bodas taciturnas de la vida vacía con el objeto indescriptible.”* Su poética rebasa la fórmula. La poiesis puede ser un atributo de los fines del análisis.

La alternativa de la debilidad mental y la locura, como presentación de cierta tensión de límites, mostraría esos clivajes y basculaciones fantasmáticas. Una de las modalidades para pensar sobre el sujeto advertido es ese clivaje y la posible alteración de sus secuencias y temporalidad. Alteración es un término que Freud sostiene en referencia a un yo que, en su texto, no se diferencia con contundencia de la operación sujeto.

Parto de suponer estructuralmente un mayor reposo en la debilidad mental, acorde a las fases melancólicas de la fantasmaticación. Una primacía del duelo de tinte depresivo sobre la euforia actuante; si extremo los topos. No se es, salvo alguna excepción, todo loco o íntegramente débil mental. Lo todo evocaría lo paranoico de la personalidad, o su contracara en extremo también psicótica, como disolución esquizofrénica.

El duelo del falo no se resuelve bien por su euforia. Solo se reproducen así las secuencias del fantasma: identificación fálica, parricidio, duelo, resituación fálica. Aceptando fases al fantasma, más allá de la frase dilecta en que se presenta o aún construye.

Sospecho por otra parte que, aun cuando venga bien suponer al campo del sujeto como estratificado para alguna de sus tematizaciones, no conviene postular la proliferación de la escisión misma que daría una especie de pluri-diafragma, potencialmente sin dominancias, a riesgo que se diluya la dimensión de estructura. Dejaría la pertinencia de sus pluralidades para la capacidad del juego con los semblantes inherente a la nodalización en cada quien. Atendiendo a que no conviene creerse ni Napoleón, ni Cenicienta.

### - ***De la advertencia***

A la condición advertida, si la hubiese, es mejor no considerarla solo en el plano del saber en su versión imaginaria de conocimiento. Aunque no se puede dejar de lado que algo allí es mejor saber-conocer. Se trataría más bien de un recurso, un acontecer, una adquisición operatoria más que un refuerzo recordatorio y voluntario. Acontecer que tramita el pasaje por el saber significativo en fracaso, al saber-hacer con el objeto en tanto causa-falta.

Sujeto advertido equivaldría al saber-hacer con la sorpresa. Conlleva una posición de aceptación del asombro, de la novación en acto, de la desideración como asunción de lo siderante de la relación al vacío en el Otro.

De la aceptación de estar habitado por la palabra que a cada quien lo excede. Deshabitarse de la culpa y aún de gozar sin ella, para decirlo tal vez demasiado a prisa. Así por otra parte entiendo lo central de la cuestión del invento. De eso se trataría el gozar del inconsciente.

Advertido puede connotar cercanía a 'prevenido'. Y algo de lo fóbico hay en el límite de la estructura, si se me permite la dureza del término. Las fobias en la infancia presentifican la entrada en la neurosis y si del análisis se puede esperar algo del abandono de lo peor de la neurosis, no sería sin pasar por la angustia de castración y su correlato fóbigeno. Indicadores frecuentes en los análisis avanzados, y porque no en los que se supone concluidos.

Prevenir supone construir un parapeto defensivo, sintomático. La condición advertida, como adquisición operativa, incrustada en el ser del sujeto -disculpen la licencia ontológica necesaria al hablar un poco-, podría no requerir de formación de síntoma neurótico. Nos viene a salvar la palabra *sinthome*, que diría de un destino menos funesto.

## - **De la temporalidad**

Me interroga precisar si la posición advertida se corresponde con alguna peculiar temporalidad en su puesta en causa.

Desde la descripción fenoménica es dable escuchar, y esto incluso en Lacan, que habiendo transitado por el análisis sostenidamente, se adquiere una particular aptitud.

No se disipa en forma completa la primera respuesta frente a la iniciativa del Otro que solía deparar la neurosis clínica, algo de ese resto de soporte fantasmático puede repetir, pero, y aquí está lo decisivo; si acontece, suele no ser tan vívido o se sale más fácil de ese primer impacto.

Como si se disipara más deprisa lo peor de la espuma fantasmática, siempre tan embriagada de pesares, soledades, abandonos, agresiones, desamores, faltas de reconocimientos y toda otra palabra que connote la posición de injuria en que es tan fácil caer.

La hipótesis favorable es que aquel o aquella que se analiza o analizó, se desembrace de la conminación del Otro y la posible encerrona. Diría, de atribuir lo real como imposible, a la “mala voluntad” del Otro-otro, en ambas grafías.

Habría allí una secuencia espectacular en lo advertido: primer impacto, angustia o al menos leve conmoción inquietante, y respuesta algo atemperada, suspendida, en “souffrance”, de lo más crudo del imaginario rival, paranoide, efractante.

Y no por eso el acto, la resituación subjetiva, si se produce, debería ser menos comprometida y contundente. No se trata de portarse bien y no enojarse.

Si se responde de inmediato la presunción es de acting o de pasaje al acto. Si se dilata, la presunción es de procrastinación. Difícil el tiempo justo. Conviene suponer que, si lo advertido está instalado, encarnado, a la angustia se le arranca su certeza y el acto esclarecido –bella expresión- toma su relevo.<sup>2</sup> Arrancar a la angustia su

---

<sup>2</sup> Seminario 15 – clase del 13 de marzo de 1968 – “En efecto, si lo que hay del saber deja siempre un residuo, un residuo de algún modo constituyente de su estatuto, la primera cuestión que se plantea es a propósito del partenaire, del que allí es, no digo ayuda sino instrumento para que se opere algo que es la tarea psicoanalizante al término de la cual el sujeto, digamos, está advertido de esta división constitutiva, después de lo cual, para él, algo se abre que no puede llamarse de otro modo distinto que pasaje al acto, pasaje al acto, digamos, esclarecido, es justamente por saber que en todo acto hay algo que, como sujeto, se le escapa, que vendrá a hacer incidencia y que al término de este acto, la realización es, por el momento, por lo menos, velada por lo que hay del acto a cumplir como su propia realización.”

certeza no es despejar toda tonalidad inquietante, más bien podrá llevar a que lo inquietante sea indicador del deseo. Así es factible producir el acto decisorio en que esa certeza de la angustia quede transmutada en otro goce.

Jugando con los tiempos lógicos, acontece un acortamiento o al menos una no dilación del tiempo de comprender y una facilitación del momento de concluir. Una especie de libertad -vaya palabra- de asombrarse. Que no requiere del autorreproche al estilo de una orden autodirigida. Sabemos que el tiempo de comprender puede infinitizarse. La neurosis obsesiva es su prueba contundente.

Lo advertido, como espacio temporal y lógico que transita desde la afectación por un real a la resituación nodal responsable. Fórmula por cierto ambiciosa, que requiere de elaborar las alternativas del corte y nudo que impliquen la responsabilidad del sujeto despojado del peso del Otro como acreedor.

De eso se trataría a mi entender la expresión aludida de Lacan: *“que se realice como constituido por esa división”*.

Puede que en ese límite se pierda la noción de sujeto y se confunda con el objeto-deseante; puede ser que allí valga postular un paso del límite como des-ser y destitución subjetiva.

Como fuera, la noción de sujeto retorna, sin perder su carácter relacional, indefinible en cosificación. Soporte de la activa confluencia entre alienación-esquicia, separación-engarce fantasmático. O si se quiere reunión, activación de la intersección.

Propongo una encrucijada reducida a la forma de pregunta: ¿en qué tiempo habita el sujeto?: las respuestas alternativas se multiplican acorde a las formas de tematizarlo.

Si se lo localiza en orden al entramado nodal RSI, devendrá tensión entre la anticipación escénica del imaginario humano, la resignificación efecto del significante, el futuro anterior, la compulsión repetitiva, el nachträglich. Pasado, presente y futuro pudiendo tornarse indiscernibles. Eso no da una temporalidad uniforme, sino dominancias relativas. Reversibilidad e irreversibilidades disipativas se entranan. Privilegio del acto, no sin prelación verificables solo a posteriori. Tema arduo a desbrozar.

### - ***Del sujeto, el yo y sus otros***

Se abre aún otro plano para la condición advertida, el de la relación a los otros, a prójimos, a semejantes. Todo un tema el sujeto

en condición de *advertido* y los otros. El encuentro con lo semejante que inevitablemente haría presente el lazo especular. Al idéntico a “mí” y la dificultada no captura en el campo de los celos, la rivalidad, la envidia, ...o peor.

Por el acto analítico, por el pasaje del análisis se hace sutil pero no se elimina su tensión. Ni aún en los agrupamientos de analistas.

Una solución a la tensión inquietante del semejante, cara a algunos cuantos, es el aislamiento obsesivo. Y confieso que un poquito de aislamiento no viene mal a la fábula del puercoespín. Hay un irreductible en la soledad de cada quien, que solo amarra a veces con algunos otros.

La soledad encontrable en el análisis no implica buscarla en la vida. El puro aislamiento alimenta el retorno de la voz cantante como voz del Otro.

La para-noesis, la condición paranoide del conocimiento humano no se termina de disolver. Saber-hacer, en términos de no entrar en ciertas escenas es todo un atributo. Es discernible como uno de los efectos, no menores, del paso por el análisis. Más si se adquiere una pizca de humor.

Ahora bien, no se puede circular tan simplemente por el mundo con tantos otros semejantes marcados acentuadamente por la vara fálica. Basta con manejar en la ciudad.

En eso, el recurso no siempre posible a la tolerancia -harto difícil de definir en sus alcances- sería un buen tramo de la posición *advertida*.

Y un buen recurso es el estar *advertido* de que lo peor no le sería tan extraño a cada quien que se diga yo. Mejor no asumirse en la excepción del alma bella.

Es muy frecuente que en el decir corriente se aluda a “la gente” y sus negatividades, en que el enunciante suele no incluirse.

En la habitación en un mundo con saberes y leyes, el límite suele recubrirse de tinieblas cuando no de monstruos. No conviene dejar el fin de análisis sin apuntar a la resituación de la tensión imaginaria, dejando de lado las vicisitudes del falo imaginario y la castración;  $-\phi$ . Si no, volverá por la ventana.

Podría aportar a una cierta desmitificación del fin y lo real. No se trataría de lo real en tanto tal. Aseveración difícil de sostener sin

evocar lo monstruoso de las tinieblas, de lo ominoso, lo siniestro.

Pero sobre todo de las resonancias y voces a las que se acude como referencia. Hay allí un riesgo místico del fin si no se lo tematiza por la resituación imaginaria del sujeto en condición de advertido.

Lo que hubiera de amarre, se espera que lo sea con alguna plasticidad, con algo de modificación de la brutal repetición del goce sacrificial implícito en el fantasma neurótico. Corte y empalme, no empaste.

La repetición del trauma en tanto inevitable agujero, requerirá de algún hilván que acompañe una vida vivible.

### - ***De sufriente a advertido***

Una dirección de valor clínico, en correspondencia con la postulada por Freud en relación al pasaje de la miseria neurótica al infortunio banal, sería la de postular que el pasaje en un análisis va del sujeto sufriente al sujeto advertido.

Sujeto sufriente es una expresión a la que contradictoriamente se ve llevado Lacan en la Ciencia y la Verdad. Contradictoriamente, ya que el sujeto representado por un significante para otro significante, no admitiría la adjetivación de sufriente, ni ninguna otra.

El sujeto de la cadena significativa que Lacan propone, y sostiene a lo largo de su enseñanza, es un recurso fuerte a la hora de la clínica. Es aquello que se espera de la asociación libre. Por ende, es conveniente sostener en ese plano una noción de sujeto exenta, libre de predicaciones, abierta al significante sucesor, si lo hubiese.

En su seminario XXI el propio Lacan reconoce un movimiento que va de la cadena significativa a la cadena borromea, adjudicando la primera acepción a sus tempranos “plumiferajes”. Repetimos la expresión con la que alude a los inicios de su enseñanza, a nuestro entender marcada por los efectos en la cultura del estructuralismo.

Hay allí, en el seminario aludido, un pasaje del que no se produjeron todas sus consecuencias. Puede deducirse en ese movimiento la necesaria redefinición de sujeto que de la cadena borromea se vendría a poder deducir. Y no lo podría ser siempre desprovisto de atributos.

Es una dificultad para el lacanismo pretender que la no predicatividad del sujeto del significante se haga extensiva al sujeto que habla, al sujeto analizante o al sujeto que se diga como sufriente.

Al enunciar sujeto analizante -otra adjetivación- seguramente se deberá partir que se trata de alguien que haya hecho signo de sufrir. De que eso lo goza, o aún que de eso goza.

Dicho así: **del sujeto sufriente al sujeto advertido**, parecería poder encaminarse a resolver el malestar en la cultura y erradicar todo sufrimiento. No todo, ni siempre. Mejor conformarse con morigerarlo, al decir de Freud.

A cualquier hablante, viviente y porque no decir mortal, le tocará cohabitar, confrontar con la degradación y muerte de los cuerpos. Propio y de sus otros queridos. Y no se podría no sufrir en eso. La panacea de la felicidad no está prometida sino de a poquitos, de a ratos.

Y sobre el acto del pase: no conozco proposición de fin de análisis que erradique la posible pesadilla, aunque puede que aligere los riesgos de padecerla. Un desenlace sin el recurso al buen Dios, sin garantía, sin sujeto supuesto al saber; aún así eso no se produce libre de malestar. El agujero que funda la separación aligerada del engarce fantasmático, no haría evitable la experiencia de la caída, mostración de la fragilidad de habitar en el lenguaje. Aunque se logre un cierto saber-hacer con eso.

Me retorna con muy fuerte impacto la forma en que Lacan habla a su público en Lovaina, sobre la vida y la muerte. La hondura con que se refiere a la muerte. El hondo dramatismo con que él se expresa. Para los lectores de Lacan es bueno también observar su gesto y su tono.

Tal vez incrustado lo advertido de la finitud de la vida, una postura algo menos sufrida podría encontrarse. Aunque no sin dolor, no sin el requerimiento al duelo.

Alejada de la posición obsesiva que inmersiona en la espera sin salida, puede que ese estar advertido active un deseo decidido. Suele acontecer frente a una pérdida intensamente vivida, que se produzca el encuentro con la respuesta electiva. Que se despeje la pregunta ética de cómo se elige vivir.

El sujeto no dejará de ser repitente, y digo de la repetición en sus diversas versiones. Tanto en lo contante de la perspectiva de la acumulación y circulación fálica, como en su desgarramiento tíquico, a veces mortificante. Se supone entonces una mutación de las formas de la repetición, algo más permeables a dejar el dominio de imaginarizar lo real como máscaras monstruosas de la alteridad.

Al fin de cuentas no se trata sino del trauma, nada más ni nada menos. Y del trauma como agujero. Hacer del agujero falta en el Otro, o aún confirmar su inexistencia, no necesariamente cubrirlo con padecimiento culpable y sacrificial. En eso vale la osadía, tal vez algo ingenua de postular un imaginario mundano agujereado. Horadado, como se dice.

- ***El sujeto y el Otro***

Resulta problemático afirmar que el sujeto advertido es la verdad misma de lo incurable. Lo incurable admite versiones, pero se sitúa en la tensión del agujero bordeado, me permito decirlo con cierta simpleza. No se trata de la verdad del puro agujero, sino del retrabajo de la letra en sus bordes.

Se trata de la división hablante, de la letra operando en ese límite entre el saber y el goce, como también se dice.

Allí la verdad deviene hermanita menor del goce, pero goce al fin. Será entonces goce de la letra en su movimiento. No sin sus bordes, no sin sus pliegues. Escisión y juntura en tensión inacabada. Ni se absolutiza como escisión esquizante, ni se amalgama en esfera de compactación paranoica.

Es más fácil enunciar ser la escisión misma, o aún destitución subjetiva, que poder llevarlo a la fenoménica de la vida misma. Será el recupero del rasgo de un goce afectado agujereando y tejiendo. El rasgo de goce como sostén del entusiasmo. Término con el que nos permitimos seguir al Lacan de la Nota Italiana.

Una puesta en correlación tal vez apropiada sea la de tensar la idea de destitución subjetiva con la de sujeto advertido.

A mi entender, destitución subjetiva es un borde casi inalcanzable, incluso diría incompatible con las variaciones posibles de la noción de sujeto. Parece aludir a un extremo en el que se disuelve en el puro objeto causa.

Un límite así, no podría no ser sino episódico. Es un arrastre de la Proposición de Lacan que, a mi entender, derrapa en una vertiente maximalista. No es fortuito que sea el goce místico, lo dijimos, el que frecuentemente quede así evocado en el fin del análisis.

Podrá caer el sujeto supuesto saber, pero eso no implica la extinción del Otro. Hay campos irreductibles entre sujeto y el Otro.

Y en ese campo se instalan o fluyen, diversidades, especies del objeto. Que prioritariamente devienen voces y miradas. Escópico e invocante. Especies estas que suelen dominar el campo deseante y gozante en esa tenue mayor levedad del cuerpo.

En eso, los objetos voz y mirada pueden llegar a levantar algo más de vuelo que los ligados a la “tripa causal”, como Lacan nombra al entramado de lo oral y anal en el seminario de la Angustia.

El objeto voz admite polaridades. Una a la que acudo sin mucha convicción es la de voz dominante-voz dominada. Sus basculaciones, su prevalencia; con el indisimulado optimismo de postular un viraje de iniciativa entre el sujeto y el Otro.

Se supone que el viraje, o el cuarto de rotación para ser lacanianos, conviene que deje en el lugar de ordenación del discurso no solo al sujeto, potencial demandante, sino al objeto causa deseante. Ese raro objeto, difícil de ubicar allí en el discurso. A eso acude el término, algo impreciso a mi parecer, de semblante.

Desde la posición advertida, puede que acontezca una mayor “cintura”, un saber-hacer frente a la invocación al y del Otro ineludible apenas hablamos. No deja de ser atractivo pensar en ese pasaje. Una especie de apropiación acentuada de la palabra por la iniciativa de la función enunciativa del objeto voz. Así se trataría de quien lleva la voz cantante. Advierto que me gusta esta lírica expresión.

Ahora bien, eso vale si las voces del Otro han sido pulidas, gastadas, ¿desautorizadas? Isidoro Vegh acuñó un término por demás interesante: exhaustación del Otro.

Solo exhausto, extenuado el Otro de cada quien, podría acontecer algo más disponible la sorpresa de reinventarse objeto causa deseante, habilitado a algunos goces electivos.

No se trata de un acto puramente voluntario, pero no excluye a la voluntad en la decisión. Encrucijada del psicoanálisis el reservar la expresión voluntad solo para el goce perverso.

### - ***Hacia lo nodal***

La noción de sujeto, no es sino relacional, a-sustancial; articula al menos un elemento con otro: un significante con otro significante, su definición más sostenida y escasa a nuestro entender; el rasgo

de goce con los significantes del Otro; incluso un entramado de registros nodalizado, por el que la distancia, tensión, sobreimpresión de registros llevadas al plano en regiones de nudo, daría cuenta de una escisión, o aún escisiones que rebasan la polaridad.

Formalmente las variedades nodales producen un enjambre complejo de alternativas y variantes de la escisión.

Y es en este contexto complejo del anudamiento que vale sostener las formas en que la escisión subjetiva se podría actualizar como sujeto advertido.

El nudo suele ser reconocido como un buen recurso formal para decir de la estructura, a condición de que se muestre en una temporalidad de la que suele carecer. No se trata solo de nudo, sino de mejor corte y nudo.

Sabiendo que no necesariamente es el corte lo que lastima, a veces es el empalme el que aplasta. Así parece sostenerlo Lacan en torno al tema de la angustia. No es tanto la ausencia del Otro sino que “se venga encima”.

Advertencia que vale considerar cuando circula tanta clínica del reparo fantasmáticos por donaciones activas del analista venido psicoterapeuta.

La escisión es de estructura, frase dura si las hay. Ya Freud postulaba ese acontecer en el proceso al que llamó defensivo. Una de las formas de definir sus alternativas es la de la escisión entre síntoma y fetiche. Freud vislumbra un entramado no siempre discernible entre represión y renegación. Tal vez hoy podríamos decir eso con otros términos de actualización nodal: imaginarización de lo simbólico para el síntoma en su versión apresada en el fantasma, e imaginarización de lo real para las formas en que el falo decurre en estabilizaciones de tenor fetichista.

El anudamiento sinthomático podría marcar un formato, un tipo de escisión en diferencia. Con menos consistencias imaginarias sobre lo simbólico al que espesa, traba y sobre el real al que dibuja como monstruoso.

Un tal anudamiento, o reanudamiento no determina un estado. Seguirá siendo pulsátil, temporal, rítmico, sincopado, aún habida la adquisición de irreversibles.

Advertido, no solo como efecto del atravesamiento del impedimento y la censura, sino también aquel al que le acontece, un saber-hacer con el anonadamiento siderante que el rebajamiento de la censura conlleva.

Saber hacer con el embarazo, pero saber hacer también con la turbación producida por la muerte de Dios, o del padre.

La hipótesis que tiene un resto algo ilusorio, lo confieso, es la de habitar en la desideración, en la productividad -término que importo de otros discursos- del intervalo, pero que no se crispe cristalizada en el estupor místico.

La posición de incauto parecería acercarse a la de advertido. Ambas no dejan de connotar un sesgo de respuesta frente a la iniciativa del Otro, o aún de lo real.

La posición advertida podría ser la de la aptitud para la apropiación profanatoria de lo consagrado al Otro, que como tal no existe.<sup>3</sup> No sin diferenciar el acceso electivo a los goces de la vida, del saldo cínico al que se teme deslizar.

La aptitud para 'elegir lo que se desea' tal vez sea lo más relevante del sujeto advertido. Ocasión de acercar el deseo a unos otros goces que, en su finitud realicen su sesgo interminable.

---

<sup>3</sup> si lo escuchamos a Giorgio Agamben – Profanaciones – Ed. Adriana Hidalgo

## Sobre el sinthome – de letras y nudos<sup>4</sup>

Lacan echó a rodar innumerables neologismos. Tal vez equivoco al decir innumerables ya que la pasión por su obra suscitó lectores atentos que los han sabido compilar.<sup>5</sup> El lugar de autoridad reconocido al que enuncia suele validar una primera receptividad propiciatoria. Neologismos que en su compacidad expresiva se entran en enjambre con los aforismos que se privilegian en su obra.

Sin duda que sinthome es relevante. Surge como el término que daría cuenta de lo operado en y por Joyce para que la que se presume su forclusión de hecho no derrape en una psicosis clínica. En su seminario Lacan amplía las denotaciones llegando a alcanzar a todo aquello que estabiliza o podría depararlo: una mujer para un hombre, el posicionado como analista en el dispositivo, por solo algunos de sus enunciados.

Acontece que va cobrando en el lacanismo diversas versiones que podrían dar cuenta del espectro más amplio de tipos clínicos en diversas presentaciones de nudos. Operando a su vez como forma de nominar alusiva a los efectos propiciatorios de un análisis.

A mi entender no podría leerse un texto elaborativo, sin la posición de lector crítico. No implicando el término crítico una acepción uni-direccionada de divergencias. Sobre cualquier autor cabe la repetición ecológica. Y sospecho que en el campo del llamado lacanismo se acentúa. Se trataría de leer sin la pregnancia amorosa o fascinada. Ya Lacan lo advierte respecto a “*El título de la letra*”<sup>6</sup>, resaltando que lo leen bien al no amarlo. Más allá de las disidencias.<sup>7</sup>

El hecho que esas propuestas sobre el sinthome se dan en el

---

<sup>4</sup> Eduardo Said – abril 2023 – estas reflexiones parten de la temática del Sinthoma – seminario XXIII propuesta para el coloquio de verano y en curso sostenido como seminario de escuela 2022-23. Reflexiones que no pretenden abarcar la complejidad y hallazgos del conjunto de la obra de Lacan.

<sup>5</sup> *Comentarios a neologismos de Jacques Lacan* – Marcelo y Nora Pasternac – Epele - 2003

<sup>6</sup> Nancy, J.-L. y Lacoue-Labarthe, P. *El título de la letra – una lectura de Lacan* - Éditions Gallée 1973

<sup>7</sup> Escribí “*Lacan en entredicho*” - Prometeo 2019, en ese caso de La Tercera, extendiéndome sobre esa perspectiva de lector.

contexto elaborativo sobre los tramos de la enseñanza de Lacan en los que los nudos, cordeles, aplanamiento, regiones de nudo, condición borromea, sus suplencias ante fallas, solo por aludir a algunas tópicas; me convoca a interrogar los aportes y las posibles dificultades inherentes al recurso del uso de letras y nudos.

La trama entre anillos de cuerdas que emergen nominadas con los registros de la experiencia humana: real, simbólico, imaginario; han requerido una doble operación de reducción. Epistémica, si se quiere.

Real, simbólico, imaginario; sostenidos tempranamente por Lacan, muy antes de los nudos; seguramente son el aporte mayor que produjo y produce su transmisión. Propuesto a ser considerado como el paradigma de Lacan.<sup>8</sup>

La primera reducción, se genera por el acotamiento al trabajo con letras, al estilo de siglas<sup>9</sup>. La ulterior reducción es la adjudicación de letras a cordeles de cuerda bajo el formato de anillos triviales que cierran sobre sí. Aun cuando se pretenda la cuerda abierta al infinito. No será fortuito que Lacan abra al infinito las cuerdas de lo real y de lo simbólico. El campo imaginario parecería el apto para esa mostración en anillo. Suelo insistir en que la mostración en anillo de lo real, elide que sus condiciones de alcance de definición no habilitan a ese recurso mostrativo.

Es sostenido en el extenso recorrido de su obra el recurso al uso de letras. El supuesto operante es el de que la reducción al elemento podría evitar la polisemia argumental. Algo del orden de lo que acontece en el campo de las ciencias llamadas duras, tales

<sup>8</sup> *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* - Allouch, Jean - Edelp - 1996.

<sup>9</sup> Lacan reconoce en la primera clase del seminario XXI, lo que llama el truco: ... *“esas tres categorías son estrictamente equivalentes. Ya tenemos el truco para esto, ¿no?: las designamos por medio de letras. Es la apertura enteramente nueva del álgebra, y vean allí la importancia de lo escrito. Si yo escribo: R.I.S. (Real, Imaginario, Simbólico), o mejor: Real, Simbólico, Imaginario (enseguida verán por qué corrijo), ustedes lo escriben con letras mayúsculas, no pueden hacer otra cosa, y para ustedes resulta así, adhiriendo en cierto modo a la cosa, simplemente cuestión de escritura, enteramente heterogéneo, ustedes seguirán así porque siempre comprendieron, pero equivocadamente— que el progreso, el paso hacia adelante, estaba en haber marcado la importancia aplastante de lo simbólico con respecto a ese desdichado imaginario por el cual comencé, tirando un tiro al aire, so pretexto del narcisismo;...”* atribuye a su público el haber comprendido equivocadamente la postura de la primacía del significante por él sostenida en un extenso tramo de su enseñanza.

la física-química que, definido el elemento, o mejor los elementos permite sus vicisitudes combinatorias.

La intención, llevada al campo del psicoanálisis, se cumple escasamente.<sup>10</sup> Cada una de las letras de Lacan sigue abierta a la pluralidad de acepciones.  $S_1$  puede indicar un significante primordial, nombre del padre, rasgo de goce, significante fálico, asemántico, por solo aludir a modo de ejemplo. El invento de Lacan, objeto  $a$ , requiere ser precisado en sus versiones, vacío de la causa deseante, recupero/pérdida de goce. Es probable que requiera en cada uso la aclaración a la versión a que se refiere. Suele no acontecer con esas letras ya que al enunciarse se dan bajo el supuesto de consensos, obviando el malentendido que puede subentenderse. No abro acá la necesaria elaboración de diferencias entre esas acepciones del objeto  $a$ , y las especies del mismo. Sobre éstas no cabe la valoración de indecibles, indecidibles, impredecibles. Más allá que en sus especies no están referidos los tractos pulsionales que implican lo olfativo, lo táctil, prevalentes en las perspectivas de Winnicott sobre el objeto transicional.<sup>11</sup>

Me detengo en el primer movimiento el que permite una equiparación, una equivalencia en tanto se las trate como letras y en tanto tales habilitantes a juegos combinatorios que los complejos trayectos de elaboración conceptual no admitirían. Se inserta en cierto desistimiento del valor de la semántica de su parte.

Todo un tema la carencia argumental en el lacanismo que se considera suplida, cuando no superada, por la reducción a letras y formas.

Al riesgo, ya corrido, que se gesta así una jerga que exige alienarse en esos recursos. No toda formalización, por él propuesta, es

---

<sup>10</sup> Sem XXIII; clase 13.01.76: “*la escritura de las pequeñas letras matemáticas, es eso lo que soporta lo Real*” – supuesto de Lacan para la evitación de la argumentación y sus malentendidos.

(todas las citas del Sem XXIII están tomadas de la traducción de Ricardo Rodríguez Ponte)

Sugiero la lectura de la aguda crítica de Juan Bautista Ritvo, publicada en Imago Agenda del 06.2008, bajo el título de “*La obsesión topológica y la llamada transmisión integral*”

<sup>11</sup> Si interesase, amplíe estas cuestiones en “Lacan en entredicho” Editorial Prometeo 2019

evitativa de la argumentación.<sup>12 \* 13</sup>

Sí apretadamente volvemos sobre los desarrollos, tanto de Freud como de Lacan, en torno a las dimensiones diferenciales con el propósito de abordar luego su ligadura y entramado:

Sí lo imaginario del yo se despliega en torno a las vicisitudes de sus vasallajes, leídos por Freud, sometido a la tensión pulsional, a los mandatos, a las alternativas vitales, y en esos contextos forjar desconocimientos narcicísticos a predominio negativos. Tomando esos ricos argumentos freudianos.<sup>14</sup>

Sí lo simbólico entrama combinatorias en que se trenzas sentidos disímiles con homofonías, contigüidades, metáforas, metonimias, complejas alternativas retóricas, cuya gramática absorbe la depositación de tensiones pulsionales.

Sí el campo de sujeto está incidido por la repetición del más allá del principio del placer, del desgarramiento destructivo, del linde de lo real con lo siniestro en su imaginarización. Con lo desagregativo de la pulsión de muerte. Sí se reitera una reducción de esas dimensiones, no advierto modo de dar fundamento a hacer mostración en nudos triviales equivalentes.<sup>15</sup>

La definición que Lacan ofrece en Posición del inconsciente<sup>16</sup>, apunta a inconsciente y sujeto en la misma textura, sin elidir la fantasmización. Aludo a que sujeto no equivaldría aquí solo al llamado par ordenado; sino también en borde con la propia fórmula del fantasma.

*“El inconsciente es el discurso del Otro”*, lleva a lo nuclear de la configuración simbólica hallazgo del psicoanálisis.

---

<sup>12</sup> Sem XXIII – clase del 09.03.76 – *“De alguna manera hay una idea de decadencia en el demostrar por relación al mostrar.”* – apunta a la excepción del fundamento argumental.

<sup>13</sup> A mi lectura el cuadro de doble entrada sobre Inhibición, Síntoma y Angustia, desplegado en el curso del seminario X, apunta a localizar alternativas de intersecciones, correlaciones, sin desconocer la semiosis inherente a cada término. Escribí un texto bajo el título de *“Retomando sobre Inhibición, Síntoma y Angustia”* en *“De fantasmas, ancestros...”* – Editorial EFBA 2010

<sup>14</sup> Vale retornar sobre sus textos tempranos: El estadio del espejo y *La agresividad en psicoanálisis* - Escritos

<sup>15</sup> Infero que Lacan, atento al simplismo combinatorio de sus tres, requirió complejizarse proponiendo tramas tripartitas a cada cual. Sobre cada letra, o anillo, se produce una subdivisión que diversifica.

<sup>16</sup> En Escritos – 1960-1964

Ya Freud al aludir a falo castración, se puede distanciar de la consideración diferencial de órganos, para aludir a las tramas entre ausencia-presencia, cero-uno, soporte último del simbolismo del que se sostendría todo el andamiaje combinatorio computacional.

Innecesario abarcar los mayores espesores de lo simbólico como para mostrar que, sus alcances y peculiaridades, no permitirían su facilitada reducción a una letra luego combinable. Insistencia extendida de Lacan en el acento en la sintaxis.

En cuanto a lo Real la cuestión adquiere su propia complejidad ya que muchas de sus alusiones parecerían dejar de enfatizar que lo que así se designa en psicoanálisis alude también a la pulsión destructiva, a la sospecha paranoide, al odio agresivo a elaborar en los bordes de la inquietante alteridad.

Advierto, anticipándome, que a mi captación se produjo en el lacanismo cierta idealización de lo real como direccionamiento de análisis, sin definir los franqueamientos que habilitarían a que no devenga la imaginarización monstruosa de la mantis religiosa, o la viscosa, horrenda, indomable “laminilla”.<sup>17</sup>

Direccionamiento al “puro real”. El inconsciente como la localización del arribo a “*ningún alcance de sentido*”. Acompaño al pie citas de Lacan, que requerirían de una elaboración extendida.<sup>18</sup>

Se podría aludir a anudamientos, o a ligaduras, expresión esta de uso por Freud. El intento de ligadura como el recurso repetitivo de dar textualidad a lo inconciliable. Tematizaciones que guardan un registro de desarrollo rico en su semiosis argumental, para lo cual las formalizaciones servirían de apoyo y potencial enriquecimiento elaborativo.

---

<sup>17</sup> Sem XXIII – clase 17.02.76: “¿Cómo saber si el inconsciente es real o imaginario? Esa es precisamente la cuestión. El participa de un equívoco entre los dos...”

– Daría fundamento a que lo real se imaginariza potencialmente como monstruoso.

<sup>18</sup> - Final seminario XXI - “*Pero es quizás en ese andar (erre) podremos apostar a encontrar lo real, un poco después; advertir que el inconsciente quizás sea disarmónico, pero que tal vez nos lleva un poco más a ese real que a la muy poca realidad que es la nuestra, la del fantasma; que tal vez nos lleva más allá, al puro real*”. 11.06.74. Resalto el sintagma “puro real”.

- Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI – “Cuando el esp de un laps, o sea, dado que sólo escribo en francés: el espacio de un lapsus, ya no tiene ningún alcance de sentido (o interpretación), tan sólo entonces puede uno estar seguro de que está en el inconsciente. Uno lo sabe, uno mismo”. 17.05.1976 - Resalto “ningún alcance de sentido”

Uso el potencial porque se “paga” un precio por poner en grafos, matemáticas, letras, formas topológicas. Se “gana” en el recurso de tratos lógicos, pero se puede desviar si la formalización lleva consigo sus propias determinaciones que se autonomizan de los desarrollos conceptuales, argumentales, con las que se intenta mostrar sus tramas.

Si Lacan propone una relectura que hace equivalentes a los registros, esto en el inicio del seminario 21, no explicita que lo que los haría tales es su puesta en anillos triviales  $a$ , potencialmente, diferenciarse por la nominación ligada al color en uso en la mostración; recurso que como hallazgo se le presenta a Lacan con el borromeo para esos complejos entramados. Tres, al menos, que sin intersectarse hacen uno y que se desprenden si falla su particular construcción.

A mi captación analistas con formación al acudir a los registros no lo hacen como si cada uno fuese un elemento. A la hora de dar cuenta de su clínica se suelen desagregar en clivajes, matices puntuales.

Con otros recursos argumentales tanto de Freud como del propio Lacan abordaron la tensión entre lo que agrega anudando y lo que desagrega, en ocasiones habilitando. Amor y discordia al decir de Empédocles, Eros y Tánatos.

Tómese como alternativa de lo que anuda esos desarrollos el Edipo en Freud, Nombre del Padre<sup>19</sup>, Sigma, sinthome en Lacan.

La postulación de sinthome podría no revestir entidad como para generalizar una novación nominante. Es un producto de su elaboración sobre Joyce y la generalización a otras configuraciones parece deparar un nuevo enjambre.

El anudamiento fantasmático como sellado de la operación alienación-separación, ofrece coordenadas de una potencial mutación axiomática que ya permitían una perspectiva de afectaciones que, a mi criterio, nominar al particular anudamiento como sinthome no resultaría sino la creación de otro neologismo.

---

19 J.A. Miller lo considera una incrustación cristiana en psicoanálisis. A modo de lateral observación, para el judaísmo marcado por la religiosidad y la lengua hebrea, uno de los nombres de Dios es “shem”, cuya traducción literal corriente es “nombre”.

El atravesamiento de la posición fantasmática resulta una expresión algo conclusiva. Prefiero aludir a franqueamientos, a veces irreversibles.

Cabe aludir a mutaciones reconfigurantes, con determinaciones centrales en la mutación de goces. Y a una redefinición de sujeto que trasciende la condición de efecto de la trama significativa.

Insisto en que el sujeto advertido es aquel que marcado y asumiendo la falta en ser, puede tener despejado el campo de la decisión. El sujeto que representa a un significante para otro carecería de posibilidades decisorias. Advertido, no deja de ser una predicación.<sup>20 \* 21</sup>

La condición de sujeción al Otro, en sus versiones, no implica forcluir el margen de elección, forzada por cierto, que cabe a cada quien.

Ahora bien, es posible que al considerar bajo un mismo término; *sinthoma*, el anudamiento tanto de la forma neurótica clásica, por ser pedagógico, al que Lacan llega a darle el alcance de irrevocable; e incluir bajo el significante *sinthome* los efectos producto del análisis; y a su vez darle versión de suplencia en configuraciones en las que se puede localizar o inferir la forclusión; con estas diversidades puede que devenga una indiferenciación.<sup>22 \* 23</sup>

La clínica habilita a considerar las diferencias entre el anudamiento que depara la constitución subjetiva que deriva del sellado fantasmático; de la suplencia en las inferibles forclusiones de hecho; o más aún de las psicosis desencadenadas que alcanzan por el trabajo del delirio una estabilización no siempre sostenible. No convendría indiferenciar falta de falla. Forclusión de hecho se aproxima a lo que suele nombrarse como *prepsicosis*; con lo interrogable de la localización clínica presuntiva.

---

20 "Del sujeto advertido y los fines del análisis" – 2013 – texto propio en biblioteca EFBA

21 "Acto y decisión" -2001 – en "De fantasmas, ancestros..." y en biblioteca EFBA

22 Con la producción por Lacan del significante nuevo: *sinthome*, engendra una designación cuyo alcance pone al lacanismo a trascender el particular soporte estructural que Joyce construyera para no desencadenar una psicosis clínica. Opera como suplencia su designio de ser artista, su escritura, el Ego, y es también su soporte Nora. Lacan consigna su función de guante. En la sesión del 10 de febrero de 1976, y aludiendo a Nora refiere al botón negro, punto negro del guante dado vuelta, en una innecesaria, cuando no misógina referencia al clítoris.

23 Entrevista a Fabián Schejtmán, Revista conclusiones analíticas - 2016

La propuesta del significante *sinthoma* se inscribe en el contexto de la interrogación que pone en juego la presentación de un sujeto transido por la falla que aun así no se desagrega. De alcance de diferencia impreciso con las nombradas psicosis no desencadenadas. Falla del alcance de la operación castración que implica la posibilidad de sostenerse con diversos recursos frente a la incompletud. De allí que sea significativo diferenciar falta de falla.<sup>24</sup> La falta es inherente a la posición normal-neurótica, simplificando la expresividad. La constitución subjetiva, la causación del sujeto, implicó la asunción de las dimensiones diferenciales de la pérdida por que el infans ha transitado al incrustarse y separarse del Otro. Pérdida en los goces primeros del cuerpo del Otro primordial; en el amor, en tanto ese Otro no solo se sostiene en él; en el saber en tanto localiza para su abismo angustioso que no es transparente para el Otro, con las ganancias de que le puede ocultar, le puede hasta mentir. Conviene volver a Freud en el capítulo tercero de *Más allá del principio de placer*.

El lugar que se constituye por el anudamiento elaborativo de esas dimensiones de la falta, fundaría el tránsito fóbico típico de la entrada en la neurosis. La angustia de castración le será así inherente.<sup>25</sup> No se sale indemne sino marcado, si así acontece, por ideales difíciles de escindir del imperativo superyoico.

Vale considerar el goce sufrido como producto de una elaboración siempre incompleta, de las marcas de la mutación de goces que opera en la infancia, en la adolescencia y en el decurso de la vida misma; a considerar el alcance en que las fijaciones de goces pudiesen ser conmovidas.

Suele producirse una interpelación sobre el tránsito por el análisis y las texturas fantasmáticas; que alcanza a interrogar si la noción de fantasma sigue cobrando valor atravesadas sus densidades sufridas.

Si se admitiese que una nueva axiomática podría devenir, de mayor aptitud para la asunción del agujero<sup>26</sup>, más abierta, más maleable, más tolerante<sup>27</sup>, más receptiva, no se generaría el recurso de un nuevo término, para el caso *sinthome* como generalización. Es opinión, como tal abierta a ser cuestionada.

---

<sup>24</sup> Rescato la insistencia de Isidoro Vegh, sobre esta necesaria distinción.

<sup>25</sup> *"Anudando agujeros"* – 1999 – editado por Editorial EFBA 2010 en *"De fantasmas, ancestros, espectros..."*

<sup>26</sup> *"Alcances, finales, impases"* – 2015 – texto propio en Biblioteca EFBA

<sup>27</sup> *"Alojar – de los fines del análisis y la contingencia de un otro amor"* – 2020 – texto propio en Biblioteca EFBA

Sujeto advertido implica no solo aquello que sostiene la conformación estructural como ligadura, empalme, sino acentuando que aún en ese soporte se inscribe la dimensión de la falta. No otra forma tiene el deseo de propiciar y a su vez perturbar. Deteniéndose en la insatisfacción, la imposibilidad, la prevención. Mucho a despejar para que el deseo decidido pueda desplegarse en saber hacer. “Decidido” acentúa también la predicación, que como tal arriesga a un dejo de sustanciación.

La indicación clínica orientada por Lacan como direccionamiento a lo real en tanto tal, si careciese de esas interpelaciones puede que derrape en formas de exaltación de goces que hacen a lo que se supone implica ese encuentro con el puro real.

Lacan enfatiza la perspectiva de otro goce en suplementación al llamado goce fálico. Este último suele quedar tramitado con un contorno impreciso que va desde el goce masturbatorio en tanto goce del idiota, hasta el goce de la significación fálica, implicado en el goce de los semas.

El goce sexual parecería impregnado de ese alcance de imputación de un sesgo de levedad peyorativa que se supone ínsito al goce fálico.

Subsumido en las atmósferas en que predomina la negación tal vez más reiterativa de sus últimos tramos de enseñanza: “*no hay relación sexual*”.

Que parece ser depositación aluvional de todas las diversas negaciones que fundan las demostraciones y mostraciones sobre la incompletud.

Su referencia mayor alude a que la relación-proporción sexual no admite escritura lógico matemática.<sup>28</sup>

Aunque es también detectable su uso alusivo a los avatares de los encuentros-desencuentros entre los cuerpos.

De cualquier forma, el aforismo se reitera en ecolalia, en repetición iterativa como si dijese lo nuclear de la condición del hablante.

El recurso intelectualivo que produce operar con negatividades

---

<sup>28</sup> Guy Le Gaufey produjo un elaborado texto sobre esa frase aforística: *Hiatus sexuales – la no relación sexual según Lacan – Cuenco del Plata*

es de un marcado valor en tanto fundamento del juicio.<sup>29</sup> No obstante, entiendo que se puede hacer presente en su exacerbación una anulación de cualquier atisbo de positividad.

De hecho, pasa en el lacanismo que proponer un alcance de lo posible es recibido críticamente como referencia a un positivismo voluntarista al que no convendría acercarse. Lo que connota el término “voluntad” se recorta para la voluntad de goce del perverso, o la perversa. Queda imprecisa su distancia con el deseo decidido y la alternativa de la acción, de difícil adjudicación al sujeto lacaniano.

La negación in extremis puede acercar así a una atmósfera próxima a las teologías negativas, para las que lo manifiesto no es sino testimonio del valor de lo indemostrable; en que lo Real y “Dios” encontrarían un parentesco.

Se privilegia, con sus méritos elaborativos, los términos de indecible, indecidible, impredecible, y otros que recortan ese resto real al que se indica en su insistencia en no cesar de no inscribirse.

Hay un riesgo teológico en configurar “eso” que, no se sostiene sino como agujero castrativo, en la cercanía con la deidad. Es una opinión.

Volviendo sobre el otro goce en diferencia al goce fálico; se infiere en Lacan un direccionamiento, no exento a mi lectura de exacerbación, a ese goce llamado femenino al que las palabras no lleguen a decir.

Se subtiende una cercanía de ese goce femenino, con las facticidades ejemplares que ofrecen las experiencias místicas. Goce femenino – goce místico merodean en cercanías.

La referencia al goce místico deja un saldo de religiosidad, a dominancia cristiana, en el psicoanálisis lacaniano. El éxtasis de Santa Teresa, su rostro y su cuerpo en clímax erótico con la deidad, decantan en orientación mística<sup>30</sup>. Así podría ocurrir en Lacan donde el encuentro contingente con lo real en tanto tal; para acompañar la acentuación; parece involucrarse en esa bruma mística.

En esas prioridades las resoluciones, aligeramientos si se quiere, del nominado goce del Otro, conviene tramitarlos vía los

---

<sup>29</sup> Conviene tener presente el texto de Freud: *La negación* – Tº XIX - Amorrortu

<sup>30</sup> Basta observar la sobre-cubierta elegida para presentar así la imagen de Santa Teresa, en el seminario XX

franqueamientos a que habilitan las versiones diferenciales del Superyó. Aportes de Alain Didier Weill, invitado por el propio Lacan a exponer esos desarrollos. Asumo que me insiste el entramado de esas secuencias que van de la inhibición extrema de lo catatónico, a la sideración, pasando por la censura, con el horizonte de incorporar al estilo de vida de cada quien el recupero del asombro, o tal vez su encuentro. Verblufung, es el término en alemán al que acude Weill

Prefiero la alternativa de despejar el goce del asombro, a las cercanías del misticismo. Tal vez no sea sino una alternativa de creencias.<sup>31</sup>

\* \* \* \*

Lacan concluye su seminario XI, con una expresividad a desentrañar: *“El deseo del analista no es un deseo puro. Es un deseo de obtener la diferencia absoluta la que interviene cuando, enfrentado al significante primordial, el sujeto viene por primera vez en posición de someterse a él, ahí sólo puede surtir la significación de un amor sin límites, ya que está fuera de los límites de la ley, donde sólo él puede vivir.”*

Requiere de una interrogación que localice esa alternativa de obtener esa diferencia adjetivada como absoluta y la emergencia de un amor sin límites. El encuentro con el absoluto, el amor sin límites pariente del éxtasis, evoca la primordial alusión de Lacan en el seminario XX al goce místico en Santa Teresa.

A mi lectura el absoluto, en el contexto nodal, cobrará un otro lugar en torno a lo Real de un goce que acercaría a un amor sin límites. Forma apropiada para nombrar el amor a y de Dios de los místicos. Inferencia a desbrozar la que podría hacer de lo Real metáfora del Dios.<sup>32</sup>

La sesión del 13 de abril de 1976 quedó titulada: Lo real es

---

<sup>31</sup> Creo detectar efectos de un resto místico en elaboraciones sobre el dispositivo del pase. Se propone que lo que allí “pasa”, no es del orden del relato, ni de las razones. Sino en el punto de su insuficiencia. Pasaría del pasante al pasador y de este/estos al jurado una suerte de pase del objeto indecible, indecidible, impredecible Tal vez esta sea una lectura sesgada, pero acercaría el fin del análisis a los contextos del goce místico. Sé del compromiso y localización de efectos de análisis en los que lo transitan y transitaron. Me dificulta expresar perspectivas que puedan sensibilizar.

<sup>32</sup> Sem XXIII clase 16.03.76: *“Todo objeto, salvo el objeto llamado por mi a minúscula, que es un absoluto, todo objeto se sostiene de una relación” // Lo real hay que buscarlo del otro lado, del lado del cero absoluto”* – subrayo el significante absoluto.

sin ley, en correspondencia con lo enunciado en su clase: “*Yo hablo de lo Real como imposible en la medida en que creo que lo Real - en fin, creo: si es mi sínthoma, díganmelo - en que creo que lo Real es, hay que decirlo, sin ley.*”

Movimiento elaborativo que iría del enfrentamiento al significante primordial a lo Real como reducto, resto más allá de la ley. Acorde al acento diferencial del pasaje del seminario XI al XXIII, de la primacía del significante al énfasis en lo Real.

Resulta relevante que asuma lo Real como su sínthoma. Lo asume como su invento. Parece subyacer en tanto enigma convocante; tal vez desde su poema *Hiatus Irrationalis*, (1929-33), en el que alude “*hacia el Dios privado de sentido*”.

Real, sin sentido, sin ley, allí amor sin límite. Opciones de Lacan receptadas en el micromundo lacaniano.

\* \* \* \*

Es este cúmulo de comentarios y observaciones críticas que releo, el punto de partida que asumo para tematizar lo alcanzable en los análisis. Si el psicoanálisis, al decir de Lacan, para el caso con cierto simplismo extraño en él, “*es un sesgo práctico para sentirse mejor*”<sup>33</sup>; habilita a centrar la interrogación en lo posible en el marco de la asunción del límite que implica el no-todo de la castración.<sup>34</sup>

Estar advertido de la castración misma, y de la presentificación repetitiva de trazas fantasmáticas -a mi parecer de retornos de dificultada supresión completa-, habilita a la alternativa de aperturas a una posibilidad decisoria para el sujeto.

Cada quien que haya surcado un análisis ligado a experiencias tramitadas de la vida misma, localiza, o al menos podría estar habilitado a hacerlo, aquellas vertientes del deseo decidido que conducirían a goces electivos en potencia. Que no encuentra su detención en la insatisfacción, la imposibilidad, la prevención. No son tantos y la experiencia va indicando que se privilegian solo algunos. Basta con revisar la propia vida de cada quien. La noción de deseo es como tal paradójal, tensa el deseo de saber con la defensa frente al deseo inconciliable. De allí que me autorice a proponer la expresión goces electivos, tal vez muy predicativa para el contexto. Para

<sup>33</sup> Seminario 24: “*L’insu que sait de l’une-bevue s’aile a mourre*”. 2° Clase dictada el 14 de diciembre de 1976.

<sup>34</sup> “*El no-todo - sus correlatos clínicos*” -2022 – texto propio en Biblioteca EFBA

ser más descriptivo: satisfacciones electivas.

Sabiendo que a cualquier potencial electividad se la suele poner bajo al halo de voluntarismo.

El abandono de la posición sacrificial,<sup>35</sup> la resolución de la culpa en responsabilidad, el desprendimiento de poner a cuenta de cada quien la no reconocible falta en el Otro -condición de autonombrarse pecadores-, son franqueamientos esperables de un análisis.

Tal vez evoque la posibilidad de que acontezca el “sentirse mejor”. Llevará su tiempo de perlaboración, de repetición en diferencia, estabilizar esos franqueamientos impregnados a su vez de duelos expectables. De diluciones de las máscaras oscuras, aún monstruosas, con las que se imaginiza al Otro, que al decir de Lacan: no existe. Pero del que hay que partir.

---

<sup>35</sup> “Clínica de la posición sacrificial” 2009 en “De fantasmas...” Ed. EFBA 2010

## Posición-lugar-operación analítica

- *Interrogando el semblante de objeto “a” en la dirección de la cura*<sup>36</sup>

Parto de la indicación clínica formulada por Lacan referida al “semblante de objeto a” a ofertarse por el analista.

Amerita considerar su pertinencia, con la condición de captar qué implican esos términos. Me refiero tanto a la noción de semblante, como a aquello que Lacan considera su único invento: el objeto a.

En el ámbito de la EFBA hemos transitado en varias ocasiones el seminario 18, en el que desliza una forma interrogativa sobre un discurso que no sería del semblante. De hecho, estuvimos tres años de tertulias desentrañando los enigmas del seminario. Y continúa ofrecido y recibido a la lectura.

No tengo convicción de que se pueda precisar el alcance de la intención nominante de semblante. Lacan no consigna una definición. Su elección de no frecuentar definiciones tal vez se sostenga de la evitación de sustancializar. Las localizaciones conceptuales suelen operar por asintóticas correlaciones.

Para situar la emergencia de la noción de semblante, es probable que surja en el aludido seminario 18 como efecto de una significativa renominación del lugar de orientación del discurso. Que en el seminario anterior, 17, hubo designado como el del agente.

En otro momento deslicé la hipótesis, inverificable por cierto como motivo de su decisión, que la expresión agente podría contradecirse por su connotación activa, con su noción nodular de sujeto propuesto como efecto de la articulación entre significantes.

Definición de sujeto que limita el alcance de la decisión.<sup>37</sup> Siendo localizado como efecto no se infiere que pudiese ser a su vez agente. De allí la presunción de la que me hago cargo del reemplazo de agente por semblante.

---

<sup>36</sup> El coloquio de verano 2022 de la EFBA, bajo el título de Deseo, Goce y Semblante en la Dirección de la Cura, motiva estas reflexiones.

<sup>37</sup> Escribí al respecto “Acto y Decisión” en ocasión del coloquio de verano 2001 – incluido en “De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes” Editorial EFBA 2010

Definir semblante resulta una dificultad ligada a que el propio Lacan estaría al postularlo en un proceso elaborativo en ciernes. Difícil desprender la idea de semblante del sentido más cercano en el decir corriente en tanto que apariencia. Ese podría ser uno de los direccionamientos de su seminario 18; el matiz diferencial con la pura apariencia. Apariencia que suele cobrar presencia de solemnidad, o tal vez prestigio.

Incluso si se lo sostuviese como un cierto envoltorio que prestigia el pagar con la persona del analista, no dejaría de ser una forma de superficie habilitante. Agalmática si se quiere. Se podría inferir un brillo tras de su apariencia. Aludir a brillo puede que sea algo imprudente de mi parte.

Otro sesgo del término semblante se correspondería con una forma verbal, que acerca en expresividad al acto. Lacan se vale allí de la idea de función precipitante.<sup>38</sup>

En esa vertiente cobra valor clínico en tanto apunta a desencadenar<sup>39</sup>, vía la interpretación en sus diversidades, un desprendimiento del goce que se suele nombrar como parasitario.<sup>40</sup>

Designación apropiada en tanto perturba, obtura, las emergencias del deseo propiciatorio de otros goces.

Me acontece dar acepción que lo especificaría como goce sufriente, goce sacrificial, paradigma de la causación neurótica. Cargar vía la culpa y la necesidad de castigo para suplir la irremediable falta en el Otro.<sup>41</sup> Las religiones, particularmente la católica, son ejemplo privilegiado. Esperaría no estar hiriendo sensibilidades.

Vale entonces tomar las contingentes juntas entre la vestidura que evoca el vacío de la causa, y a su vez entramada con la operación precipitante. Función esta que conviene se sostenga de la compleja confluencia de cita del decir del paciente y enigma del lugar de enunciación en que el acto se produce. Economía de la

---

<sup>38</sup> De la clase 9 del seminario 24, “Y como me sirvo de eso, me sirvo en el texto de esta escritura, s’emblem (precipitarse), escribo — un s’emblant (precipitante). Hacer un verbo reflexivo con este s’emblem, lo desprende de la fruición que es el ser, y, como yo lo escribo, él para-es (il parest). Para-es quiere decir un precipitante (s’emblant) de ser.”

<sup>39</sup> Me anticipo a una equivalencia interrogable entre precipitar y desencadenar.

<sup>40</sup> Expresión que entiendo acuñada por Isidoro Vegh.

<sup>41</sup> Escribí un texto, producto de un seminario en la EFBA, bajo el título (algo pretencioso) de Clínica de la posición sacrificial – mayo 2009 – En “*De Fantasmas...*” Editorial EFBA 2010

intervención analítica.<sup>42</sup>

Habilita la apropiación del sujeto analizante. Adjetivación esta que torsiona la restrictividad de la noción “huevo” de sujeto. Así la llama Lacan.<sup>43</sup>

Si allí vendría a “reinar” el objeto “a”, requiere que de este se expliciten sus versiones y sus potenciales mutaciones. No es equivalente el vacío de la causa del deseo, que la impregnación de un recupero de afectación de goce sufriende que conlleva la pérdida que nos constituye.

Tal vez el curso de un análisis cobre valía si se produce ese tránsito entre el plus-de-goce, o como convenga llamarlo, a la apertura del deseo. A mi lectura, en tanto deseo habilitante a otros goces, goce de la vida parece decir Lacan en La Tercera<sup>44</sup>. Goces electivos arriesgo.

A condición de sostener una perspectiva de sujeto como potencial agente del acto de decisión; alternativa que suele elidirse al postularse una inmanencia de un acto que siempre lo trasciende. Que los efectos del acto trasciendan la intencionalidad no anula la electividad.

Sabiendo que no toda elección es posible, y en tanto resulta cuasi ineludible la presentación de un sesgo de pérdida en cualquier elección que difícilmente se exceptúe de ser forzada.

Hago una pregunta que puede pecar de ingenua: ¿por qué el vacío de la causa o la vertiente del goce perturbador, versiones del llamado objeto “a” requieren de ser designadas como objeto?

El término objeto resulta de mayor pertinencia si la referencia no es a la carencia radical, sino a las llamadas por Lacan, especies del objeto “a”.

La carencia cobra otra estofa de materialidad-inmaterial; me permito el oxímoron; dándole amplitud a un término que no se cosifica en concretudes corrientes.

Al referir a las especies se genera una dimensión que tal vez

---

42 “Economía de la intervención analítica” - Jornadas 30 aniversario EFBA – Julio 2004 – en “De Fantasmas...” Editorial EFBA 2010 – surge de la lectura que ofrece Lacan sobre finales del Seminario 17.

43 “*El significante es lo que representa un sujeto para otro significante. Aquí está la fórmula, la fórmula huevo si puedo decirlo...*” – Seminario 16 – clase 20

44 *La tercera*, Roma - 1 de noviembre de 1974

no habilite a ser designada en inteligibilidad. Las especies en su diversidad recortadas por Lacan dan lugar a accesibilidades situacionales, aún complejas descriptividades que conllevan un borde de insuficiencia e imaginarización.

Para el caso es probable que la designación de objeto devenga del antecedente de la propuesta de Winnicott del objeto transicional, soporte de la construcción de un espacio transicional. Con sus marcas diferenciales.

Lacan hace referencias al objeto transicional sobre el final del seminario 10. Destaca que ese objeto, que haría a la función del objeto cesible, no es el único objeto que se ofrece a la función para la que su invento, el objeto “a”, daría otros juegos de dilemas.

En una referencia parcial en mi libro “Lacan en entredicho – para una crítica de la Tercera”<sup>45</sup>, intenté puntuar el uso alusivo y a su vez impreciso, en los textos de psicoanálisis, a una función de comodín conceptual al referir al objeto “a”.

Que se enuncia convocando a una aceptación no crítica, tanto en la modalidad de vacío de la causa que impulsa el deseo, como en la versión de plus de goce, su pérdida y recupero. Retorno sobre el movimiento transformativo inherente a la dirección de la cura.

Se postula el “a” como localización de un imposible, un indecidible, con el que sería factible operar en logicidad, y en su vertiente clínica como saber hacer allí con eso.

A su vez no deja de tener versiones en acto, incluso en configuraciones escénicas, por la vía de las que se nombran como sus especies: el seno, las heces, la mirada, la voz. Aludí también a que no resultan considerados por Lacan dos tractos pulsionantes como lo son lo táctil y lo olfativo.

Abundan las experiencias vitales en que texturas y aromas configuran atractores o repulsas. De sus diversidades cuasi infinitas sabe mucho la inmensidad de la industria de la cosmética.

Me detengo a consignar que es justamente en torno a la prevalencia de estos planos pulsionales en que el objeto transicional tematizado por Winnicott juega la función de desprendimiento y constitución del espacio de transición con el Otro materno.

Se acentúa la función en acto de los diversos objetos que la

---

<sup>45</sup> “Lacan en entredicho – para una lectura crítica de La Tercera” Prometeo Editorial 2019

experiencia del niño exhibe como medio para esa efectuación. El peluche no es sin textura y olores.

En cuanto a lo táctil es difícil que un niño o niña; aclaro para evitar críticas inclusivas; elija como objeto apto para la función un objeto metálico o de madera. No imposible, pero excepcional. No resulta en demasía forzado que el peluche en lo táctil se aproxime en algo más a las texturas del pecho materno.

En cuanto a lo olfativo tiene su significativo alcance al proponerse incluso el no lavado del objeto sustituto, sea un peluche, una mantita, o lo que fuere de ese orden.

Winnicott no se limita entonces a los objetos internos aludidos por el kleinismo en la fantasmaticación de lo bueno y lo malo, sino que coloca el objeto y el espacio en una transición que implica un afuera-exterior sin ausentarse en forma completa de una interioridad; es en ese sentido una aproximación moebiana, si se quiere.

La noción de libido privilegiada por Freud como uno de los soportes que fundamentan el psicoanálisis, es débilmente considerada por Lacan y retomada con un sesgo peculiar. En el escrito "Posición del inconsciente" (1960-64), luego de un preciso desarrollo de las operaciones de causación del sujeto: alienación-separación, reunión-intersección, sobre las que no me detengo ahora; produce un giro en su estilo discursivo y postula la retórica de un mito particular, el de la laminilla. Elemento de contorno impreciso que es acentuado en su función de riesgo, de horror, amenazante, lindante con lo siniestro.

La metáfora freudiana de la ameba, a mi criterio de cierta rusticidad, se propone como un devenir que transita un límite indeterminado o poroso entre lo que aparenta interioridad o exterioridad.

En otro momento arriesgué a proponer una zona de extensión del campo complejo de la subjetivación. Campo que transita la singularidad de cada quien, no sin las trazas idiosincráticas de contextos ampliados de lazos sociales. Sé que al usar el significante subjetivación, no me limito a la noción de sujeto que se deduce de la trama significativa.

Esa zona moebiana se podría acercar a la propuesta de Lacan de lo éxtimo. Aproximación rica a la hora de considerar lo fóbico como topografía. El acontecer fóbico resulta inherente a la entrada en la neurosis. Son su testimonio las fobias en la infancia,

y su recurrente presentación inercial en el llamado adulto.

Más allá del reconocimiento algo sesgado de Lacan por el objeto transicional, el contexto presentifica un énfasis sumamente diferente respecto a la función materna. A lo que de ella hubiere, a lo que de ella se tematicice.

A mi lectura, la madre en Lacan domina en su versión del riesgo amenazante del retorno a su seno. La angustia no se enfatiza por la pérdida del amor materno sino por la amenaza de captura. Esta perspectiva domina el seminario de la Angustia y más allá.

No es fortuito que la alegorice como cocodrilo, pronta a devorar <sup>46</sup>. Prevalece la faceta estragante, relevante por cierto. Pero queda algo elidida la donación amorosa y sus efectos salutíferos. Me permito esta expresión. Es difícil el destino de alguien que no fuere deseado y amado por su otro primordial en la primera infancia.

Una impresión seguramente algo apresurada si la generalizo, pero no me resulta infrecuente escuchar de analistas lacaniano/as apuntar, acentuar el conflictivo “asesinato” del padre, o a las evitaciones del estrago materno y sus correlatos de rechazos en exceso. Posibles ejemplos de operar como parteros del acting-out.

Winnicott en su acento sostenido en la clínica, postula una posición materna “suficientemente buena”. Es propicio que algo de esa bondad-amor se produzca, pero si lo fuese “totalmente”, seguramente devendrá válido aludir a la predicación de estragante.

“Suficientemente” es valoración que, con un tenor de descriptividad, bien podría ir al lugar del “no-todo”, y los múltiples abordajes lógicos a los que Lacan extensamente recurre: no hay Otro del Otro, no hay metalenguaje, no hay relación sexual....tomando provecho de la función de la negación.

Retorno a “el reinado allí del objeto a”. Que la función de precipitación como versión del semblante opere en el despejamiento de la apertura deseante pone a su vez, y tal vez como su condición, el desprendimiento de la función de obturación con el que se compecede el plus-de-goce.

¿Es para operar en ese sentido que el analista podría o convalidaría que “tenga tetas”? ¿Implica que el goce obturante sea alojado por la presencia del analista para su despejamiento? ¿Cabe

---

<sup>46</sup> En su Seminario 17 -1969/70 – Editorial Paidós

buscar en las particularidades y combinatorias de las especies del objeto, las claves para el ofertamiento de la posición del analista? ¿El analista formando parte del concepto mismo de inconsciente que se presenta en la escena transferencial, alcanza a aproximar la envoltura de esa densidad de goce perturbador, condición de su despejamiento? ¿Es suficiente alojar en el propio vacío del deseo del analista, el vacío densificado del sujeto analizante? ¿Da la perspectiva de ese ofertamiento de alojamiento una versión del amor de transferencia acorde a no aceptar ni rechazar la demanda amorosa, apuntado por Freud?<sup>47</sup> ¿Es zona de riesgo de deparar identificaciones al analista?

Si el psicoanálisis deviene al decir tardío de Lacan, “un sesgo práctico para sentirse mejor”<sup>48</sup>, es porque apunta a la resituación subjetiva correlato del desprendimiento de goces sufridos que acompañan al sujeto desde los tiempos de su causación, presentes en sus ruinas transformadas y sostenidas en inercial repetición.

Freud en Más allá del principio del placer, destaca que la conformación de cada singularidad requiere que el niño pueda transitar por diversas dimensiones de la pérdida: en el **goce** centralmente, ya que no podrá sostener sino con graves consecuencias su propensión a la oralidad, la analidad, por solo señalar tiempos de marcada relevancia; en el **amor** ya que se verá compitiendo tal vez, o mejor afortunadamente, expuesto a la pérdida de la exclusividad del amor del otro primordial; pérdida o carencia radical a su vez en el **saber** ya que el Otro/otro no da respuestas suficientes, y se ofrece como un campo lábil en que la derilección amenaza en tanto estar lanzado al mundo lenguajero. Valiéndome lateralmente de una referencia heideggeriana.

Escribí hace tiempo un texto bajo el título de Anudando agujeros<sup>49</sup>, aludiendo a un tiempo complejo, no lineal, que requiere del duelo de pérdidas en el goce, en el amor, en el saber. Intentando referir a lo real, imaginario y simbólico en su dimensión de insuficiencias a duelar.

No sin la potencial recepción de algunos ideales en riesgo de devenir de cumplimiento imperativo. Infortunios de las mutaciones del ideal en designio superyoico.

---

<sup>47</sup> Alojar - de los fines del análisis y la contingencia de un otro amor - Octubre 2020 – ver en esta edición

<sup>48</sup> Seminario 24 – 1966/7

<sup>49</sup> En “De fantasmas...” Editorial EFBA 2010

Así tematizada la infancia y el sellado, si lo hubiese en la adolescencia, ponen en acto mutaciones radicales de goces, dejando como sedimento la culpa, el sufrimiento, la queja, el posible auto-castigo como correlatos sacrificiales que limitan el deseo y sus alcances. Ese sedimento aluvional sea tal vez lo que se nombra como goce parasitario.

Instancia en que resulta valioso acudir a las complejidades de la dimensión del goce superyoico como goce del Otro. Suele orientarme el desarrollo creativo de Alain Didier Weill sobre esas tópicas <sup>50</sup>.

Si de eso se tratase el plus-de-goce mortificante, la dirección de la cura se irá direccionando a su despejamiento o tal vez su mutación.

¿A una versión en diferencia del llamado plus-de-goce?  
¿A una electividad potencialmente al alcance decisorio del sujeto advertido? ¿A un pasaje del sujeto sufriente a sujeto advertido? <sup>51</sup>

No sin optimismo es sostenible que el análisis y/o en ocasiones la vida misma, ofrezcan la alternativa de así “sentirse mejor”.

---

<sup>50</sup> Alain Didier Weill “Los tres tiempos de la ley” – Editorial Homo Sapiens - 1997

<sup>51</sup> “Del sujeto advertido y los fines del análisis” - Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis Buenos Aires 2013 – ver en esta edición.

## De esquicias y empalmes<sup>52</sup>

Empiezo por un fallido. No me percaté sino después, al leerlo de corrido, que de esquicias puede sonar todo junto: desquicias. Acepto que se me deslice un legítimo trasfondo escéptico.

El título refiere a operaciones que fundan lo estructural de la posición sujeto. Apresuro algunas otras funciones nominantes a ser pensadas en su cercanía y diferencia: alienación-separación, Eros y pulsión de muerte, corte y nudo, amor y discordia, tal vez rasgo unario y consistencia uniana, y desde referencias kleinianas: posición esquizoparanoide -posición depresiva, objeto bueno-objeto malo,... excediéndome.

Operaciones que se sostienen en una función que no alude solo a la detención sin tiempo de la pura sincronía, sino que demanda a su vez una diacronía estructural, una temporalidad transformativa. Con reversibilidades e irreversibilidades.

Las instancias psíquicas elaboradas por Freud en sus tópicos imponen entramar sus articulaciones, distancias, tensiones, facilitaciones y resistencias, dinámicas.

Algo no muy distinto acontece con el nudo de Lacan puesto en plano en tanto sus regiones convocan a desagregar correlaciones de compleja precisión conceptual.

Incluso el seguirlo a Lacan intentando nominar a las regiones del nudo aplanado, y más aun desandando RSI en una reduplicación que multiplica, es probable que nos sumerjan en un galimatías con sus ricos hallazgos y confusiones diversas. Es opinión.

Una referencia mayor a lo que esquicia y lo que empalma se despliega en las hipótesis altamente especulativas de Freud en relación a la trama, diferencia, imbricación, desimbricación de Eros y pulsión de muerte.

Vida y muerte son dos significantes que al plagarse de las connotaciones del lenguaje corriente tal vez induzcan a correlatos significativos que se impregnan de valoraciones. Podrían inducir a una posición apresuradamente vitalista y/o a un rechazo que confunde desagregar con mortificar.

---

<sup>52</sup> EFBA – Coloquio Diciembre 2015

La hipótesis freudiana del retorno a lo inanimado y su raigambre físico-biológica, es legítimamente objetable en tanto puede desviar el juego de alternativas del sujeto incrustado en el campo del lenguaje y la función de la palabra. Es un salto o retraso epistémico suponer un sujeto cuyo sustrato pulsional tienda a lo inanimado. Lacan apuntaría a un desasimiento implícito en la destitución subjetiva. Solo lo enuncio.

Lo que desagrega no es necesariamente una afectación negativa. Depende en gran medida de los tiempos escriturales del sujeto, sus marcas, sus marcas de borrado. Tiempos que en términos de una formalización lógica Lacan produce como alienación-separación. Reunión-intersección.

La alienación, la habitación por lo extranjero, lo “alien”, efecto del impacto del Uno del lenguaje sobre el soma, divide, esquicia. Es el uno del corte, de la hiancia secuela del encuentro con el Otro aún indiferenciado. La separación, el parirse, alude y aquí hago la salvedad de señalarlo como dominancia, al sellado fantasmático con que se vela la falta en ser, el vacío incorporal. Borde que, a mi lectura en el lenguaje corriente, se nombra como “alma”.

Velamiento que pretende su completud con las argucias de la oferta en sacrificio para que eso Otro no falle, y así sostenga. Expuesto a lo týquico, a la compulsión repetitiva, a lo que no cesa de no inscribirse.

A improntas de goces del Otro no siempre resueltas en su borramiento por el rasgo de goce que decide de la apropiación por el sujeto.

Ese real que insiste, puede imaginarse como monstruoso o, despejadas una serie potencial de franqueamientos devenir en alternativas de recuperos de goces en torno al incorporal así no rechazado. Cobra su pertinencia el atravesamiento, la desligadura de esa versión del fantasma.

Solo por el tránsito por esos franqueamientos, y en tanto deparen un espesor de irreversibilidades, cobra su valor la consigna de Lacan de direccionar la cura a confrontar al sujeto con el puro real; como propone al finalizar el seminario XXI.

Las operaciones de causación: alienación-separación, no dejan de estar en correspondencia con el valor clínico del hallazgo

de la “tripera genial”, forma en que Lacan alude a Melanie Klein. Me refiero a las posiciones esquizoparanoides y depresiva.

Esquicias y soldaduras, se producen por diversidad de posiciones sacrificiales. Ya Freud al aludir a las proto-fantasías, o fantasías originarias despliega un reducido abanico de padecimientos, desde la amenaza de mutilación o caída, a la exclusión de la escena de goces de los otros, a la promesa incumplida de la seducción que instala la insatisfacción.

Así las versiones basales dominantes en las fobias, la neurosis obsesiva y la histeria en su combinatoria y sus intensidades relativas, exhiben una ligadura por vías de elaboración de pérdidas que no siempre encuentran su resolución parcial en una arborescente fantasmática resolutoria.

Ni el obsesivo ni la histérica se suelen quedar solo en esos lugares. Las modalidades en diferencia de saber hacer con la lógica fálica producen sus conquistas.

La hipótesis insoslayable de un real irreductible en la estructura puede llevar a reconfigurar el campo clínico tomando como punto de partida la forclusión. Algo de este orden es inferible en Lacan con lo extensivo del sintagma forclusión de sentido, y expresamente lo enuncia Miller con la formulación de una psicosis generalizada, perspectiva desde la cual la neurosis no configura sino un caso particular de anudamiento.

Es desde ese deslizamiento que se habilita a su vez a una hipotética novedad, la de las psicosis ordinarias. Puede que esa posición que se enuncia como un programa investigativo llegue a algún aporte. A mi entender se pierden coordenadas centrales de la clínica al indiferenciar psicosis y neurosis.

Insiste en nuestro campo, y no podría ser de otra forma, la pregunta por el alcance de la tripartición neurosis, perversión, psicosis. Son diversas las elaboraciones sobre los clivajes de sus bordes. Enriquecedoras, por cierto, pero cuyo alcance no amerita tirar por la borda el valor teórico-clínico de esa tripartición.

Represión, renegación, forclusión y otras formas más o menos exitosas o fracasadas, estabilizadas o inestables, no configuran un todo como respuestas del sujeto a la esquicia y sus irreductibles. Está en trabajo en diversos ámbitos, la vía que los desarrollos y hallazgos nodales puedan aportar con sus densidades explicativas o mostrativas.

El fantasma neurótico, a mi entender eje central de la clínica psicoanalítica, anuda produciendo consistencias que alcanzan lo irremediable, y en eso exhibe su función de velar la habitación por el vacío, por las vías de la culpa y la necesidad de castigo.

Si la expresión pulsión de muerte enuncia una insistencia desagregativa, no será equivalente su destino si hay la vacilante fortaleza del fantasma, que si no la hay.

De allí la cautela advertida en el no retroceder pero no avanzar en el análisis con las psicosis. Cautela por el eventual desencadenamiento en el propio análisis que como tal fuera en su tiempo hasta una propuesta clínica.

En modulación de diferencia se define el destino del atravesamiento del fantasma en la neurosis, como mutación de la repetición sacrificial y despejamiento a alternativas de otros goces. La nombrada pulsión de muerte y el goce de la castración que allí se pueda producir, derivarán de los franqueamientos del goce del Otro y sus máscaras. Dando espacio y tiempo para la habitación por lo inaudito, lo invisible, lo intangible. Sublimatorio. No todo, ni todo el tiempo.

## Alcances - finales - impases<sup>53</sup>

Tomo una vertiente, la de problematizar el término fin en tanto cubre de connotaciones en exceso conclusivas o aún de cierre el alcance del análisis.

Los tiempos lógicos dan una relevancia al momento de concluir que se verifica en las conceptualizaciones del acto.

La no conclusividad, acentuada en la obsesión, no deja de hacerse presente en las diversas posiciones de la neurosis; aun cuando a su vez pueda desembocar en apresuramientos resolutivos al alcance de la cobardía neurótica.

Convendría no asimilar conclusividad, y por arrastre fin, con cierre. La posición sujeto se despliega en el deslizamiento de cualquier enunciación y tiende afirmarse en tanto yo en el momento de cierre del enunciado.

El corte de sesión no conviene proponerlo cuando un posible "empaste" imaginario consolidaría un enunciado que cancela el movimiento abierto de la verdad (no se trata de ponerle un moñito al decir).

Freud, tempranamente atribuye al ich esa compulsión a la síntesis, o al sentido agregamos.

Su postulación al fortalecimiento del yo no alude al narcisismo ni a la autoestima sino a aquella instancia que obtiene su fortaleza del sostenimiento de la asociación libre, sin caer en la angustia desbordada en el intervalo. Forma de soportar la convicción de la escisión misma.

De allí vale recoger la relevancia de la función Ich y su particular alteración en el decurso que produce un análisis.-

Nos encontramos en la paradoja de proponer un concluir abierto, o un cierre que no elimina la falta. Y esto tanto para la sesión como para el alcance de un análisis.

Tomo una cita de Posición del Inconsciente: *Es nuestra*

---

<sup>53</sup> La secuencia da cuenta de la interrogación que sostuviéramos en Jornadas de Carteles EFBA: Cristina Calcagnini, Liliána García Maese, Alejandro Montoro, Eduardo Said, Gustavo Szerezewski

*propia Aufhebung la que transforma la de Hegel, su propia trampa, en una ocasión de señalar, en el lugar de los saltos de un progreso ideal, los avatares de una carencia.*

Si hay un concluir que deviene a su vez una escisión o aún una apertura, conviene un significante en correspondencia con Aufhebung en tanto suprime, conserve y trascienda los avatares transformativos de la carencia misma.

La posición sujeto advertido implica asunción de la escisión como incurable. Los testimonios de fin de análisis dan cuenta de ese concluir abierto.

Conviene cierta cautela con la expresión fin cuando se refiere al recupero que implica la posición deseante y el acceso a goces electivos.

El efecto del análisis intenta disolver lo ominoso que suele velar la propia escisión, al cubrirse de culpa y sacrificio. Lo imaginario monstruoso inmixiona con alguna facilidad el encuentro con lo real.

El sacrificio no es la mejor manera de contarse como uno en el campo del Otro.

La conmoción de esa posición implica una seriación de franqueamientos, que van desde la asunción de la enunciación primera como propia, a la resolución de la censura, al hacer de la sideración venida del Otro, desideración que permite las elecciones finitas que la vida misma permite.

Parfraseo a Alain Didier Weill valiéndome de expresiones del discurso corriente, para destacar los franqueamientos del superyó, la travesía del fantasma, aún el goce del acto decisorio, el goce del asombro.

De la infinitud del significante a lo finito de los goces aligerados del sacrificio. Desenlace habilitante a la elección de aquello que se anhela. La experiencia indica que suelen ser no muchas cosas. Una de las formas de asumir lo finito.

Un concluir abierto al saber hacer con la falta en ser, no implica la exposición completa a la reversibilidad del significante. Algo que Lacan nombraría como chifladura psicoanalítica.

El acontecer irreversible distancia al análisis de la pretensión de vuelta al estado anterior.

El movimiento del análisis lleva a la mutación transformativa de goces que implican eficacias no reversibles.

Nombro como mutación de goces al desprendimiento de la posición sacrificial consustancial al fantasma neurótico que ofrece su culpa para obturar o saldar la falta en el Otro.

Para concluir tomo la sorprendente afirmación de Lacan del seminario 24, en su insólita simpleza: *El psicoanálisis particularmente no es un progreso. Es un sesgo práctico para sentirse mejor.*

La expresión “sentirse mejor” diría al menos de los efectos clínicos que hacen al desalojo del sufrimiento sin para qué. No conviene olvidarlo al tematizar los fines del análisis. Sospecho que por momentos se sostiene subtendida una posición algo vergonzante del lacanismo de autorizarse a decir del sentirse mejor.

## El no-todo - sus correlatos clínicos<sup>54</sup>

Los alcances del breve sintagma “no-todo” son bastos. Es de un valor prínceps en el plano de la lógica en que el psicoanálisis se compromete. No otro carácter tiene la formulación de “sujeto advertido” propuesta por Lacan para los fines del análisis. Asunción de la falta en ser, de la incompletud, que habilita al direccionamiento del sujeto acorde a su deseo.

Si bien su correlato clínico es el horizonte de esta reflexión, elijo partir del devenir cotidiano del hablante. Un cierto encuentro con la psicopatología de la vida cotidiana.

Hace ya tiempo se instaló en nuestro medio una primera pregunta, que no resulta tal: ¿todo bien? Opera como una primera aproximación al encuentro. Como todo primer acercamiento opera como un espacio de presentación alusiva simplemente a que hablamos. Está implícito que no se espera una desplegada respuesta.

No es infrecuente que se acuda al estilo de respuesta: “bien, o te cuento”. Con lo que el “todo” queda sospechado. Cuando ocasionalmente alguien me acerca esa pregunta, me sucede responder “suficientemente”, con tonos ligeramente Winnicottianos.

Hay en uso, tal vez menos frecuente, otra forma de inicio: “¿*todo en orden?*”; que además estaría decir que su implícito linda lo imposible. Releamos “El malestar en la cultura”.

Una digresión clínica me acontece al redactar: una paciente queriendo no equivocarse en la cronología de su relato, expresa “*en honor al orden...*”. ¿Me surgió interrogar por qué rendirle honores al mentado orden? Intervención que habilitó a otros recorridos no tan ordenados, diría.

Volviendo sobre el “todo”. Estamos habitados por una propensión de matriz yóica al intento de cierre en una totalidad. Freud aludió a la compulsión a la síntesis como contrafigura del análisis. Incluso esa tensión opositiva sostiene la nominación de psicoanálisis y no de psico-síntesis, dada a sus hallazgos, a su invención.

Propensión a la juntura, a lo que liga, correlato de la cautela con aquello que, puesto en análisis, podría perturbar el pretender quedar cernidos al orden. Incluso desagregar, arriesgando a no exceptuar de la discordia, pariente opositiva al amor, tal como enseña

---

<sup>54</sup> Redactado en junio 2022

Freud tomando de Empédocles. Versiones entonces levemente livianas de eros y tánatos.

Aclaro evitando oscurecer: no toda forma de amor, de hacer de dos uno, se sostiene de esa compulsión de sesgo narcisista. Podría darse el encuentro de asunción de carencias, aludido en plural, como una forma que habilita el “*dar lo que no se tiene.*” Decir de Lacan en el Seminario 8 clase 15.

El acento yoico en su topología de esfera no ofrece el cavado, el agujero que habilitaría al encuentro con la falta en el otro. De allí el aporte de considerar la figura del Toro, que aún en su reducción al punto no deja de ser soporte del aludido agujero.

Situándonos en el intenso trabajo elaborativo de Lacan sobre la incompletitud; insistencia mayor por su relevancia teórico-clínica, este encuentra sus fundamentos lógicos, matemáticos, clínicos, en la simpleza y hondura del “*no todo*”.

Fórmula que pone en interrogación y descentra la prelación de los universales. El universal no deviene el punto de partida. Solo es un arbitrio a los fines elaborativos que se propone como provisorio axioma a deconstruir. Me permito esta licencia derrideana.

Cabe vincular el no todo con otras diversas y productivas negaciones: no hay Otro del Otro, no hay metalenguaje, La mujer no existe, para ir arribando a su aforismo de mayor recurrencia en su última enseñanza: *no hay relación sexual*.

Freud propuso la negación como posibilitante misma del juicio.

El devenido aforismo: *no hay relación sexual* encuentra fundamentos tanto en lo imposibilitado de su escritura lógica<sup>55</sup> como en la fértil evidencia de la vida cotidiana que presentifica la no proporcionalidad de los partenaires. De los goces, donde particularmente se cifra; pero no solo de ellos. Del deseo, del amor, del goce, se puede hablar y seguir hablando. Pero al menos es dilemática, cuando no imposible, su escritura lógica; como infrecuente su proporcionalidad en las peripecias de los encuentros-desencuentros.

El deseo frecuenta el “*pero no eso*”. Del amor se suele expresar el atributo indecible: “tiene un no sé qué”. El “no” fecunda sus complejas tramas.

---

<sup>55</sup> Guy Le Gaufey - El notodo de Lacan - Consistencia lógica, consecuencias clínicas - Cuenco del Plata - 2007

Mucho se elabora en los contextos del lacanismo sobre esos alcances.<sup>56</sup>

Lo indecible, lo indecidible, lo inaudible, lo invisible, lo imaterial, lo imposible, se redefinen, se nominan bajo el significante Real. Acento mayor de elaboración en el lacanismo, particularmente en sus orientaciones sostenidas de sus últimos seminarios. “Lo Real en tanto tal”, facilitada expresión para dar contundencia, pasa a cubrir prioridad en los debates.

Podríamos inferir que el intento de Lacan de una transmisión integral, expresamente aludido en su seminario XX, intenta allí un anclaje, en tanto lo imposible entra en fórmulas y grafías. Se realizaría entonces como operable. Incluso aquello que nombra como su único invento, el objeto a, entra por así decirlo, en este registro.

Deja, a mi lectura, definir su lugar en la dirección de la cura. “Realizar simbólicamente lo imaginario”, podría tal vez ser su atinente fórmula.

Al debate clínico cabe centrarlo en las dilemáticas modalidades de ese direccionamiento. Corrientes de orientación lacaniana apuntan a un inconsciente real, con cierto desistimiento de la función nodal del proceso de producción en acto del inconsciente estructurado como un lenguaje. Acento de Lacan en el decurso del tiempo más extendido de su enseñanza.

Avanzada su recurrente perlaboración, deja huellas como para sostenerse, en esa orientación. Me refiero a leer un cierto desistimiento del inconsciente llamado transferencial.

Cito dos de sus insistencias tardías. Así culmina su seminario XXI: *“Pero es quizás en ese andar (erre) // que podremos apostar a encontrar lo real, un poco después; advertir que el inconsciente quizás sea disarmónico, pero que tal vez nos lleva un poco más a ese real que a la muy poca realidad que es la nuestra, la del fantasma; que tal vez nos lleva más allá, al puro real.”*

Otra referencia insistida por J. A. Miller: el prefacio a la edición en inglés del seminario XI, publicada en Ornica ?, 1977: *“Cuando // el*

---

<sup>56</sup> Recientemente en el Seminario de Escuela de la EFBA - 2022, Rolando Karothy produjo una erudita y compleja trama desandando una cita del seminario XXIII. Sugiero la lectura del texto de Alejandro Montoro: *La verdad no toda no es toda la verdad - Apuntes para debates vigentes* – Convergencia Lacaniana Tucumán 2018

*espacio de un lapso, ya no tiene ningún significado (o interpretación), entonces solo estamos seguros de que estamos en el inconsciente. Lo sabemos...”*

Es obvio que estos tramos, como otros cualesquiera, habilitan a más de una lectura. Una es la que supone a Lacan desprendiéndose del llamado inconsciente transferencial, para apuntar en acto a confrontar al sujeto con lo real, con el inconsciente así nombrado como real.

Otra, y no desconozco que tal vez fuerce el argumento, la que podría sostener que Lacan no deja de acudir a un extendido recorrido de los análisis para ese encuentro con lo real. Me animo a enunciar: vaciado en sus alcances de los sufridos fantasmas sacrificiales que sostienen la queja neurótica.

Sobre el final del seminario XXI advierte que el inconsciente quizá disarmónico, “un poco después”, en el “andar-errar” se refiere, alude ínsitamente al decurso del análisis para ese arribo a un real así despejado. No deja de ser problemático que lo nombre como “puro real”.

En el prefacio del 77, apunta a un tránsito que implica el agotamiento de los significados o si se quiere de sentidos, y no a un direccionamiento sin la tramitación necesaria de la conformación fantasmática que define la “muy poca realidad” de la lógica del fantasma.

Parece referirse en ese final de seminario a un desprendimiento del fantasma como tal. Supongo que las diversidades de sostén de su elaboración sobre el sinthome vendrían a poder ocupar ese lugar en la doctrina. Difícil ese despojamiento en la clínica.

Me inclino por la versión algo diversa pero también legible en su obra que devendría de la mutación de la axiomática del fantasma devenida de mayor plasticidad, porosidad, que haría prescindible la dura consistencia del sellado.

Me detengo en el debate en torno a un cierto desliz simplista que se puede derivar, o tal vez ya se produce, en orientar la clínica al encuentro con lo real, sorteando las formas que lo nombrado como real se presenta prínceps para el hablante. Esa presentificación sin velo implica el encuentro con la mantis religiosa, tal como la presenta Lacan en el inicio de su seminario X. O el atrapamiento atroz por ese órgano enigmático y ominoso que se hace mito con la laminilla

que acerca al horror. Vale releer su tematización en el seminario XI y particularmente en el escrito *Posición del Inconsciente* (1960-64).

Direccionar sin mediación a lo real seguramente ha de convocar a la angustia, cuando no a lo monstruoso. Sirvan de referencia los terrores en la infancia ante la oscuridad; penumbras en la que las máscaras de una alteridad amenazante acechan. Y no solo en la niñez. Las referencias bíblicas, rastros que no demuestran fenecer en la cultura, aluden a las tinieblas con todas sus connotaciones que asustan al mamífero hablante.

Vuelvo a aludir a Alain Didier Weill en su elaboración sobre las instancias superyoicas de franqueamientos no asegurados. La más cruda, la que nomina como medusante, que aterrando impone el mandato cruel: “ni una palabra”. Sirva el ausentamiento catatónico, o incluso presentaciones del autismo, como ilustraciones mayores.

A considerar los efectos iatrogénicos de ese confrontar de prisa con lo real. Marcadamente a sus potenciales efectos melancolizantes.

La acentuación fecunda de las negaciones no nos exceptúa de tematizar lo alcanzable. Cualquier dejo de positividad podría ser una herejía en el lacanismo. Sicut palea, desperdicio, estafa y otras exaltaciones prevalecen.

“No todo”, no nos impide el uso de algunas nominaciones que generalizan aun cuando su contorno sea forzado e impreciso. Nos acontece cuando forzando decimos de estructuras o, si se quiere, de tipos clínicos. De lo contrario, no podríamos en el límite, ni empezar a hablar.

Algunas consideraciones auxiliares sobre las letras en uso a partir de Lacan. Sabemos, o eso creo, que construye las que considera posiciones discursivas con el recurso de una configuración de letras puestas a girar en cuartos de movimiento entre lugares con específicas nominaciones. Hay en juego un arbitrio ingenioso y creativo al diseñar esos lugares y las letras que podrían allí situarse y tal vez girar.

El lugar que implica la dominancia en el discurso fue nombrado por Lacan como lugar del agente en el seminario 17, produciendo una variación en el seminario siguiente bajo el término *semblante*.<sup>57</sup> Siendo las otras ocupaciones nominadas como: el otro, el

---

<sup>57</sup> Reitero mi hipótesis sobre el motivo del cambio: el término agente no aparece conciliable con la definición de sujeto como efecto. A mi entender, la noción de semblante queda algo imprecisa en su seminario.

producto, la verdad. No me detengo en los lugares nominados por Lacan, y me dirijo a las letras que los ocupan:  $S_1 - S_2 - \$ - a$ .

Operación de reducción al límite como recurso de cercanía al soporte epistémico comparable con el uso de letras por la física, de honda ligadura con los referentes que sintetiza, y de dificultosa extrapolación en su uso en el plano de la subjetividad y los lazos sociales. Dificultad tal vez más genérica en el intento de matematización del psicoanálisis. El recurso apuntaría a la evitación de la polisemia de las palabras, sin resolver la proliferación de diversas vertientes de lectura que circulan merodeando las letras según el contexto elaborativo. Y los riesgos intelectivos al habilitarse un juego combinatorio de letras, a distancia de los amplios desarrollos conceptuales y por ende asintóticos, con que se configuraron en su reducción a letras. Las letras, como a su vez algunas formalizaciones, habilitan a una operatoria que al producirse se aleja o prescinde del contexto argumental.

Se nomina y el intento de denotación de un todo, aun en un campo restrictivo, emerge con dificultades insalvables de evitación de connotaciones diversas que fragilizan sus alcances, sus bordes. Así opera el significante y sus deslizamientos significativos. Si Lacan, como ya advertimos, recurrió al aporte lógico matemático, lo fue para con significantes simples, aún solo letras, acercar a enunciados no literarios. No opino que sea algo logrado. Tomemos casi cualquier letra o matema por él propuesto y se abrirá en algún modo de arborescencia. Por tomar un ejemplo: una misma letra,  $S_1$  puede intentar designar significante fálico, significante asemántico, significante primordial, rasgo de goce, y tal vez otras. Y su invento, el objeto  $a$ , aludir al vacío de la causa del deseo y deparar a su vez una versión de un goce perdido que no excluye su recuperero, a dominancia sufrido.

No hay doctrinal que no se configure con axiomas susceptibles de ser a su vez interrogables o cuestionable. Así opera su construcción. Aun para la exquisita vacuidad significativa de las matemáticas. Valga acercarse, acompañando a Lacan, a los teoremas de incompletitud de Kurt Gödel.

Si partimos del “no todo”, el desafío se configuraría en transitar el alcance de lo posible, de lo mutable, de los cambios de posición subjetiva, del abandono de los goces sufridos franqueados, aun sospechando su interrogable potencial reversibilidad. La radical alternativa de electividad en el campo del sujeto, no solo efecto. No de otra cosa trata nuestra clínica. Y su alcance no acontece confrontando al sujeto analizante en dirección sin franqueamientos al puro real. Es una opinión, como tal sujeta al debate.

# Alojar - De los fines del análisis y la contingencia de un otro amor<sup>58</sup>

Es mi interés interrogar los fines del análisis - desde un sesgo de lectura no finalista tal vez convendría decir sus alcances, reversibilidades e irreversibilidades - y el efecto contingente de habilitar a una otra forma de amar al otro.

Alojar es un significante de uso coloquial. Multívoco, por cierto, lejos de la pretensión del matema en cuanto a recurso potencial de acotar la semiosis. Me orienta en su diversidad de acepciones, con concordancias y diferencias, referidas tanto a los lazos sociales, a las relaciones de pareja, como a la posición del analista.

Si el fin de análisis depara un sujeto advertido de la irreductible y propicia escisión; si a su vez posiciona al sujeto en un saber-hacer con la escisión misma sin por ello melancolizarse; si se da la alternativa de elegir - en el margen condicionado en que se elige forzosamente - es sostenible la idea de que se habilite también la contingencia de alojar al prójimo, al partenaire, a otros. No siempre ni todo el tiempo.

Bajo las condiciones implícitas de un análisis sostenido, despejado de fantasmas sacrificiales ofertados para saldar con culpa la falta en el Otro.

Aun así, no dejaremos de ser puercoespines, acercándonos a veces en busca de calor, alejándonos por momentos para no pincharnos. Amor y odio a mejor enlazar.<sup>59</sup>

Recurro a una cita de Lacan que me resulta de contundente orientación para tematizar los fines del análisis y la alternativa de un amor en diferencia al amor-odio preñado de narcisismos.

*“Entonces se verá que del psicoanálisis el sujeto sale no habiendo hecho nada más que aligerar ese resto, a saber, devolverlo al Otro del cual él proviene. Pero, abandonando así su deuda puede anular al acreedor mismo. Ya no tiene más necesidad de la demanda de este Otro para sostener su propio deseo. Él sabe que su deseo está formado de la zona que hace barrera al goce.*

---

<sup>58</sup> Presentado en octubre 2020 – Jornadas EFBA

<sup>59</sup> En un reciente grupo de investigación inscripto en EFBA bajo el título de “El Odio”, interrogamos como anudar lo ineluctable del odio en cada quien, de forma tal que no depare destructividad. El espacio estuvo motivado y coordinado por Luis Bisserier. Lo extrañamos.

*Se satisface con este vacío donde él puede amar a su prójimo, porque es en este vacío donde lo encuentra como sí mismo y es sólo de ese modo que puede amarlo*". "El psicoanálisis en este tiempo" - abril 1969

No desconozco que invocar a Lacan permite poner en consideración lo que se enuncia bajo el soporte de su nombre propio llevado a nombre común.

Tomo de la relevante expresividad de Lacan: aligerar ese resto, devolverlo al Otro y así anular al acreedor.

El significante resto requiere ser considerado en términos de una ecuación que no se resuelve en completamiento de lo calculable. Se suele exacerbar la versión de resto como basura, sicut palea al decir de Santo Tomás. En un viraje de sentido, en que el devenir resto puede pasar a la exaltación. Así la posición de resto puede deparar el engolamiento narcisista, que se cuele por cualquier hendidura.

Me evoca la alusión de Freud al chiste de raigambre judía que alude a que aún para parecer un don nadie, se esperarían ciertos atributos a la mirada de los otros. ¿Quién se cree que es para hacerse el don nadie?

Devolverlo al Otro anulando al acreedor habilita a ser leído en términos del aligeramiento que depara la extenuación de la demanda Otro. Aligeramiento, morigeración serían términos menos extremos, ya que es poco sostenible su anulación.

Temáticas que requieren un fino deslinde: el Otro como acreedor, si es disoluble la deuda simbólica, el clivaje entre culpa y responsabilidad, el sacrificio y las mutaciones de goces expectables en un análisis.

Prosigo con la cita: "allí el propio deseo hace barrera al goce". A mi lectura se trataría de la barrera al goce del Otro en tanto goce superyoico. Advirtiendo que no siempre conviene restringir los goces a ese topos. Escribí sobre el sujeto advertido y la apertura a las electividades de goces.<sup>60</sup>

"Satisfacerse con el vacío"; toda una definición del sujeto advertido de lo irreductible de la castración misma. Satisfacción con el vacío que trasunta su dimensión pulsional. Condensación del goce de la castración misma, tal vez del goce sublimatorio.

---

<sup>60</sup> "Del sujeto advertido" ver en esta edición.

Con la condición de que el deseo no se extreme en deseo puro, de cuyas consecuencias en potencia criminales, Lacan advierte en el seminario XI. Impureza del deseo a ubicar y precisar del lado del analista. Que remite a la particular posición de disparidad subjetiva que, desde allí, lleva a tomar posición sobre el amor de transferencia.

¿Qué hace impuro el deseo del analista sino su particular implicación que entrama presencia, distancia, abstinencia, y alojamiento? Acentúo este término.

*“Amar al otro como a sí mismo”*. Frase bíblica abierta a la polémica. Mejor apuntar a un sí mismo a distancia de la completud esférica del desconocimiento yoico. Habiendo desandado las coagulaciones imaginarias en que el sujeto se esquicia y se suelda fantasmáticamente a la demanda del Otro insaciable.

No es sino por reiteraciones en diferencia, por perlaboración al decir de Freud, que opera como posible el deshacimiento de la posición sacrificial.

Aquí me detengo en el término propuesto al título: alojar.

Resto, vacío despejado de la demanda que evoca el sacrificio, la victimización, la incansable y repetitiva queja. Y si ese vacío acontece entre al menos dos, aún sin completarse en relación escribible - alcance riguroso de la no relación sexual - da una versión del amor para el que no alcanzan las palabras, que no traiciona el goce del inconsciente.

Es una perspectiva que me acontece cuando esporádicamente recibo una consulta de pareja. Intentar localizar el alcance del vacío de cada quien para receptar el vacío del otro. Si lo hubiere.

De ampliar las referencias acudiría a tematizar la asunción de la castración, lo incorporal, y por qué no, al vacío del “alma”. Si eso se produce, seguramente no sin una cierta interrogación de la posición subjetiva de los partenaires, podrá habilitar al contingente encuentro. La experiencia nos muestra los agravados desencuentros cuando quien está en posición analizante se topa con un otro que rechaza el inconsciente.

Aceptando que la pulsión de destructividad no nos es ajena; no es solo lo que le acontece a la llamada “gente”. Forma expresiva de ausentarse en la excepción.

Remarco que no me resulta condición aludir a la pulsión de muerte como vuelta a lo inanimado. Me cuesta seguir a Freud en esa vertiente. A mi lectura, parcial y sesgada, por cierto, no es condición de operación causal para la destructividad y las formas del odio.

Saber hacer con la inminencia de la disrupción del odio derivado en violencia, sería un atributo para el que nos viene bien la palabra advertido. Me incomoda en algo el uso de la bondadosa palabra tolerancia por su cercanía a resignación. Hace tiempo que se sostiene la expresión resiliencia, que para algunos será sinónimo potencial de asumir la incompletud y para otros el “bancarse” el sufrimiento.

El encuentro así esbozado, tiene sus particularidades, alcances y diferencias con el saber hacer con el amor de transferencia como quehacer del analista. Recordamos que para Freud el texto sobre el amor de transferencia fue por él señalado como privilegiado. Extendido en Lacan al sujeto supuesto saber objeto de amor, cuando no de odio. Y por qué no como el vacío allí subtendido aún desde los inicios. Dejar jugar la suposición de saber no implica presentarse en completud, ni en prestigios.

Si se espera que el analista encuentre una posición que no implique el acceder a la demanda de amor, pero tampoco rechazarla, tal vez la perspectiva de un vaciamiento incompleto sea su fórmula. La presencia de la persona del analista es irreductible, aun cuando con ella pague. Pago, al que alude Lacan en la dirección de la cura, acompañando a Freud en no pretenderse curadores de almas.

Presencia de la persona que no anula ese borde, no siempre preciso, a jugar en el caso por caso, de la buena distancia. Distancia que no deje de alojar. Más aún que sea el lugar en que se asiente. El alojar podría adquirir facticidad en la aptitud de receptividad y escucha. Inherente a la posición del analista, y perceptible en las subjetivaciones - me autorizo a decirlo con levedad - con posibilidad de albergar al otro.

Mucho hemos estado debatiendo en tiempos de pandemia, cuarentenas y virtualidad sobre la dimensión de presencia. La voz y la mirada pueden encontrar formas de hacer presencia. No así el olfato y lo táctil, por otra parte, poco tematizados en el lacanismo. No conforman las especies en que Lacan ahonda <sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> Una puntuación de mayor alcance desarrollé en el libro “Lacan en entredicho – para una lectura crítica de La Tercera” – Prometeo Editorial – Bs.As. 2019

La corporeidad habitada por otro hablante, aún por vía de lo virtual, hace la diferencia con el hablar frente a una computadora, con todo lo big-data que le supongamos. Anticipándome no sin cierto exceso, tal vez cambie el imaginario del mundo si se alcanza al post humanismo, la robótica, la incrustación de poderosos microchips, sus correspondencias y/o superaciones respecto el homo sapiens, al parletre.

Si eso ocurre y se intenta programar el amor con todas sus paradojas en sus lazos con el goce y el deseo, ahí sí será traición del inconsciente.

Y me permito terminar con una asociación libremente testimonial, alojar como albergar me remiten al encuentro que se dice amoroso. Referencia barrial al alojamiento o albergue, que tal vez solo sea transitorio.

## Finales de análisis y dispositivo de “el pase” – interrogando sus limitantes<sup>62</sup>

El significante arrastra, desliza, condensa y el propio término “pase” cobra una relevancia central deviniendo el eje de la elaboración sobre los fines del análisis<sup>63</sup>: desde la cita atribuible a Lacan: “me la paso pasando el pase”, se interroga sobre si “pasa el pase”.

A mi entender genera una reverberación de difícil resolución muy ligada a los alcances peculiares del dispositivo ideado por Lacan. Quien al proferir que se la “pasa pasando el pase” pone en cuestión, al menos para sí, el procedimiento por él diseñado por el que no parece haber “pasado”.

Testimoniar sobre los fines del análisis, de indudable relevancia teórico clínica, trasciende los límites que textura el dispositivo del pase: pasante-pasador-jurado-nominación.

Plantee hace tiempo en la EFBA, en espacios de elaboración sobre pase y nominación, la precaución por la facilitación con que se ofrece a proponer una derivación de tinte místico sobre el fin de análisis.

Se da a leer en diversos informes de jurados. Se elabora sobre el puro real; el hiato y su cobertura imaginaria pregnante franqueada; sin acentuar las particularidades de la operación novada de franqueamiento.

Se intenta despejar el campo imaginario, se dirige a la verificación de la destitución subjetiva y se apunta a lo real del objeto. Tal vez no se puntúa con énfasis lo contingente e inestable del alcance de una tal destitución. Parece apuntarse a una especie de búsqueda de transmisión de lo intransmisible.<sup>64</sup>

Se acentúa la sinrazón. Se exagera la radical negatividad, la perforación sin atender a las texturas de los bordes y a los re-anudamientos ineludibles.

---

<sup>62</sup> Texto redactado siendo miembro de la EFBA - Inicios 2021, y tiempo atrás

<sup>63</sup> Los “fines” no equivalen a lo que como “fin” parece orientar una teleología.

<sup>64</sup> Todo un tema el límite de aquello que como destitución subjetiva se intenta designar. Y más aún su trama con la insistencia central de la pulsión de muerte, de nodal prevalencia en la posición de Lacan, y cuyas modulaciones parecen recentrar el campo ampliado de lo pulsional.

Como si se forzase a hacer entrar lo imposible por la vía de lo irracional, lo inefable, lo irreductible al sentido, lo irrepresentable.

Adjetivaciones o tal vez categorías, que al no considerar las eficacias transformativas de su bordeamiento, su movilidad de franqueamiento, sus reversibilidades e irreversibilidades, habilitan al deslizamiento de devenir creencia.

Así en las elaboraciones sobre el pase, con recurrencia, quedan exceptuadas las razones, se alude a lo que se siente, a lo que los cuerpos transmiten. Del pasante al pasador y de este al jurado, o a los miembros del jurado. Parece implícita una postulación que trama una especie de rapport de inter-objetividad. Me permito un especial neologismo entre impreciso y lógicamente de difícil sostén.

La contundencia de que “el pasador es el pase” elide los alcances del inevitable malentendido y el condicionante singularísimo de la posición y estilo del pasador, cuando no de los que componen el jurado.

Legítimamente no se apunta al vínculo yo a yo y sus correlatos de tensiones especulares; compartible punto de partida. Por otra parte no hay forma de producir un vínculo entre hipotéticos sujetos desde un sujeto definido por la representación de un significante para otro significante. Así no hay intersubjetividad a considerar en sus condicionantes.

Si, se despeja o aún se elide la urdimbre simbólico-imaginaria y se intenta direccionar a lo real del objeto, puntualmente a las especies del objeto a. Posiblemente con el implícito de localizar sus llamadas caídas en perspectiva de localizar el vacío de la causa. Mutación de versiones y pasajes del invento de Lacan.

Parece orientarse a situar una trama de pasajes de restos de objeto. Que se complejiza cuando apuntando a los objetos voz y mirada, se pone particularmente en valor la exclusión que deviene de la no presencia ante el jurado por parte del pasante.

Con lo cual se desliza a un intento de transmisión de lo que “se siente”, difícil de diferenciar de otros tonos emocionales, y que parece aludir a la transmisión entre cuerpos del vacío que depara el objeto despojado de goces.

Lo que se siente, no podría no evocar los sentimientos, y estos ineludiblemente se imaginan en arborescencia de difícil aprehensión.

Del pasante al pasador, de éste al jurado y retorna a la escuela una elaboración en curso, a mi entender, así muy sesgada e incluso limitativa al constreñir la elaboración sobre los fines del análisis al dispositivo puesto en cuestión.

Produciendo un efecto no menor ya que al postularse ese recorrido como pivote para la escuela, deja a muchos miembros, que no vemos en el pase esa función troncal, en un lugar dificultado e incluso lateral.

La posible nominación es postulada despojada de atributos, como letras que acompañan el nombre propio como signo portador del tránsito por la castración. Esa nominación acentúa su dimensión de atributo, de una suerte de titulación lograda cuando la carencia hace brillo en psicoanálisis.

Se produce, me incluyo, un respeto a la “dignidad” de las intensas implicaciones de los colegas inmersos en ese decurso que limita la posibilidad de un abordaje crítico. Hay demasiada “subjetivación” como para la crítica que podría afectar sensibilidades acentuadas.

Más allá de las consecuencias endogámicas de ese centramiento sobre el pase, sostenido desde una argumentación probablemente inentendibles en la extensión.

# Acerca de la nominación de Analista Miembro de la Escuela – sus condicionantes<sup>65</sup>

*“...la Escuela lo reconoce como psicoanalista que ha probado ser tal”*

Parto de la Proposición <sup>66</sup> como recurso de orientación de la función del jurado, específicamente por la implicación y la responsabilidad que pone en juego para cada uno de sus miembros.

Dice Lacan: *“Se tratará de estructuras aseguradas en el psicoanálisis y de garantizar su efectucción en el psicoanalista”*.

Resalto “estructuras aseguradas” – “garantizar su efectucción”, dado que son términos inusuales en las referencias formales y clínicas del psicoanálisis.

A mi lectura, la proposición presenta una dificultad al entrar en su argumentación dos instancias de grados diferentes, aunque vinculadas. Habría allí tal vez algo inapropiado al argumentar en la juntura de ambas nominaciones.

Se especifica el grado como aquello que desarmaría o al menos debilitaría el valor formal de las jerarquías. El término jerarquías apunta a los lugares de dirección.

Lacan se vale también del término “Aparato” que entra en la línea instrumental y el orden discursivo de “estructuras aseguradas” y “garantías”.

**¿De dónde partir para la lectura que el jurado de AME aborda?**

De la aserción primera de Lacan: *“El psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo”*. Resaltando que no refiriéndose a la unidad yoica, y rescatando la forma de la tercera persona, no deja de señalar la escisión subjetiva particular que subsiste aún al fin del análisis.

Continúa Lacan: *“Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación”*.

---

<sup>65</sup> Informe como miembro del Jurado AME – 2011/3 – EFBA

<sup>66</sup> Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela – Segunda versión – escrita – Ed. Manantial – reservo para otro momento la lectura en diferencia con la primera versión oral.

Dos puntuaciones: escribe Escuela con mayúscula, y el “su” de su formación podría también referirse a la que la escuela provee. Expresión que requeriría ser precisada ya que incluye de manera diversa a miembros de la escuela.

Recorto y me centro ahora en las referencias al AME: *“El AME o analista miembro de la Escuela, constituido simplemente por el hecho de que la Escuela lo reconoce como psicoanalista que ha probado ser tal”*.

Me detengo en algo que puede pasar inadvertido, el uso de la expresión “simplemente”, ya que tal vez oriente a cierto aligeramiento de solemnidad, exigencias, mitificación. Lacan vuelve a escribir Escuela con mayúscula, y es inferible la entificación inevitable que produce el recurso.

El significante Escuela, se impregna de connotaciones, referencias historizables, transferencias. No descarto que tal vez no pueda no ser así. Es lo que haría resguardo a la disolución permanente.

Particularmente impacta al jurado y a sus miembros que quedan así investidos de la representación de ese significante. Acentúa la responsabilidad la asunción del lugar de enunciación: Escuela. Aunque escrito con minúscula sospecho no la disiparía.

“GARANTÍA – ESTRUCTURAS ASEGURADAS – APARATO – GRADUS”

**¿Cómo entramarlas con “discurso del analista”, “deseo del analista” aun con “semblante de objeto a”?**

Aquellas nos llegan como expresiones propias y necesarias a otros discursos. Diría que basculan entre el discurso del amo y el universitario.

Seguramente no puede ser de otra manera para que “las cosas anden”. Esas posiciones discursivas de distribuciones de lugares y de goces, tienen un tenor de permanencia a la que el discurso del analista, a sostener en la intensión y pretender abarcar en la extensión, puede que solo logre poner en tensión crítica y esto contingentemente. Me inclino a pensar que entre intensión y extensión hay un irreductible. Esa tensión crítica no es un hecho menor, sino que configura lo central de la lectura a producir.

Tomo una cita sobre el semblante, frecuentemente aludida, del seminario 20: *“No ha de creerse que en modo alguno sostengamos nosotros al semblante. Ni siquiera somos semblante. Somos en ocasiones lo que puede ocupar su lugar y hacer reinar ahí, ¿qué? —el objeto a.”*

Destaco el carácter ocasional, contingente, a valor del instante, en diferencia a las estructuras aseguradas, el aparato y las garantías.

Lacan señala la función del jurado en tanto convalidaría, por la vía de la nominación, que se ha dado prueba de ser tal: psicoanalista. Resalto la expresión: haber dado prueba.

Y la pregunta que requiere desplegarse en formas de lectura: ¿qué adquiere el valor de posible prueba de la contingencia ocasional de ocupar el lugar de objeto a?

Se produce en la búsqueda de prueba esa tensión interdiscursiva. La misma idea de lo probatorio se dificulta al discurso del analista.

La Universidad sostiene los dispositivos pertinentes a la configuración de lugares en lo que hace a su discurso. El orden jurídico propone, aún impone un acento en las garantías, que se despliega en conocidos procesos de pruebas, evaluaciones diversas, juicios, notas, aprobaciones, registros y otras formalidades que habilitan a la titulación y el reconocimiento en la polis desde su instrumentación jurídico legal.

Ahora bien encontramos que en relación a la Escuela, o las Escuelas, parecen retornar términos que vienen de esa otra posición discursiva: garantías, estructuras aseguradas, efectuación, haber probado ser tal, aparato...etc.

No podría no reconocer que se produce una cierta equivalencia relativa con la Universidad y su discurso dominante, y es a mí entender desde allí que cobra valor apuntar a señalar lo que hubiese de diferencia.

La orientación al encuentro de la prueba particular de psicoanalista, se dirige al lugar en que se da a leer que el saber, los saberes, los conocimientos, aún el supuesto saber-hacer son excedidos por la insuficiencia que presentifica la relación a un imposible, o aún a un valioso y rescatable incurable. Sin suponer que la prisa lo alcanza por sólo enunciarlo.

La nominación en tanto garantía dirigida al lazo social, no podría no propiciar la instalación del sujeto supuesto saber. En eso favorecería, hipotéticamente, la instalación de la transferencia en torno a quien fuere nominado.

Lacan propone un algoritmo que supone no engloba a la persona del analista. Ahora bien, si hay tal garantía, no se trataría de dirigir el decir a un significante cualquiera. Se pone en juego un nombre propio al que se le agregan letras que se pretende operen en función de garantía, con sus inevitables efectos connotativos.

### **¿De qué elementos se dispone para garantizar la efectua- ción en el psicoanalista?**

De un lado de los textos escritos, no siempre ofrecidos a su circulación. La lectura de textos como lugar de potencial localización de la función deseo del analista podría no ser un recurso suficiente. De la exposición, y valga su polisemia, en la escritura podrían no deducirse sino “formación suficiente” en tanto conocimientos (o aún saberes marcados por la insuficiencia esperable como presentación mostrativa del saber en fracaso).

Si la posición analista se ordena en discurso por la ocupación contingente del objeto “a” en el lugar del semblante, lo que se deduce del escrito bien podría no ser sino posición analizante.

**¿Qué buscar o qué estar dispuestos a encontrar en ellos? Una aproximación sería la de ir al encuentro de evidencias llamadas clínicas, de posiciones y recursos de intervención. Suelen aparecer en los textos retazos de algunas intervenciones, se dan a leer movimientos, inflexiones del curso de un análisis, localización de irreversibilidades inherentes al no retorno a la posición anterior, a la repetición en diferencia. Y aún efectos terapéuticos, si nos autorizamos a señalarlos en versión que no implica restitución a un estado anterior.**

Se suelen también ofrecer a la lectura los lugares en que se hace presente necesariamente la propia resistencia del analista y su localización crítica. El direccionamiento al encuentro con el sesgo clínico no deja de presentar una dificultad, ya que puede exacerbar la distancia entre clínica y teoría. Si bien entre la teoría y la praxis seguramente hay una relación sólo asintótica, no conviene sostener una versión de posición analista como una especie de intuicionismo a-teórico.

La tramitación de la enseñanza del psicoanálisis, su inscripción

en cada quien, necesariamente se va a entramar, a anudar, con lo que decanta del paso por el propio análisis y lo que se recaba por el intento y el acto de ocupar ese lugar de psicoanalista, incluido el análisis de control.

Lo que no impide que la teoría funcione también como obstáculo o resistencia. A estar advertidos.

La afirmación de Lacan: *...es indispensable que el analista sea al menos dos. El analista para tener efectos y el analista que, a esos efectos, los teoriza, ...*<sup>67</sup> quiebra una hipotética división entre analistas clínicos y teóricos, división poco sostenible.

Es inherente a la posición del analista y a su ética, leer su operación como lector crítico. Aquel que no le escapa al escollo, al síntoma, sino que intenta hacer de él punto de apoyo para algún avance en una teorización tangencial.

Son entonces diversas las ocasiones de lectura. Las describo con cierta aproximación y “simplemente”: la presentación de variedad de recursos de intervención, la mayor o menor plasticidad, la alternativa de ser soporte de las pasiones transferenciales, la localización del entramado en que el goce, los goces, se juegan e incluyen al analista, la mentada abstinencia, la buena distancia, la convicción en el inconsciente, la posición de desprendimiento, la dominancia de una lógica y ética que no aspira al todo, el dar lugar a lo parcial, lo sutil, lo en apariencia inútil, al detalle, la hiancia. Serie incompleta que trasciende las formas probatorias del discurso universitario.

La prueba: ¿incluye el análisis del analista? ¿Las marcas de asunción de la castración en los dichos y decires? ¿Cómo fundar la prueba en un real, sino por sus inflexiones, clivajes, bordes, distancias, efectos de lo que no cesa de no inscribirse?

Otro interrogante: ¿qué hacer frente a la impregnación yoica legible en muchos textos? Para decirlo con simpleza, sería esperable la denotación de un yo “suficientemente” agujereado. Y para el caso Lacan no da un buen ejemplo, y en particular en la proposición. Basta con el enunciado en tercera persona de su enseñanza como sin rival.

Acuden también como recursos a considerar por el jurado, no sólo los textos escritos, sino también formas de participación en espacios de interlocución: presentaciones, intervenciones, carteles temáticos, de dirección.

---

<sup>67</sup> J. Lacan - Seminario 22, RSI, clase 1

Aspectos estos que hacen presente otra consideración; la de la presencia del analista en los espacios de escuela. Se hace difícil el encuentro con lo que allí pudiese haber de prueba, si no se participa de sus aconteceres. Y esto vale tanto para aquel miembro cuya lectura se encara como para los miembros del jurado. Estos otros elementos además de los escritos a ser leídos, hacen presentes entonces otras dificultades que se resuelven solo parcialmente en la interlocución entre los miembros del jurado.

Para terminar, la función y alcance de la nominación como tal no podría no ser interrogada por cada quien que acepta la función jurado. Lleva a una reflexión crítica y a la toma de posición. Considero un recurso necesario de intervención en la polis la nominación AME por parte de la escuela. No deja de interrogarme la distancia entre nominación y titulación. Tienen, más allá que se pueda sostener lo contrario, cierto tenor de equivalencia. La nominación es más débil en elementos probatorios formales, y más argumentable en sus bordes. Y es allí donde radica su peculiar valía.

No hay forma que las letras, que se pretenden sólo nominación, dejen de operar como predicación, atribución. De hecho, lo son y se acepta que lo sean, para el colectivo al que van dirigidas. Si se supone que expresan la garantía de formación que la escuela convalida, inevitablemente se acentuará la adjudicación de atributos.

Que el atributo sea entendido en la intensión como la marca de una imposibilidad, no excluye que en la extensión se transmita como señal de garantía para los otros.

Situar la nominación de AME, en el lugar del síntoma, cobra diversa significación si se considera la dimensión del síntoma en el campo del sujeto; en diferencia a si se atribuye síntoma, en un sentido extendido, al plano del colectivo-escuela. Al sujeto que le es adjudicada una nominación bien puede “hacerle síntoma”, y allí la alternativa de algún producto, o no.

Si la idea de síntoma está referida al grupo, prevalece la encrucijada o conflictiva identificatoria y el juego de reciprocidades. La insistencia en que “no es eso”, presentifica la posible aserción. El reconocimiento referido a lo simbólico puede implicar pacto, pero no necesariamente pacificante. Bien puede operar un pacto implícito impregnado de la tensión del *odioamoramiento*. Entiendo que algo de eso pasó y tal vez aligerado siga pasando en la escuela. Y aún que un cierto equilibrio en sus distribuciones tensionantes de goces podría ser lo que anima su soporte.

Se me presenta una oposición menos tajante entre reconocimiento del deseo y deseo de reconocimiento. El síntoma podría ir en el sentido o vectorización del reconocimiento del deseo, pero se advierte como no eliminable el deseo de reconocimiento. Hay allí un clivaje, no liquidable aún llegado a un desenlace en el análisis.<sup>68</sup>

---

<sup>68</sup> Especifico los matices en diferencia entre la aceptación de esta nominación sujeta a los condicionantes enunciados, y la crítica a la nominación que surgiría del pase. Ver texto al respecto en esta edición.

# La intersubjetividad que resta en transferencia<sup>69</sup>

El analista “paga con su persona”. Frase contundente profesada con legitimidad por Lacan en la Dirección de la cura...Escritos, pero que no deja de habilitar a más de una lectura.

Paga con su persona en tanto que para el otro, en el caso el analizante, conviene que quede en suspenso en sus diversas trazas, como máscara y como compleja personación.<sup>70</sup>

Ya Freud fue contundente al respecto en términos de no apuntar a modelar al paciente, así lo llamaría él, acorde a los ideales axiológicos del analista transformando el análisis en una psicoeducación de la que el analista daría testimonio como logrado.

A tener en cuenta que las corrientes psicológicas que en su vertiente terapéutica se agrupan bajo la sigla TCC, suelen consignar expresamente como recurso clínico la psicoeducación.

Implica depositar en los designios del efector supuestas categorías de bienes espirituales, comportamentales, o si se quiere del llamado “bien común”. Con sus correlatos adaptativos, potenciales recursos de control social. En tensión irresuelta con el deseo de cada quien.

Aclaración casi innecesaria: lo dicho no desestima los efectos de lo educativo en general, más bien hasta los resalta. Pero acotándolos en el espacio de la clínica, en que no se trata de enseñar; se trataría que el analizante logre apropiarse de lo que en el espacio del análisis se produce. Espacio en que el analista forma parte del concepto de inconsciente, al decir de Lacan.

La abstinencia de designios, valores, creencias, ideales, de parte de aquel que aproxima a la función deseo del analista, es la posición a acentuar.

Propongo un término como “*acentuar*” con cierta incerteza de que sea lográble en su completamiento.

---

<sup>69</sup> Redactado en 2022. Serviría como apéndice un texto escrito para el Foro de la EFBA en 2003, bajo el título “*Intersubjetividad*” en “*De fantasmas ancestros, espectro y otras inexistencias más o menos amenazantes*” Editorial EFBA 2010

<sup>70</sup> Personación es un significante que Lacan usa excepcionalmente en el seminario XXIII – *El sinthome* – Paidós – Clase 6 – de eso me valgo para que sea escuchado.

A su vez, pagar con su persona, no deja de connotar que lo que el consultante configurase como tal en el analista, no conviene que sea rechazado. Aspecto álgido a relevar en sus alcances.

Freud en su texto clínico sobre el amor de transferencia; por el privilegiado como príncips, sostiene una posición que implica no aceptar el convite de ese amor, pero tampoco rechazarlo.

Ya Lacan en la segunda clase del seminario de la Angustia tensaba las diferencias entre “te amo, aunque no lo quieras” y “te deseo, aunque no lo sepa”, como su particular vía de aceptar el desafío de una tercera vía en diferencia a aceptar o rechazar.<sup>71</sup>

Si el amor de transferencia tematizado por Lacan bajo el sintagma teórico clínico de sujeto supuesto saber, trasciende el plano primero del enamoramiento en tanto es el articulador en que se orienta la transferencia hasta devenir casi su equivalente; en consonancia con la alternativa de una terceridad preanunciada por Freud; no se trata de convalidar o rechazar el investimento con el que el analizante cubre agalmáticamente a la persona del analista.

Hay en juego en el proceso perlaborativo del análisis, un pasaje de aceptación del “engaño” de que el saber, en tanto conocer, estuviese encarnado del lado del analista; a caducidades de las consistencias que depara un saber que encuentra y acepta sus límites.

Posición de sujeto advertido <sup>72</sup> de su habitación propicia por la dimensión de la falta. Prefiero decirlo así y no tanto como “saber en fracaso”<sup>73</sup>. Hay cierto deleite en el lacanismo, del que el propio Lacan no fue ajeno, en nominar como fracaso, estafa, resto como basura. Aún de eso se puede hacer exaltación. Valga para una argumentación aquí no abordada sobre aquello que designa la nominación de AE.<sup>74</sup>

Se suele afirmar que la predisposición transferencial se anticipa incluso al encuentro en sesión. Y se hace más que notorio al

---

<sup>71</sup> Hace ya tiempo (1994) me detuve en el trabajo sobre estas frases en el texto “*La angustia en la clínica y el deseo del analista*” publicado en “*De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes*” Ed. EFBA 2010

<sup>72</sup> Ver texto en esta edición.

<sup>73</sup> Aludí al tema en “Notas sobre la enseñanza y transmisión del psicoanálisis” (2005) – en “*De fantasmas...*” Ed. EFBA 210

<sup>74</sup> Amplié al respecto en el libro “Lacan en entredicho” – Prometeo Editorial 2019 Bs.As.

momento de las derivaciones. Lo frecuente es que quien está en situación de requerir un espacio de palabra, consulte con un tercero en el que confía solicitando alguna referencia.

No me voy a detener en el complejo proceso de evaluación para esa sugerencia, en el cual entran diversidades: el reconocer la formación, la experiencia clínica, el sexo, la edad, cierta imprecisa anticipación de que una relación de confianza se podrá producir, por enunciar con ligereza algunas variables.

Y en este sesgo pagar con su persona no deja de ser, aún en sentido muy restringido, cierto ofertamiento no sin despojamiento; condición de la emergencia del saber no sabido a producir en el contexto del análisis.

Nos retorna la aseveración ya referida de Lacan, de que el analista forma parte del propio concepto en acto del inconsciente que allí podría producirse.

Lacan en la Proposición del 67 afirma que no hay nada más distante que transferencia e intersubjetividad. El rechazo a la intersubjetividad en el contexto de la clínica apunta a tomar distancia de la psicología comprensiva.

De la comprensión en general, que al decir de Lacan pudo aún designarse como “nauseabunda”, dando así poco espacio para la interrogación.<sup>75</sup>

A mi entender en el lacanismo se acentúa el rechazo del saber en tanto conocimiento y la comprensión como una empatía que devendría un rechazo del inconsciente. A polemizar el efecto sobre la carencia argumental que se suplanta con formas y matemas.

Es de valor la construcción de una apropiada distancia entre analista y analizante en cada caso sujeta a su singularidad, distancia que no tiene por qué derivar en frialdad en el trato, ni en un acercamiento que limite la operación analítica. Valga parcialmente la homología de Freud respecto de la operación del cirujano.

Proponer el saber en fracaso no lo exceptuó a Lacan de la propuesta de que algo hay que saber. Y allí saber ya no es saber textual del “texto sagrado” que se enuncia en el análisis, sino lo que

---

<sup>75</sup> Al respecto escribí un texto bajo el título “Intersubjetividad” (2003) en el que me detuve sobre el tema con alguna amplitud. Publicado en “De Fantasmas...”

el propio Lacan nombra como su doctrina.

No abundamos acá sobre los movimientos diversos que acompañaron la construcción lógicamente inacabada por cierto, de lo que se nombraría como su doctrina o aún su enseñanza. Todo un tema para cada analista su autorización de él mismo, y su constrictión a los avatares de los intereses y orientaciones de Lacan.

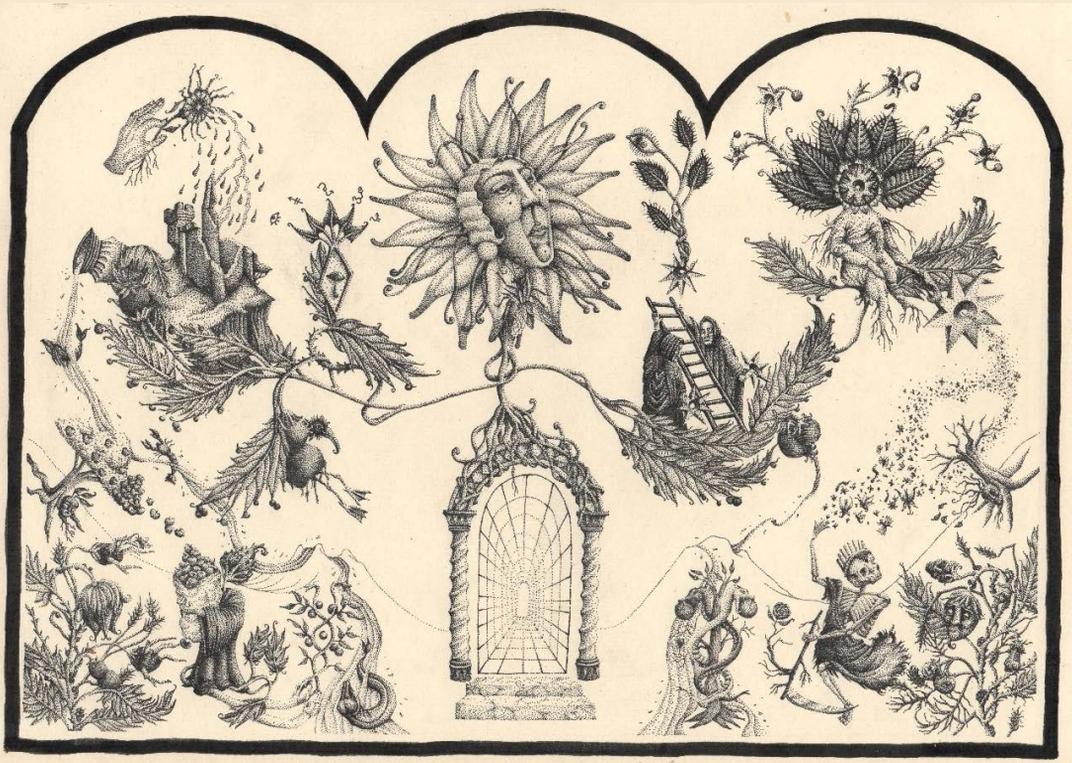
Volviendo sobre transferencia e intersubjetividad, no considero que haya que formular una radicalidad excluyente. Sí, desde ya condicionada a las coordenadas antes referidas.

La persona del analista, o siendo más precisos, su particular estilo de posicionarse como tal en una abstinencia que no implica la negación del acto; con estas restricciones como indicación clínica; no deja de denotarse aun restrictivamente como intersubjetividad.

Si el estar advertido de no implicarse en su propia subjetivación deparase una acentuada pregnancia, tal vez podría llevar los análisis a cierta inmovilidad. A estar atentos y no rechazar una posición de intervenciones en diferencia a la dominancia silenciosa. En ocasiones se las acepta, en el decir compartido, si entran en el sintagma “intervenciones en lo real”.

Puntuar la especificidad de lo que resta de intersubjetividad no es rechazarla, sino un saber-hacer con lo que de ella hubiese.

Si no se trata de rechazar ni convalidar el amor de transferencia como ligadura a quien haría de encarnadura del concepto de sujeto supuesto saber, no deja de requerir resituar los márgenes de una intersubjetividad así restringida y como tal propiciatoria.



# *Recorridos en Psicoanálisis*

*Dibujo de Nico Said*

## **“Destinos de la irreductible dimensión del odio”<sup>76</sup>**

Opto por el plural, destinos, ya que concede una mayor apertura que el singular, destino, que evoca un ineludible.

Me dirijo a aquello en que me acontece una mayor convicción, la de que el odio conlleva una muy dificultada posibilidad de eliminación. De allí que me autoricé al significante irreductible.

La referencia a la elaboración freudiana nos resulta un punto de partida. Afirma o tal vez debería expresar alude, en “Las pulsiones y sus destinos”<sup>77</sup>, en plural, a que la dimensión del odio resultaría más antigua que el amor; o en otra expresión, primigenia.

Nacería de la repulsa primitiva del mundo exterior. De lo que, en una primera instancia de incipiente configuración yoica, comportaría lo no-yo.

Aquello que desde un plano de exterioridad en construcción podría afectar la vigencia plena del principio de placer. El odio llegaría a conformar la activación que genera ese “exterior” a partir de un rechazo original que trazará las fronteras, vacilantes, con lo que provisoriamente nombraríamos como “interior” de ese primitivo yo.

Cruda afirmación primera a la que le vendrá bien el par en tensión opositiva: Bejahung/Ausstoßung.

Recurro al término provisoriamente para no dar consistencia plena a la diferenciación interior-exterior. La banda unilátera de Möbius conforma la topología que en su torsión transitará ambas caras que no son tales. No obstante, el valor de acudir a esa forma, vale matizar su relativo alcance. Arduo evitar la expresión, aun atenuada, de interioridad al referirla al cuerpo de cada quien. El Otro incide, pero no lo totaliza.<sup>78</sup>

Amor-odio emergen en una confluencia difícilmente disociable. El amor tiende a agregar, el odio a desunir. Siguiéndolo a Freud en su referencia al radical dualismo pulsional, sostenido en tanto cierta culminación de las secuencias elaborativas de las

<sup>76</sup> XVIII Jornadas Internacionales de Investigación en Psicología UCES Julio 2022

<sup>77</sup> Sigmund Freud – 1915 – Tomo XIV - Amorrortu

<sup>78</sup> Escribí sobre esos alcances: Función fálica y escrituras, en “*De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* – Editorial EFBA 2010

pulsiones, como Eros y Tánatos; de vertiente ya expresada como amor y discordia por Empédocles de Agrigento (Sur de Sicilia, Magna Grecia).

Seguramente el término desunir pierde pertinencia cuando el propio odio puede, a su vez, configurar identificaciones que unen. Soporte extremo de la habilitación, a dominancia gregaria, por lo segregativo. Es patente en lo singular, y en su extensión al lazo social que el odio puede ser un factor unificante. Con el particular y recurrente recurso de localizar al expiatorio enemigo.

Desde una diversa perspectiva, ciertas presentaciones ligeras del odio suelen generar distancias propiciatorias. En las atmósferas del psicoanálisis inglés, en cuyo contexto lo referido como malo, o como solo suficientemente bueno, produce a su vez una función habilitante a esa distancia que deviene condición de subjetivación.

Incluso es de interés, al menos a mi criterio, considerar cómo en la obra de Lacan, la madre, a la que se le asigna su potencial condición de estragante, refiere a aquella que por una fuerte inclinación a la juntura de amor y goce, no habilita los tránsitos estructurales que abren al lazo social. Tema harto polémico ya que corre el riesgo de desconsiderar las incidencias positivas, por decirlo con simpleza, de la donación amorosa de la madre.

Lacan propone un juego de operaciones en la constitución subjetiva, en la causación del sujeto; alienación-separación. Sin detenerme a abrir en despliegue su logicidad, ese juego tensional no dejaría de ser otra forma de correlación de la imbricación de Eros y Tánatos.

El sellado del fantasma del llamado neurótico, y no solo, presentifica ese entramado. No sin destacar la prevalencia del goce llevado a escena por el sujeto en el que habitan rasgos de perversión. O, en términos de raigambre psiquiátrica como la posición psicopática, cuyo alcance hace presente la escena del goce con el padecimiento angustioso del semejante.

Amor, odio, ignorancia, son nombradas por Lacan como pasiones del ser. Si a la ignorancia le diéramos, seguramente forzando, la vertiente de la indiferencia con el otro, escrito con minúscula; tal indiferencia emergería en el límite de las impregnaciones del amor y el odio.

En el contexto de esas llamadas pasiones, tal vez sea el odio

la de mayor intensidad. A la búsqueda siempre de ubicar lo diferente que lo convalide. No importa que sean pequeñas diferencias, aludidas por Freud; el narcisismo las busca y magnifica. Marcadamente evidente entre los grupos racistas y xenófobos.

Puede que el amor, incluyendo sus formas ligeras, seguramente tendría una medición estadística mayor. Al menos es mi creencia. No afirmaré, como sí lo hace la canción, que “el amor es más fuerte”.

*“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. Difícil no aplastar al *prójimo* desplazándolo al plano del semejante rival. Difícil un *ti mismo* que no se nuble del desconocimiento yoico.

Y la indiferencia tal vez opere como resguardo de lo que ni quiere saberse, pletórico de sofocamientos e incidencias represivas. En el contexto de la sospecha precavida tan extendida entre nos, los hablantes. Lacan en una referencia temprana consigna el conocimiento como paranoico, en tanto la noesis deviene de la alteridad.

La pulsión, discernida y constructo freudiano, no ama ni odia. Busca satisfacerse y el amor solo puede en parte contener sus bordes sádicos. Límite para los que el odio juega, tensa, su potencial acentuación. Seguramente el odio habilita a gozar del borramiento sufrido del otro.

La pulsión no deja de estar potencialmente ligada al narcisismo, en tanto este resulta de la relación libidinal con la imagen del propio cuerpo. Al que se lo ama o se lo desprecia. Valgan de sobrado ejemplo los llamados trastornos alimentarios: bulimias y anorexias.

Incluso al objeto anhelado del pecho materno se lo puede rechazar y mucho saben de esto algunas madres que desesperan porque el nene/a “*no me come*”.

Se puede partir de que a los padres se los ama, pero no solo. La tensión de separación plagada de narcisismo no modulado se hace presente en episodios de sostenidos berrinches, entre otras manifestaciones.

El odio retorna sobre un sí mismo que no es sino alteridad habitando en el sujeto. Una de las formas de referir a la incorporación superyoica, y sus efectos configurantes tanto por la vertiente del Ideal, como por la del imperativo. Insistencia de un goce del Otro que depara padeceres.

El goce de odiar aparenta y en gran medida logra, no propiciar los lazos sociales. Expreso “aparenta” porque la historia humana tiene sobrados ejemplos de experiencias en que el odio une en identificación pulsional. El antisemitismo unió amargamente a un tramo significativo de la población de Alemania, activamente en la masacre o pasivamente en la supuesta indiferencia.

Diversas formas del odio en lo social, encuentran expresiones cotidianamente. Los femicidios son una agravada presencia en nuestro mundo. Y tiene historia en las hogueras a que fueran arrojadas las histerias condenadas por brujerías.

Los padecientes de afectaciones mentales fueron y aun lo son, objeto de repulsa, cuando no de crímenes como aconteció durante el nazismo.

¿Es posible desligar de goce al castigador de niños? Ciertamente tramos significativos de la población mundial han morigerado esas prácticas. O aun penalizado.

El mito freudiano de raigambre darwiniano, propone un comienzo del proceso civilizatorio con el odio al padre gozador y privador de todas las mujeres. El mito flaquea por un resto misógino además de ostentoso respecto esa supuesta potencia viril. Pero resulta una ilustración potencial de una conjetura de inicio.

Es el odio al padre el que causa el devenir masa del grupo de hermanos. Es conocida la secuencia, comida totémica e incrustación de la dimensión retrospectiva del sentimiento de culpa.

“No matarás”, ley que se soporta en la prelación de un crimen. El sacrificio en el origen propio de la ley<sup>79</sup>. “La letra con sangre entra”, se suele enunciar.

Está implícito en el necesario recurso al mandato prescriptivo de no matar, la pervivencia del odio entre los hermanos que lograrían no deparar la destructividad gregaria, en un contexto que pondrá en juego la segregación fraterna respecto de los “otros”, los extraños, factibles de ser enemigos.

Freud propone como paradigma del fantasma neurótico: *un niño es siendo pegado*, que en el proceso deconstructivo depara la frase: *el padre pega al niño odiado por mí*.

---

<sup>79</sup> Sugiero la lectura del texto de Diana Sperling: Sacrificio y ley – ubicable en la web

Vladimir Jankelévitch<sup>80</sup> consignó que el objeto a quien se privilegia con el odio no es en exclusividad el extranjero más lejano, sino, paradójicamente al apenas diferente, casi idéntico. Tal vez su convicción se afirme en el odio a los judíos siendo tenuemente o aun imperceptiblemente diferentes, los obligaron a llevar la estrella de David sobre la vestimenta.

La construcción amenazante de un otro portador del mal se soporta de un derivado cuasi ineludible de la subjetivación en la diversidad de sus singularidades. Difícil sortear las formas paranoides que bordean lo sospechoso del otro. Un “¿*qué me quiere?*” queda insito en el acercamiento de lo no conocido. Formas que se aligeran sin disolverse en la precaución neurótica.

El potencial estallido está a las puertas. Sea en un cruce de palabras en el manejo al estilo de los “*relatos salvajes*”<sup>81</sup>. O en un contexto ampliado, en el guerrear como desencadenamiento de la destructividad de otro grupo poblacional. Las guerras, enmascaradas en ritos exaltados de heroísmos, hacen presente el acento mayor de la destructividad en la historia humana.

Y no siempre es condición la guerra armada. Puede bastar la exclusión y el olvido que deja a pueblos enteros en la pobreza y la hambruna. Se hace aun explícita como política, el sometimiento vía la carencia radical de formas de alimentación. Hoy acontece en vastas zonas de África y en cercanos pueblos originarios de nuestro norte segregativo.

Cualquier museo de historia en cualquier contexto seguramente estará manchado de sangre encubierta de orgullosas heroicidades.

El verter sangre, aun el ofertar la propia sangre, otorga valor a lo que se nombre como trascendente. Nombrado ligeramente como orgullo patrio, cuando no ofertado a los dioses que así toman mayor consistencia. ¿Qué sería de los dioses sin sacrificios?

Las diversidades culturales no se han exceptuado del sacrificio ritual, aun cuando se deslizaron del cuerpo de un congénere, en ocasiones niños, a algún animal como chivo expiatorio.

Degollar a un prisionero y mostrarlo con el recurso tecnológico del streaming, da existencia con un sesgo de materialidad a las

---

<sup>80</sup> Lo Imprescriptible, Barcelona: Muchnik, D.L. 1987

<sup>81</sup> Título de la película argentina - 2014

palabras que evocan el nombre de su dios. Para el caso “Alá akvar”, Dios es grande.

Como dilemático deviene que *ashem*, el puro nombre de un impronunciable Dios, elija a un pueblo. Elección que engola y a su vez fragiliza al preferido haciéndolo el enemigo dilecto.

Me exceptúo de desplegar las incidencias sacrificiales, sufridas al límite, de Jesús agonizando en la cruz.

Otorgarle existencia e incrustación en las almas a los dioses oscuros habilita la ruptura de los mandamientos, construcción que sabedoras de los goces, los pretende interdictar. Esa convalidación autorizaría al despliegue del oscuro goce de matar.

Plazas públicas enfervorizadas frente a las cabezas cayendo ante el peso de la guillotina, o contemplativas del que se supone merecido precio por la herejía siendo devorado por las llamas. Por no abundar en más ejemplos.

Aludir a destinos subsume la hipótesis que no necesariamente lo irreductible del odio derrape en destructividad. ¿Cómo se anudaría el odio como para detener su decurso a la destrucción? Es la pregunta.<sup>82</sup>

Estaría en debate irresuelto si la pulsión destructiva precede al odio. ¿Una versión atenuada del odio puede hacer de barrera?

Ardua tarea le encomendó a Albert Einstein, en un momento histórico crítico plagado de fatales presagios, la entonces Sociedad de las Naciones. Es en ese contexto que en 1932 lo convoca al profesor Freud con la cruda y angustiante interrogación: *¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?*

Son extensas sus disquisiciones. Abarcan necesariamente contextos político sociales, función de las élites gobernantes, intereses económicos en la industria bélica, perspectivas de legislaciones e institutos globales.

Freud responde con un dejo de escepticismo, que acompaña con su argumentación sobre Eros y Tánatos. La apuesta a la ampliación del Eros no resulta sino dificultada. La autoconservación seguramente recurre a la defensa frente al potencial agresor. La vertiente sexual no está exenta del apoderamiento.

<sup>82</sup> Sostenida en el contexto del grupo de investigación sobre el odio, en el marco de la EFBA, y coordinado por Luis Bisserier.

Se les privilegia el recurso a la razón y a los efectos de lo educativo, aunque sin un optimismo de impacto.

Desciendo o tal vez asciendo al plano de la singularidad a que me llevan estas interrogaciones, circunscribiendo a efectos que detecto en los análisis sostenidos. Escribí un breve texto bajo el título de Alojjar, intentando localizar las condiciones transformativas que sin anular – misión imposible – un resto nominable como odio, habilite el alojamiento receptivo del otro.

Se suele aludir con un dejo despectivo y exceptuándose a “la gente”. Desconociendo la propia habitación por ese tramo “maldito” en cada quien. El llamado diablo no sería sino una proyección de lo maldito del ser. El reconocimiento de tal inclusión sería un buen punto de partida.

Y un aspecto central que la clínica del psicoanálisis depara, cuando no apunta a direccionarse, se cierra a la localización y aceptación de la carencia en cada quien. ¿Asunción de la castración simbólica podríamos aducir? ¿De la falta en ser? ¿Aceptación del no-todo?

Un sujeto advertido puede ser así nombrado en tanto portador que, aceptando el vacío de la causa potencialmente, pueda ofertarla al alojamiento.

Se hace de inmediato patente que ese proceso transformativo no siempre es lograble, y difícil cuando no imposible su prescripción para la ardua vida de la mayoría de los hablantes.

No se vislumbra una respuesta de alcance mayor para los interrogantes que nos inquietan. Nos resta no cesar en la búsqueda. Y tal vez no sea poco perseverar.

# Función del “charlar” en el campo de *lalengua*

- Lalengua de los argentinos y las argentinas<sup>83</sup>

Espero no herir susceptibilidades al parafrasear con tosque-  
dad y simpatía el Discurso de Roma de Lacan.<sup>84</sup>

Tomo el significante charlar, con interesantes matices de diferencia en relación a conversar. Charlar conforma un estilo particular de interlocución, que desde ya trasciende el plano de la información, y bien podría aludir a un plus de goce simple del que no todos, ni aún todas, disponen.

Para dar un contexto fáctico: se suele charlar “*de todo un poco*”. De nuestro interés ya que alude a un todo incompleto, casi una referencia a aquello que bien podría designarse como epistemología del psicoanálisis lacaniano, en tanto acentúa lo no totalizante en la composición de las logicidades en que habitan los hablantes. “De todo un poco” estaría en correspondencia con no suponer que “algunos” implica el universal todos.

Es reconocido, al menos para muchos analistas, la fundamentación del no-todo de Lacan. Hubo en la enseñanza de Lacan innumerables formas de abordar lo que no totaliza, o lo no escribible. Algunos aforismos se sostienen como punto de anclaje: no hay metalenguaje, no hay Otro del Otro, no hay relación sexual, etc. No es esta la ocasión de intentar desplegarlos.

Una acepción del no-todo, probablemente simplista pero que nos sirve en esta ocasión, diría que con esa fórmula se interrogan y ponen en cuestión los universales como recurso para definir existencia. Cualquier universal no es sino un artificio necesario al hablar, y el deseo se ocupa muy bien de horadar esa consistencia. Y en esto, el deseo que se suele nombrar como femenino, cobra especial relevancia. Aludiendo con femenino no solo a las damas. Me disculpo anticipadamente con el feminismo algo radicalizado.

Baste, para ilustrar la tensión entre logicidades que se pretenden totalizantes unas, paradójales otras, tomar una situación típica de pareja en la que él, a quien me apresuro a nombrar por su tinte obsesivo, intenta con formas entre abstractas y numéricas, “pincharle

---

<sup>83</sup> II Jornadas de la Lengua – Biblioteca Nacional - 2011

<sup>84</sup> Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis – 1953 - Lacan Escritos I

el globo” al alocado y poco calculado anhelo de su “patrona”. Advier-to que el término “patrona” puede resultar algo extraño a las nuevas generaciones. Parafraseo a García Márquez: “*en mi casa se hace lo que yo obedezco*” para que se capte.<sup>85</sup>

Al decir, *de todo un poco*; con ese “poco” no se intenta una medida, que se supondría así muy imprecisa, sino más bien aceptar en expresividad del discurso corriente la castración simbólica. Tal vez se deduce una suerte de ética menos trazada por la ambición. “De todo un poco” suele ser el contenido de un tipo de conversación que nombramos como charlar. Si a una mujer se le pregunta de qué charlaron en un encuentro entre amigas, seguramente podría responder: *de todo un poco*.

Charlar es un verbo muy particular, el Espasa Calpe ofrece dos versiones: conversar por pasatiempo por una parte y hablar mucho y sin sustancia por otra. Tal vez cobre valor cuestionar esas versiones, o al menos incorporar otras.

A esas derivaciones intentaré dirigirme, no sin vincularlas con las categorías de palabra plena y palabra vacía. Nominaciones algo tempranas de Lacan que, a mi lectura, conservan su relevancia.

En torno a la lengua, se sabe, o tal vez no tanto, que Lacan prefirió utilizar una sola palabra para lalengua, así escrito todo junto.<sup>86</sup> Escribiendo en una sola palabra, Lacan toma distancia del estructuralismo lingüístico acentuando lalengua como vehiculizador de goces. Como lugar de decantación y precipitación aluvional de goces.

A considerar en las referencias a la morfogénesis en que hacen trama sincronía y diacronía. No es esta la ocasión.

Una cita del seminario 20 “*Cuando escribo lalengua en una sola palabra, dejo ver lo que me distingue del estructuralismo, en la medida en que este integra el lenguaje a la semiología*”<sup>87</sup>

Todo un tema discernir el alcance de la semiótica lacaniana.

85 No desconozco que ejemplifico la pareja privilegiando la referencia heterosexual.

86 Evoqué el chiste: todo junto se escribe separado y separado se escribe todo junto. Perdón...

87 Para reforzar el campo de ideas de Lacan sobre lalengua, tomo cita del seminario 20: “*Lalengua sirve para otras cosas muy diferentes de la comunicación. Nos lo ha mostrado la experiencia del inconsciente en cuanto está hecho de lalengua, esta lengua que escribo en una sola palabra, como sabe, para designar lo que es el asunto de cada quién, lalengua llamada, y no en balde, materna.*” Paidós – 1981 -

Insiste en Lacan una cierta desestimación de la semántica que perdura en su enseñanza. Aun cuando entiendo que Lacan, no sin haber escuchado a René Thom, operó una cierta torsión al respecto, al tematizar el goce semiótico en sus distinciones de los goces.

De lalengua, con lalengua, por lalengua así precisada, se goza. Las referencias a Lacan sirven de perspectiva como para insertarnos en “La lengua de los argentinos”, título general de las jornadas. ¿Y de qué otra lengua podríamos hablar, sino de aquella en la que habitamos y que nos impregna desde la piel hasta las “tripas”?

Antes de inmersionar en la clínica como tal, doy alguna referencia de experiencias vividas o relatadas estando en el extranjero, lugar apropiado para medir, dimensionar, las particularidades de habitar en otras lenguas.

Un recuerdo algo lejano, de 1976. Exilado en un kibutz, como unos cuantos otros miles que encontramos por allí refugio para nuestras familias, se me hizo presente la distancia entre lalengua y los goces implicados en los cuerpos según determinaciones culturales, según las formas particulares y diferenciales del Otro.

Pude detectar la sorpresa e incompreensión de una joven enfermera israelí frente a la sutil descripción de padecimientos corporales de los jóvenes argentinos. Su desconcierto era mayor, no podía captar qué eran tantas palabras, tanto condicional, tanto potencial, y eso más allá de las diferencias idiomáticas. Como si interrogara qué oscuro goce había allí, en tanto síntoma dolido puesto en palabras. Era notorio la relación entre el síntoma neurótico y lalengua, tal como tempranamente lo encontró Freud con las conversiones de la histeria. Y esto acompañado de una incidencia estadística notable de presencia de residentes argentinos en la enfermería. Deduje que en Israel hay menos “idische mames”, y sus eficacias neurotizantes, que en la Argentina.

Otra anécdota en ese contexto, se refiere al desconcierto en la pretensión del uso poético del lenguaje, uno de los goces de la lengua: un grupo de argentinos que eligió otro destino dejó un cartel de despedida en un panel en el kibutz, en que traducido se leía entre otras cosas: “algo nuestro queda acá”. Y crease o no, algunos se pusieron a buscar, y se contactaron para informar que “algo” no lo habían encontrado.

Uno de mis hijos reside en Viena. Es intérprete de conferencias en Naciones Unidas. Habita propiamente en la Torre de Babel. Tuve este año en ocasión de una visita, la oportunidad de reunirme con una

pareja de psicoanalistas argentinos residentes en Viena desde 1982. Y llamativamente, o no, ella comenta que no se autoriza a la posición de analista en lengua alemana. Solo puede escuchar, lo que se diga de deseos, amores, goce; en su lengua materna, aún pasados casi 30 años.

Es frecuente aludir a que muchos argentinos residentes en el exterior, necesitan volver al menos cada tanto, para estar al abrigo del goce simple de la calidez de la interlocución con los otros, que al parecer habita en la lengua de los argentinos. Calidez no exenta de tonos hostiles, por cierto.

Vuelvo sobre el destino de esta intervención, la lengua desde la perspectiva del psicoanálisis y su clínica. Retomo algunas citas de Lacan con la indisimulada intención de autorizarme, un poco, en su nombre.

Del seminario 19: *“No existe interpretación analítica que no consista en dar a cualquier proposición que encontramos su relación a un goce”*.<sup>88</sup>

Alude así a la ineludible inmisión del goce en la lengua. De allí que el psicoanálisis no habrá sido un juego de palabras si toca aquellas proposiciones, aquellas frases, que estabilizan lo peor del goce parasitario en cada quien.

Del seminario 20: *“Se goza, hay que decirlo, del Otro, se goza “mentalmente”, “ustedes no gozan más que de fantasmas”, “Lo importante es que vuestros fantasmas los gozan”*.<sup>89</sup>

Párrafos llenos de consecuencias. En el saber popular y en sus dichos, eso de que se goza mentalmente se suele expresar en una de sus mejores versiones, como “hacerse los ratones”. Y en una de sus peores, en el goce sufrido de la posición del envenenado. Es frecuente escuchar decir “me envenena”.

Lo fuerte está en la inflexión del gozar al ser gozado por fantasmas. Una de las formas de plantear la dirección de la cura, a mi entender, es la de vectorizar hacia el despojamiento de ese goce parasitario del fantasma, predominantemente sacrificial en su axiomática basal. En otro texto proponía el pasaje de sujeto sufriente a sujeto advertido como un aforismo, tal vez demasiado explícito para ser tal, del fin de la cura.<sup>90</sup>

88 Jacques Lacan – Seminario 19 – ...o peor – inédito

89 Jacques Lacan – Seminario 20 – Aún – Paidós – 1981

90 Del sujeto advertido – Jornadas EFBA – Octubre 2010 – “Acto e Interpretación” – inédito

Y otra cita, por si hiciera falta, de una vertiente de la praxis misma: del seminario 20 *“Nuestro recurso es, en lalengua, lo que la quiebra”*. Y es a ese recurso central al que conviene dirigir la escucha analítica: a aquello que quiebra *lalengua*. Es allí donde alguna mutación de goces podría ser el correlato del cambio de posición subjetiva. Emergencia posible de una palabra plena, con efectos de verdad sobre el saber cristalizado.

En otro texto: “Economía de la intervención analítica”<sup>91</sup>, me detuve en la insistencia de Lacan en tomar el texto del analizante en las vertientes de la cita y el enigma, diferenciables en los campos del enunciado y la enunciación. Citar al paciente en su decir, particularmente en sus fallas, quiebres, hiancias, repeticiones, correcciones y otros hechos de discurso. Tomar al estilo de la propuesta de Freud, el texto hablado como texto sagrado, y dejar en enigma el lugar de enunciación. Forma de apuntar a localizar, y en eso, vaciar el lugar del Otro gozador.

Recurso aquí a un simple ejemplo: un señor muy formal se atora y casi se disculpa por haber tenido lo que llamó un “ahoguito”. Así lo expresó. Basta citar “ahoguito”, para que el enigma de la enunciación se deleve como discurso del Otro habitando aún en el sujeto. Una mamá que, cuidándolo con mucho amor, lo nombraba como “alérgico respiratorio” y le colocaba cartelitos con esa nominación en guardapolvos y bolsos.

Una de las vías para localizar lo que quiebra lalengua es la atención a la recurrencia con la que los llamados pacientes (y algo de paciencia tienen que tener y tenerse) corrigen sus dichos. Se va leyendo en la inmediatez lo que se va diciendo y en el acto, al instante opera el corrector-censor.

Esa corrección suele ser un indicador de una instancia interdictora, que no querría dejar pasar un significante cuya significancia deleve un goce, habitualmente con demasía de significación fálica, y sustituye entonces por algún término más neutro y pacificante, revelando al mismo tiempo su captura en el goce del Otro superyoico que se incrusta así en su decir. No me extendo ahora en el recurso mayor que implica “entrarle” a lalengua por sus quiebres, por sus restos, sus residuos, pero vuelvo a destacar su relevancia fundamental como vía para la transmutación de goces. Dejo apuntado que es por ahí donde puede producirse un efecto de palabra plena, palabra que haría acto, con un antes y un después en la posición del sujeto.

---

<sup>91</sup> En: *De Fantasmas, Ancestros, Espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* – Editorial EFBA – Bs.As. 2010

Al inicio de cada sesión, en las primeras palabras, se suelen jugar estilos. Algunos ceremoniosos que dan cuenta de los ritos sociales adquiridos, otros de intento de acercamiento que patentizan lo innecesario de la información que transmiten, como lo es hablar primero del estado del tiempo.

Y esto se repite desde ya en la vida social, cada vez que la proximidad de una alteridad nos puede resultar inquietante. Mejor hablar del tiempo, o de otra cosa más o menos intrascendente.

Volviendo a la escena del análisis, se suele escuchar con frecuencia, aunque debería decirlo a título personal, expresiones como “aquí estamos”. Hallazgo que descubre la habitación por algunos otros en quien la enuncia. ¿Bastaría preguntar “quiénes?” con un delicado tono liviano, para que se reconozca que cada uno va con “otros” en sus escenificaciones fantasmáticas. Se verifica a su vez en acto, la verdad freudiana de un psiquismo escindido en instancias que darían cuenta de la división estructural del sujeto.

Otra recurrencia es iniciar el enunciado con un “no”. Como una respuesta a una reflexión no expresada aún en que algo se tensa, se confronta. Se supone que el Otro debe haber estado hablándolo ya antes, para que empiece con un “no”. Y es aún más frecuente que se inicie con un “bueno...”, o aún con un recortado “bue..”. Forma de empezar con una aparente disposición entre favorable y conformista.

Es impactante cómo aún en el decir corriente circula la pregunta: “no sé si me entiende?”. Desde Woody Allen, que parece repetirla al infinito en sus neuróticos personajes, hasta cualquiera que necesariamente tiene sus dudas sobre si las palabras transportan eso que se supone quieren hacer pasar. O aún, la sospecha de si al otro le da para captarlo. Es, a mí entender, un ejemplo simple e impactante de la castración en el sujeto y en el Otro. ¡Que vaya uno a saber si entiende!

Se suele detectar el discurso del Otro en el hablar de algún joven cuando usa un término ya desactualizado: “mala sangre”, eso que tanto se hacían nuestras mamás, suele habitar aún en la lengua de distintas generaciones. Cuando se escuchan en análisis, denotan la habitación por una alteridad que dejó allí sus vestigios.<sup>92</sup>

---

<sup>92</sup> Con un entrañable amigo, Ricardo Estacolchic, nos entreteníamos recuperando viejas palabras. Recuerdo su voz entusiasta cuando me dejó un mensaje grabado con la expresión: “chichipio”.

Es difícil sostener el lugar del analista sin tener algo de “calle”. Así nomás. Es bueno bajar del engolamiento que suele deparar el marco teórico-formalizado a lalengua de la “yeca”, me atrevo a decir. Y de eso se adquiere bastante desde el sillón.

En ese sentido retomo lo de citar el decir del paciente. Conviene usar sus significantes. Si alguien dice que se “hace la paja”, no habría que traducirlo como práctica onanista masturbatoria. ¡Eso no se hace! (lo de torcer los significantes que el sujeto porta. No me refiero a la dicha paja, cuestión que quedará a gusto de cada quien). Me disculpo, pero no mucho, que sea el término “paja” el que me evoca otra cuestión referida a lo que pretendí enunciar con el “tener calle”. Me refiero a los cambios en las acepciones del léxico compartido y distintivo de las sucesivas generaciones. Hace tiempo se decía desde una raigambre campesina que “la paja no es como el trigo” y hoy resulta que la paja puede no ser aquella paja, sino solo lo que otrora nombrábamos como vagancia, o aún fiaca. “Me da paja” dicen los jóvenes y los ya no tanto.

Ya algo dijimos de cómo las palabras, lalengua, se entrama a los cuerpos en el síntoma. Desde el psicoanálisis nombramos como zonas erógenas, privilegiadamente, a los agujeros del cuerpo articulados a la demanda y el deseo del Otro, escrito así, con mayúscula. Más allá, o aun contando con la particular disposición genética de los órganos de los sentidos, los orificios corporales se impregnan de la relación al Otro y esto acontece tempranamente.

El listado de especies del objeto es breve: oral, anal, mirada y voz, son aquellos objetos más trabajados por el psicoanálisis que tal como dice Lacan “por su naturaleza se escapan”. Los primeros acentuados en torno a la demanda, los segundos en relación al deseo. Seguramente se podrán agregar otros, como los referidos a lo olfativo o lo táctil. Y sobreimpreso sobre aquellos, lo fálico, sus junturas y sus desplomes, suelen brillar por su presencia-ausencia.

Solo por mostrar en cuánto se ligan a lalengua, valen ejemplificaciones muy simples. ¿Quién no escuchó decir: “me lo comería” referido en una de sus versiones a un bebé? O a una mamá enunciar “no me come”. Sobre el objeto anal escribí una nota que apuntaba a la captura del tracto rectal y el orificio anal por la demanda del Otro, destacando sus efectos ante la inminencia de rendir examen<sup>93</sup>. El uso popular designa como “cagazo” a esa particular eficacia laxante. Amén de otros formatos de desprendimiento, si se pretende, del Otro,

<sup>93</sup> “Eso es más fuerte que yo” – en *De Fantasmas, Ancestros, Espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* – Editorial EFBA – Bs.As. 2010

con expresiones como “se van todos a cagar”. Sustituible este último término por unos cuantos sustantivos en que el verbo se deposita. A un desafortunado se dice que le va como “el orto”, cuando la referencia etimológica bien se refiere a lo recto. Y sin embargo del afortunado se dice que tiene “culo”. Me exceptúo de trabajar las diferencias entre esos términos y concluyo entonces con el “flatus voice”.

Lacan en el seminario de La Angustia, designa como “tripa causal” a estos extremos dos agujeros corporales en tanto sus avatares enlazan el sujeto a la causa como posible vacío. No me excederé en otros muchos ejemplos, pero inevitablemente será el juego de falo-castración como operaciones de anudamiento los de potencial mayor dominancia en la inserción en lalengua.

Las psicosis, y su posible lenguaje de órganos, son mostración de una peculiar diferencia en la construcción de esa distancia al Otro, afectante de la significación fálica.

Y volviendo a la impregnación fálica del lenguaje cotidiano, los ejemplos se multiplican, hasta ser una de las bases más firmes de todo doble sentido. No deja de ser llamativa la inmensa cantidad de sinónimos en el lenguaje popular para los genitales. Algunos se van actualizando en su significación, en la que insiste una sinonimia de uso antitético. Ejemplo: que de algo se diga que está “pija”, aparenta ser una exaltación valorativa. Lo contrario de “es una garcha”. Y de estos usos, vale mantenerse actualizado para escuchar a las distintas generaciones.

Ahora bien, nos hemos detenido en lalengua y su función de vehiculizar goces. Pero vale ampliar el espectro imbricando los goces en su entramado con el deseo y el amor. Para estos últimos, suelen faltar o sobrar las palabras. Al objeto amado se le suele atribuir a un “no sé qué”, como atributo indecible.

“*Me duele una mujer en todo el cuerpo*”<sup>94</sup> es una digna frase de Borges, que deja vislumbrar ese entramado de amor, deseo y goce, aunque ese goce pueda no ser sino de la privación.

Y retorno por la vía del amor al título, ahora en la versión del contenido de la charla amistosa, como lugar de encuentro con alguna de las formas del amor al prójimo. Es un hecho: las mujeres charlan más que los hombres. Y es otro hecho el que son más longevas. Es casi un silogismo o una regla de tres simple: **viven más porque saben del arte de charlar**. Supongo que más de un biólogo podría tener otros y distintos argumentos.

---

<sup>94</sup> Jorge Luis Borges – El amenazado -

El valor salutar del charlar, me lleva a poner en interrogación los alcances valorativos de la palabra plena y la llamada palabra vacía. Cito a Lacan en el seminario 1: sobre *“la oposición entre palabra vacía y palabra plena; palabra plena en tanto que realiza la verdad del sujeto, palabra vacía en... que el sujeto se extravía en las maquinaciones del sistema del lenguaje, en el laberinto de los sistemas de referencia que le ofrece el sistema cultural en el que participa en mayor o menor grado. Una amplia gama de realizaciones de la palabra se despliega entre estos dos extremos.”*<sup>95</sup>

Me animo a poner en relación la palabra plena, en el campo específico de la clínica psicoanalítica, con el recurso en la lengua a lo que la quiebra. Ocasión de que una verdad ponga en falta a una coagulación de saber, soporte de la axiomática del fantasma.

Ahora bien, aquello que es el mayor recurso de la clínica, llevado al continuo de la vida cotidiana, podría ser invivible. Solemos afirmar que la interpretación fuera del análisis es una agresión. Salvo que uno se dedique a perder amigos, bajo la amenaza de provocar efectos paranoides: “todo lo que digas puede ser escandido en tu contra”. Horrible para la vida cotidiana.

Si el charlar tiene algo de palabra vacía, seguramente que sí. Si no, no se podría sostener varias conversaciones en simultáneo, atributo que algún biólogo supongo que adjudicará al engrosamiento del cuerpo calloso (expresión muy fea) que conecta los lóbulos cerebrales de las mujeres. Dura forma de darle lugar al chusmear de todo un poco. Según se dice, la parte más sabrosa, más gustosa (y sé que fuerza significantes de evocación pulsional) del charlar, es hacerlo sobre las intrincadas tramas ficcionales de las pasiones, los amores y los odios, los encuentros y desencuentros en el amor y otras yerbas. Y por qué no resaltar las infidelidades y romances clandestinos.

Escucho decir que cada tanto necesitan “ponerse al día”. Darse a ese respecto una “panzada”, tiene la ventaja que no engorda. Y si no hay mucho tiempo, basta con irse unos minutos al baño juntas, para que el deseo en ese poquito encienda el entusiasmo inherente al charlar.

Se dice, y en esto declaro no tener responsabilidad, que las serpientes y las mujeres podrían tener una historia en común, al menos esa parece ser una de las referencias de Lilith, primer mujer en este mundo. Quizás venga ya desde “esos tiempos” esa cuota de astucia que las caracteriza.

---

<sup>95</sup> Jacques Lacan – Seminario 1 – Paidós - 1984

Así entonces, en la charla, la palabra pasa con mayor facilitación por textualidades diversas, a las que el nombre de palabra vacía no rescata su verdadera dignidad. El no-todo es saludable; la palabra “algo vacía” puede recrear un espacio también vivificante.

## “Lo que se cifra en el nombre”<sup>96</sup>

*“Sólo Dios puede saber  
la laya fiel de aquel hombre;  
señores, yo estoy cantando  
lo que se cifra en el nombre”.<sup>97</sup>*

*Jorge Luis Borges*

La tematización del nombre propio admite diversas formas. Algunas de suma densidad ya tramitadas por el campo de la lógica, la lingüística, el psicoanálisis. Y desde ya que, por raigambres religiosas, baste decir que una de las designaciones de la deidad en hebreo es “hashem”, no otra cosa que “el nombre”. Y qué decir del Nombre del Padre y sus formas trinitarias devenidas borromeas, ellas.

A partir de los hallazgos de la lingüística y la antropología estructural es indiscutible que una de las funciones del nombre propio es operar como sistema clasificatorio. La función clasificatoria primaria discernida por Levis-Strauss es apuntada por Lacan. Esta función opera para los habitantes de lalangue, más allá del orden en que se perciben sus efectos.

Pero el nombre propio trasciende el puro sistema clasificatorio. Un tal sistema suficientemente complejo y ordenado podría generarse por la adjudicación de una numeración. De hecho, es lo que acontece con los números de los documentos de identidad.

Pero por suerte estos no imponen su monotonía en los diversos contextos en la vida cotidiana, salvo para ciertas regulaciones. Resulta extraño ser convocado por un número. Acontece entre otros en los sistemas carcelarios y en la historia marcada por la segregación y criminalidad del nazismo, como inscripción en los cuerpos de las víctimas segregadas y condenadas al exterminio.

Vuelvo de esa densidad de aconteceres a lo cotidiano. Un sistema puramente clasificatorio es el de las chapas patentes de los automóviles, que combinan letras y números en una clasificación que en principio se pretende sin sentido, pero que para el hablante, casi cualquiera de nosotros, no deja de producir evocaciones semánticas.

---

<sup>96</sup> Página 12 publicó un extracto el 3 de Noviembre de 2011

<sup>97</sup> *Milonga de Jacinto Chiclana*

Escribí una nota a ese respecto<sup>98</sup> en la que me refiero a esa particular “enfermedad” irremediable del hablante, de dar sentido a “casi” todo. Me permito agregar un ejemplo de orden personal: un amigo tiene en su coche la chapa patente EDU 007, y no pudimos no ironizar con que ese coche vincularía mi nombre propio con las hazañas de un héroe de película (intuyo que me sentiría algo ridículo con esa “chapa”).

Me decido a tomar una vertiente cotidiana, la de apuntar el nombre propio acentuando el nombre de pila. Nombre diferenciador en el seno de las familias con igual apellido, más allá de su precisa referencia de raigambre cristiana a la pila bautismal (licencia ecuménica ampliada que me permito).

Enfoco entonces el nombre propio en el decurso del “viaje de la vida” misma del hablante ser. La poética alusión al “viaje de la vida”, parte de la aceptación que no se trata sino de un viaje, nada más ni nada menos. Y ya lo dijo Lacan, recurso más que valioso para soportarse un poquitito en su nombre.<sup>99</sup> Se trata de un viaje que ya había empezado antes que cada uno arribase al mundo y por ahí se continúa un tiempo. O no.

El nombre de cada quien, es pensado antes por el Otro (¡vaya novedad!). A veces le está destinado al sujeto con mucha antelación a su venida al mundo, aún antes del embarazo. Con lo cual esa partícula de lenguaje así sin vida, casi diríamos muerta (con la cautela de no asustar al lector), se anticipa a la llamada vida de los cuerpos. Cobra valor considerar así el campo pertinente al sujeto como excediendo, en el inicio y en el fin, a la biología misma.

El embarazo suele ser el tiempo, siempre algo agitado por su transcendencia, de decisión del nombre de aquel a venir. Agitación que provoca una embriología maravillosa que requiere ser aceptada y en parte, a su vez, velada en imaginarizaciones de completudes.

Y antes que los posibles estudios genéticos digan del sexo del feto (¡término duro e insensible, si los hay!) se suelen elegir diferentes alternativas sexuadas de nombres. Y allí se acude al encuentro de determinaciones que marcan tradiciones o rupturas.

---

<sup>98</sup> “Chapa Patente”, en *De Fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* – Editorial EFBA – Bs.As. - 2010

<sup>99</sup> Jacques Lacan – Seminario XXI – clase 1 – inédito “A saber, que para todo lo que tiene que ver con la vida y al mismo tiempo con la muerte, hay una imaginación que no pueden soportar todos aquellos que, de la estructura, se quieren no incautos (non dupes), y es esto: *QUE SU VIDA NO ES MAS QUE UN VIAJE. La vida es la del viator.*”

En un tiempo se elegían con mayor frecuencia nombres de antecesores en las líneas de filiación, abuelos/as, padres. De allí los nombres bíblicos judeocristianos que más de uno se vio llevado o forzado a ocultar.

Es probable que en estos tiempos (me disculpo por la imprecisión) se busque una mayor originalidad, tal vez sea también por eso que creemos en cierto debilitamiento de lo tradicional de la función paterna. Suele acontecer que lo original se copia y termina deviniendo moda, así se suceden cortes etarios que permiten inferir edades: uno escucha Graciela, Susana o Roberto, Osvaldo e intuye que es muy probable que no sean coetáneos de Vanina, Roxana o Lucas, Santiago, por solo jugar con algún ejemplo. Insiste: “el deseo es el deseo del O/otro”.

La inventiva a veces acude a prestigios, así una generación marcada por férreas convicciones pudo incrustar a algún hijo/a el nombre Vladimir o María Eva. Debo confesar que mi hija menor se llama Gina por la referencia insistida de Gina Lollobrigida (más de un joven desconocerá quién es esa señora).

A falta de inspiración suficiente, las listas de nombres pueden googlearse (verbo reciente) como para la búsqueda de aquello que resuene al oído deseante de los progenitores. Otra evidencia (como si hiciese falta) que el deseo es el deseo del Otro. Y vale escribir hoy la Web como pretendido Otro con mayúscula.

La fenomenología de la adjudicación del nombre durante el embarazo, muestra al mismo tiempo su valía como para amar nombrando. Operación casi indispensable. Es extraño un embarazo avanzado sin nombre propio. Aunque puede que haya cierta cautela en el uso del nombre propio a la espera que no haya contratiempos.

Me parece detectar una tendencia a la búsqueda de resonancias sonoras más que al sentido de la palabra que nombra. Se suele decir de una combinación de nombre y apellido, que suena o no suena bien. Apertura a la estética de la voz y sus sonidos.

Desde ya que hay registros extremos de búsquedas de eficacias semánticas dirigidas. Con la cautela del respeto a la privacidad de los llamados pacientes, me eximo de dar ejemplos conocidos por la vía de la clínica, y recuerdo alguno que otro de situaciones vitales: me sorprendió la tarjeta de un señor de apellido Gil, al que le pusieron de nombre Perfecto. Casi una maldad de sus papás. A un querido amigo que me permite contarle, sus padres le eligieron

Ángel Máximo, para que se escuche el lugar al que era esperado. ¡Vaya ejemplo de “su majestad el bebé”!

Me aflora un recuerdo maravilloso, al que puedo dar como ejemplo sin pudores ya que sus intérpretes no están más en este mundo (como si hubiera otro...). Siendo pibe me sorprendí por el segundo nombre de una señora vecina: ¡Otrura, vaya que sonaba raro! ¡Luego supe que su hermana menor tenía por segundo nombre Otrebla! El enigma del designio del Otro parental se develó al ser advertido de que eran los nombres invertidos de sus hermanos varones: Arturo y Alberto. Para esos papás las mujeres deben haber representado, en el mejor de los casos, una especie de guante del varón. Rescato sin embargo que el propio Lacan hermoseeó, digamos, el genital femenino designándolo como “la funda encantadora”.<sup>100</sup>

Llevado a la vida, el infans va a escuchar su nombre con la insistencia de una repetición que irá detectando e instalando, no sin un extenso proceso. Suele ser un tiempo de adjudicación de sobrenombres. Es difícil nombrar a un chiquito/a (¡hoy no se puede usar el genérico masculino sin cuidado! - ¿el lenguaje perderá ese punto de pregnancia fálica?) con un nombre “de grande”. Suele acontecer que aparezcan algunas repeticiones de fonemas simples o de balbuceos luego insostenibles.

Es toda una adquisición en la infancia que el niño/a enuncie su nombre y apellido. No me extenderé más aquí sobre la infancia sino para marcar un tiempo ulterior princeps en que el niño pasa de representarse por el dibujo de la figura humana como re-presentación yoica, a hacerlo por su nombre en su firma. Suele pasar que los primeros documentos que se expiden en los primeros tiempos de la escolaridad, convoquen a inventar una firma. Habitualmente un trazo deformante que en eso imprime su singularidad.

En otro texto me detuve en las complejas determinantes del tema de la firma como operación de tachadura, rasgo que imprime la posición sujeto.

La adolescencia suele ser un tiempo en que se renuevan las formas de nombrar, en el marco de un creacionismo lexical diferenciador. Más allá que en nuestra parroquia casi todos los jóvenes

---

<sup>100</sup> De “la funda encantadora” – histeria y sexuación femenina - en *De Fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes* – Editorial EFBA – Bs.As. - 2010

llevan el apodo genérico de “bolu”. Tiempo también en que suelen hacerse desaparecer apodos evocativos de una infancia que bien se pretende pasada.

Tiempo de hacerse un nombre que suele estar frecuentado por mandatos filiatorios que anticipan titulaciones. “Mi hijo el Doctor” es un clásico que hoy admite variables diversas.

El encuentro con el partenaire recrea también una pueril inventiva de formas privadas de nombrar, difícilmente repetibles en la escena con otros, sin resonar a sonseras. Tal vez sea tan íntima la cosa, que se podrían relatar aspectos de las prácticas sexuales, pero conservar en lo privado esas onomatopeyas.

La vida adulta, está indefectiblemente transitada por ocasiones en que el nombre propio adquiere relevancia: juramentos, ceremoniales, titulaciones, curriculum vitae, contratos varios, por solo citar algunas instancias que trascienden lo cotidiano en que el nombre repite.

“Hacerse un nombre” no es poca cosa. No abriendo aquí los efectos de dicho hacerse un nombre en el contexto de los tipos clínicos, particularmente en las psicosis.

Y hacer del nombre propio nombre común, suele exceder a lo “común” del trayecto de cada hablante. Baste nombrar a las escuelas de psicoanálisis como “freudiana” o “lacaniana” para constatarlo. Un ejemplo más barrial es la interpelación: “te crees Gardel?”, que como nombre común trascendió generaciones.

El destino del nombre podrá encontrar en la sepultura una forma en que la muerte del cuerpo viviente, no implica la desaparición u olvido del sujeto portador del nombre. De allí lo horrendo de la desaparición sin sepultura u otros rituales funerarios. Trascender una primera muerte podrá o no estar abierto a la pervivencia del nombre hasta el ocaso en la borradura de los tiempos; segunda muerte inevitable e inmedible.

El apellido que pasa de generación en generación, verifica una permanencia que traspasa la individuación. Admite mucho menos juego electivo que el nombre de pila. Tiene algo de divertido que a los futbolistas brasileiros se los conozca prevalentemente por el nombre y no por el apellido. Parece ser marca idiosincrática de un lazo social más abierto al juego y a la diversión.

El nombre transitando entonces el recorrido de la vida del caminante y del sujeto que a aquél se entrama a veces anticipándose y otras “sobreviviendo”. Vaya paradoja que sobreviva algo tan poco vivo como el significante del nombre. Evocación primera de su levedad de ser de lenguaje. Recurso mayor al Otro como lugar de donación y sitio de extracción-apropiación en acto.

Volviendo sobre Borges: no se sabe qué dice un nombre y aún así, de eso hay que apropiarse. De eso se trata, de valerse de “lo que se cifra en el nombre”, que en su cálida extrañeza nos representa siempre para otro...

# Lo obsceno – cuerpo, sexualidad y muerte <sup>101</sup>

El término obsceno es particularmente sensible a la “subjetividad de la época”. Y aún inmersos en ella, es un vocablo de difícil consenso y vacilante. Deviene singularísimo.

Algunas acepciones de mínima: se trata de *algo* que mejor fuese que no estuviese en la escena, también se trata de *algo* cuya presencia se fuerza con el fin de impactar, que vulneraría alguna susceptibilidad o aún, una moral de época.

No es fortuito que recurra al impreciso término de “*algo*”. Provisto por la lengua para esas presencias opacas cuando no tenebrosas.

Me dejo orientar por las expresiones freudianas: sexualidad y muerte, como localizaciones de ese “*algo*” que podría hacer borde al contexto simbólico-imaginario en que habitamos.

Sexualidad y muerte son términos que localizan el filo extremo y poroso de la “otra escena”, la del fantasma, en que el hablante suele habitar expuesto a la vacilación, a la potencial caída, a la angustia de castración.

La vertiente de la sexualidad exhibe, y vale el término, un vertiginoso cambio en las costumbres, que hace necesario precisar qué de eso se sostiene como obsceno.

Estamos muy habituados a mucha imagen entre erótica y pornográfica circulando en el mundo virtual y en cada kiosco. En cada esquina nos esperan deliciosas formas a la vista.

Refiero a la visión y no solo a la mirada, ya que esas imágenes que atrapan la mirada, se dan a ver; cuán lejos de la moral victoriana, y los “insinuantes tobillos”.

La sexualidad descarnada puede devenir pornográfica y en ello obscena para algunas sensibilidades. Aún inmersos en enormes mutaciones de hábitos culturales, la sexualidad conserva presente su potencial obscenidad en el tránsito ligado a las cercanías de la llamada “escena primaria”.

A nadie, me permito generalizar, le hace mucha gracia pensarse producto del coito entre sus padres. A esa escena es mejor reducirla, inimaginarla.

Para el hablante, habitante en el campo del Otro que pronto se hace creencia, incluso Dios, no parece muy digno ser producto de algunas maniobras corporales. Simplemente hijo de algún buen “polvo” (y para colmo, ni lo de bueno está garantizado).

De eso no se quiere saber nada. Y hasta es mejor que así sea, al menos hasta ser bastante grandecitos. Si bien solemos, con buenas razones, acentuar lo traumático por medio de la topología del agujero, la presencia vista u oída del coito entre los padres produce esa otra versión algo más corriente de un traumatismo por cierto poco refutable. Hay mucho testimonio clínico al respecto.

Dice Pascal Quignard: *“Llevamos con nosotros la perturbación de nuestra concepción. No existe imagen que nos resulte más chocante que la que nos recuerda los gestos que nos hicieron”*.<sup>102</sup>

Y ni me propongo discernir aquí el borde fantasmático construable para los hijos de “probeta”. Lo familiar y extraño, lo potencialmente ominoso, es imposible que no merodee acosante.

Es en torno a la muerte que lo obsceno se sostiene, así lo entendemos, con más densidad. Y allí una referencia mayor refiere a los cuerpos, a su descomposición, aún su envejecimiento, su muerte en vida. La descomposición de los cuerpos ¡Que eso no esté en la escena!

La fragilidad de habitar inerte en el campo del Otro; la ficción de inmortalidad a la que tienta la vivencia del presente, rechaza ver, o mejor, ser mirado por la presencia de la putrefacción, la licuación del cadáver.

Puede ser horroroso su encuentro intempestivo, pero deviene particularmente obsceno si se exhibe. No es fortuito que las religiones prometan otra vida, eterna, desprovista para el caso de las vicisitudes y desgracias de los cuerpos.

A la visión del cadáver se le escapa. Se le escapa aún “en vida” a la irremediable cadaverización que implica el envejecimiento. Implacable.

No por nada para la condición del hablante, es la sepultura el indicador paradigmático de su habitación simbólica. Unas letras con nombre propio, alguna que otra fecha y algún deseo del otro, se dejan ver, velando la descomposición insoportable.

---

<sup>102</sup> Pascal Quignard: El sexo y el espanto, Barcelona – Minúscula 2005

Es indigna la muerte sin sepultura. Antígona es su testimonio. Me retorna la palabra *dignidad* como uno de los pocos atributos que nos permitimos en psicoanálisis. “*el objeto aquí es elevado a la dignidad de la cosa como tal*” nos dice Lacan en el seminario de la ética.

Hipotetizo que algo de esa elevación depara para algunas creencias la cremación ritual de los cuerpos. Aún así eso, el desecho, puede tentar y ahuyentar en un movimiento tal vez irremediable. Es muy frecuente que si se produce un accidente de tránsito; lo habrán observado, “se” habrán observado; la vista se dirija incontenible hacia la escena, aún cuando probablemente se escape apenas eso, la fragmentación de los cuerpos, nos empieza a mirar.

Atracción y repulsa, presentifican en su secuencia uno de los formatos temporales de la división en la que habitamos. La “cosa” (otro término entre vago y contundente) tiene sus matices. Las exhibiciones de esculturas trabajadas sobre cadáveres, extreman al límite la curiosidad, la fascinación y la repulsa. La tecnología ha hecho su tarea de conservación, plastificación o como se llame, y esos cuerpos fragmentados, rígidos y a la vez expresivos, al menos no se pudren en escena.

“*El público busca ser chocado por la inmersión en experiencias imposibles de hermoear*”, nos dice el texto de Corinne Maier, sobre “Lo obsceno” cuya lectura recomiendo.<sup>103</sup>

En su seminario 24 Lacan comete, me permito decirlo así, un neologismo; refiere a la “otra escena” freudiana como “*obrescena*”<sup>104</sup>, condensación de otra escena y obsceno, que se presenta en los bordes de aquello que hace cuadro al fantasma.

Permeabilidad riesgosa de tránsito del ancestro simbólico a la espectral imaginarización de lo real.

Dejamos solo planteada una, entre otras, evocación de los genitales femeninos, aquella que, en el sueño freudiano de la inyección de Irma, con su garganta infecta, presentifica el horroroso atractor de sexualidad y muerte. Distante del brillo fálico, que aún brilla más en su ausencia. Y por allí, la cabeza de Medusa.

La resistencia del analista puede emerger como limitante cuando tiene demasiado aprontada la calificación de obsceno. Puede dejar

---

103 Corinne Maier “Lo obsceno” – Nueva Visión - Bs.As. 2005

104 Jacques Lacan – 1976-77 El fracaso del Un-desliz es el amor – Artefactos – México 2008

fuera del análisis alguna traza privilegiada de despejamiento fantasmático.

Así, creo, aconteció con un joven al que escuché llegado habiendo sido rechazado por varias analistas, “damas” ellas, afectadas por un decir que consideraron rápidamente, es mi opinión, como obsceno. No sin el despliegue de los matices de sus fantasías, soporte de su masturbación casi compulsiva, se pudo despejar su “fobia a las mujeres”, como él la llamaba.

Un otro ejemplo que puede vulnerar alguna sensibilidad: el de una joven cuya masturbación clitoridiana tenía como condición pasarle la lengua al cuerpo de Cristo en el crucifijo. Desconozco si para la iconografía cristiana el cuerpo de Cristo cobra representación en tanto muerto o agonizante, pero la condición onanista no dejaba de cruzar, impactante, sexualidad y muerte.

Desde ya que la clínica puede ser la ocasión de relatos dirigidos a implicar y aún provocar al analista y en eso, convocar a la obscenidad. Recorto una referencia tomada de una supervisión que descolocó a la analista: su paciente gustaba de relatar sus fantasías de deleite por chuparle los pezones a la propia analista. Difícil encrucijada clínica.

Volviendo sobre la polis, Corinne Maier destaca algo notable: que los regímenes de mayor criminalidad en la historia se han mostrado particularmente poco tolerantes ante la exhibición erótica, considerándola rápidamente obscena. Así pasó con los nazis y, agregamos, con las dictaduras militares en Argentina, atentas al largo de las polleras de ellas y al largo del pelo de ellos.

Asombroso que eso aconteciera mientras se secuestraba, se violaba, se asesinaba, se arrojaban cuerpos dormidos al río con destino de muerte. ¿Dónde lo horroroso sino en esos cadáveres retornando por las riberas?

Tomo una cita de Rilke, referida a la belleza como “ese grado de lo terrible que aún soportamos”<sup>105</sup>. El arte, lo bello, al mostrar velando, atempera el límite en una mutación transformativa. Para Freud, lo percedero lejos de conllevar la desvalorización de lo bello, la acentúa. Con la convicción que: “la restricción en la posibilidad del

---

<sup>105</sup> Reiner María Rilke: Elegías de Duino - Centro Editor de América Latina - Bs.As. 1970

*goce lo torna más apreciable*"<sup>106</sup>. Valiosa referencia, a precisar su alcance, para la clínica del fin del análisis.

Para el psicoanálisis "lo obsceno" frecuente como calificación del superyó. Y vale sostener que su clínica; compulsando al retorno difícilmente evitable de lo monstruoso; puede producir por vías no exentas de humor, juego, asombro, un efecto de evacuación de su goce parasitario, un efecto de aceptación atemperada de la castración misma.

Posibilidad de otro goce que por precedero se torna más apreciable. Tal vez como el del arte.

---

<sup>106</sup> Sigmund Freud: La transitoriedad (1916[1915]) – Obras Completas – Tº XIV – Amorrortu – Bs.As. -1971

## Del sujeto y el cuerpo<sup>107</sup>

El uso de expresiones como sujeto y cuerpo, requieren ser interrogados y desagregados en su multiplicidad de acepciones. Es un apresuramiento dar rápidamente por entendida la referencia. Una vez interrogados en la complejidad de su pretensión objetivante, apuntaremos a precisar algunas coordenadas que permiten conectar ambos términos.

No dejan de ser dos significantes y en tanto tales, incididos por la multivocidad del lenguaje a la proliferación de sentidos.

La imbricación de cuerpo y sujeto tiene trayectos complejos, fructíferos y aún indecibles en el desarrollo de la historia del pensamiento.

Nos ubicamos, en principio, desde el psicoanálisis tributario centralmente de la obra de Sigmund Freud y con los aportes singulares de Jacques Lacan.

El término sujeto no adquiere en la escritura de Freud el nivel del concepto. Es llamativo que en la versión traducida por Etcheverry y editada por Amorrotu, el uso del término apenas supere las setenta ocasiones, mientras que la anterior traducción de López Ballesteros sobrepasa las mil. Manifestación elocuente del equívoco y malentendido que se produce, seguramente con más contundencia, en el pasaje entre lenguas.

Es Lacan quien, centrado en la función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis (título a su vez de su Discurso de Roma de 1953) sostiene una diferencial definición de sujeto que mantendrá en el decurso de su enseñanza.

Acentúa la localización del sujeto como efecto de la articulación entre significantes. “Un significante representa a un sujeto para otro significante”, propone en insistencia.

Una de las derivaciones mayores de ese movimiento se sostiene de diferenciar sujeto de individuo. La idea de individuo puede deslizarse a prescindir del campo del otro – Otro (escrito con las dos grafías: el semejante y el Otro del lenguaje, paso a la cultura, la ley y sus determinaciones).

---

107 Participación XXXI Congreso Argentino de Psiquiatría 2016

El individuo suele adquirir representación imaginaria de esfera, aun cuando tome las complejas formas de un organismo con extremidades, que se cierra sobre sí mismo. Lo exterior al individuo-esfera serían solo condiciones medioambientales.

El psicoanálisis incidido por la obra de Lacan, recurre a figuras topológicas para precisar el alcance de su noción de sujeto: la del toro, de alguna forma equivalente a una cámara de neumático, en la que se localiza un agujero central, que permanecerá como agujero, aunque reduzcamos su tamaño a un aparente punto. Será un punto agujereado. No deja de ser una formalización que alude a la castración simbólica como fundante.

La banda de Moebius, banda que en su torsión nos ofrece un solo lado que habilita a un recorrido sin fin, relativiza las consideraciones de lo interno y lo externo, permitiendo tematizar la posición sujeto incidido por las determinaciones simbólicas adquiridas en el decurso de secuencias vitales decisivas, ligadas al deseo como deseo del Otro.

Yendo a la dimensión del cuerpo, los hablantes, cada quien en su lengua, se encuentran en dificultad para enunciar que se “es” un cuerpo. Es más factible que se recurra a expresiones del orden del “tener un cuerpo”, forma expresiva que manifiesta una distancia y articulación entre ese sujeto que habla y el cuerpo, para el caso el propio, al que se refiere.

Para el hablante el cuerpo “se tiene” más que “se es”. Y la clínica nos enseña las diversas afectaciones que presentifican que el cuerpo como instancia imaginaria se construye, se constituye como tal, no sin las perturbaciones del complejo campo de la constitución subjetiva; de la causación del sujeto. Tener un cuerpo requiere de operaciones que no siempre acontecen. Baste para marcar diferencias, el cuerpo de una neurosis corriente con el del autista.

Configura una dificultad confundir lo que nombramos como organismo, con el cuerpo cuya conformación depende de un complejo devenir, no asegurado, del entramado simbólico-imaginario que articula, que liga al sujeto en ciernes con la constitución de una proyección del cuerpo propio en unidad de pretensión representacional que nominamos como Yo. Vale sostener una fuerte ligazón entre cuerpo y Yo.

El Yo, proyección psíquica de la sostenida y amenazada unidad corporal, requiere de un nuevo acto anímico para deparar ese algo de consistencia necesario para la vida misma.

Funda un espacio complejo y sujeto a múltiples vasallajes, del mundo exterior, de las tensiones pulsionales, del imperativo y la norma.

Las alteraciones del organismo vivo del hablante por las incidencias de la inmersión en el campo de la alteridad son sorprendentes. La histeria ha sido en la historia humana una nomenclatura que suponía la volubilidad de lo femenino a un órgano, para el caso el útero, cuyos efectos circularían algo alocadamente por el organismo.

El hallazgo freudiano, que sus pacientes histéricas hacían parálisis motrices que no respondían a su correspondencia neurológica sino al uso corriente de las palabras con las que se designan esos órganos, puso en evidencia la eficacia significativa del lenguaje y la palabra sobre los cuerpos.

Y su consecuencia clínica mayor: la palabra puede enfermar y a la vez ser el potencial recurso de la curación.

No abrimos aquí el abanico de afectaciones para las que el lenguaje de órgano esquizofrénico sería ejemplo privilegiado.

En el encuentro-desencuentro entre psicoanálisis y neurociencias, nos podemos volver a hallar con la elusión, por parte de algunas versiones de estas últimas, de la dimensión sujeto. Y con el efecto concomitante de homologar organismo y cuerpo. Y particularmente subsumir la dimensión subjetiva bajo el significante “cerebro”.

En muchos de sus enunciados se produce una autonomización que absolutiza el organismo y sus eficacias, más allá del sujeto.

Desde ya que no desconocemos que las afectaciones del órgano cobran incidencias radicales en la vida anímica, pero nos autorizamos a cuestionar el argumento que sostiene la causalidad solo o aun, predominantemente, por las afecciones o cualidades autonómicas del órgano.

La dimensión sujeto estará presente aun cuando la causalidad orgánica sea precisa. El sujeto es quien podrá o no responder a ello. Con sus limitantes y habilitaciones singularísimas.

El especial interés de este tiempo de la investigación científica sobre el funcionamiento cerebral, fascinante y deslumbrante, por cierto, corre el riesgo de deparar una versión ingenuamente animista del órgano.

Así los “cerebros” piensan, segregan pensamientos en cierta analogía con otros órganos o dispositivos del organismo. Se le adjudica al significante “cerebro” una función que traspasa la conectividad neuronal e incorpora veladamente el campo de la subjetivación. Se le atribuye al órgano cerebro el comando de las determinaciones subjetivas. Cerebro y sujeto quedan así confundidos.

Es el órgano como tal el que piensa y decide. Se genera así ese animismo cerebral que prescinde de determinaciones del campo del Otro, en principio del particular lenguaje en el que fuimos hablados y del que sesgadamente nos apropiamos.

El animismo que autonomiza el cerebro elide las marcas de la constitución subjetiva, con sus incidencias en cuanto a hallazgos, pérdidas y potenciales recuperos que en el campo del goce, del amor y del deseo portamos.

Se opaca la incidencia del orden simbólico en el que el sujeto inmersiona. La cultura en tanto tal queda aludida solo como ambientalismo en el que el órgano impera.

Así los cerebros no solo segregan pensamientos, sino que hasta dialogan entre sí. Cuando se llega al límite de enunciar la existencia de un “cerebro social”, no se vislumbra que en ese movimiento enunciativo ya no se habla de sinapsis neuronales (salvo que haya un implícito telepático no formulado – nos permitimos algo de humor).

Desde ya que no se trata de sostener una perspectiva que prescinda de los órganos, ni por ende de las neuronas. Pero los cuerpos tal como intentamos al menos aludir, no son solo orgánicos; no son solo conectividades neuronales.

Son cuerpos en riesgo estructural de lo angustioso de la fragmentación, con que las eficacias traumáticas hacen vacilar el anudamiento en que habitamos.

Cuerpos marcados por el Otro, por la habitación subjetiva y sus implicancias; y tal como anticipamos, las palabras son un recurso mayor para disolver padecimientos, como lo fueron y lo son para generarlos. En su contundencia o en su ausencia, extremando alternativas.

Habitar en el campo del lenguaje y la función de la palabra pone en juego la especificidad de lo humano en tanto hablante,

sujeto a la inmensa creatividad que da la inmersión y construcción de un mundo simbólico en que los saberes producen una novación tecnológica frenética. Y a su vez sumergen en la ansiedad y el tono angustioso inherente a la subjetivación como tal. No por nada se reitera en su facilitación el diagnóstico psiquiátrico de ansiedad generalizada. Denotación de un efecto de estructura.

Los hallazgos formidables de las neurociencias están lejos de contradecir las hipótesis centrales y la praxis como tal del psicoanálisis. Más aún podemos acompañar a quienes, como Gerard Pommier<sup>108</sup>, dan testimonio que las verifican.

Hay abierto un amplio y fecundo espacio de interlocución.

Es esperable que los analistas estemos muy atentos a los hallazgos neurocientíficos. También sería deseable y productivo que desde las neurociencias se valgan de los conceptos fundamentales del psicoanálisis: inconsciente, repetición, transferencia, pulsión; por solo enunciar los que destaca Lacan como tales. Conceptos que conllevan la decantación de una praxis sostenida ya hace más de un siglo.

## **Adenda**

Incorporamos otros textos con referencias en correspondencia

\*\*\*\*\*

## **La hipótesis del “Cerebro” - del órgano y del deseo<sup>109</sup>**

La psicología cognitiva pone un particular acento en el “cerebro”. Primero como procesador de información equivalente a una computadora y luego en tanto proactivo.

Señalando la actividad espontánea del sistema nervioso, recalca en la idea de “despertar”. El cerebro no operaría por reactividad sino que la actividad le sería ‘natural’. Su actividad constituiría un sistema de automotivación. Se identifica la motivación y por ende al deseo, con la “función de despertar” procedente de la formación reticular del tronco cerebral.

---

<sup>108</sup> *Como las neurociencias demuestran el psicoanálisis* – Gerard Pommier – Ed Letra Viva – Bs.As. - 2010

<sup>109</sup> Para una interlocución con vertientes del cognitivismo - 2010

El nivel de despertar se mide por variaciones de corriente eléctrica que se controlan por medio de un electroencefalógrafo u otras tecnologías. Existiría un nivel óptimo de despertar, que se asocia con el confort y el bienestar, en tanto nivela los excesos o debilidades del sistema nervioso.

Desde el psicoanálisis sostenemos una posición crítica a esta argumentación. La referencia al cerebro y al sistema nervioso central parece orientar hacia un recurso objetivante. Los descubrimientos de las neurociencias, si bien podrán cernir con mayor precisión la operatoria neuro-fisiológica, no alcanzan para dar cuenta del “deseo humano”.

Hay allí una discontinuidad que queda elidida, no interrogada. Entre un cerebro automotivante y “el deseo es el deseo del otro” hay un abismo no interrogado. Contamos para ello con la fuerza explicativa de las ciencias de la cultura, empezando si se quiere por la filosofía, la antropología, la lingüística, la lógica, la sociología y centralmente el psicoanálisis.

“El deseo es el deseo del otro”, fórmula hegeliana reprocesada críticamente por Lacan, nos sitúa en los vericuetos del deseo. No rechazando el sustrato fisiológico, pero no banalizando la causalidad.

La psicología experimental produce un salto. De considerar la “percepción” como “mundo interno” pasa a la referencia al “cerebro” sin solución de continuidad. Se dice “cerebro” y queda olvidado que “se dice”. Se enuncia una ‘entidad’ cuya concreción y materialidad la palabra “cerebro” portaría.

Al laborar con la palabra cerebro no se hace sino postular una entidad significativa, simbólica, mediadora. También para el caso “la palabra mata la cosa”.

Tanto los descubrimientos como las opacidades del conocimiento científico sobre el “cerebro”, se dan por implícitos al utilizar el significante con el que se cree postular una remisión a un fundamento ‘material’.

En la postulación freudiana de las tópicas hay un reconocimiento de la condición de topus virtual, productivo para sus desarrollos sobre el psiquismo humano. Freud no niega el cerebro en su materialidad, pero sabe que se maneja con conceptos y su valor de aproximación

siempre relativa a lo real cuya captación pretenden. Lacan postula una relación asintótica en la articulación del concepto a lo real.

Las formalizaciones, los significantes simples son recurso que aproxima al límite con lo real. Las fórmulas científicas suelen mostrar la eficacia del significante simple en su incidencia en lo real.

La psicología cognitiva propone la estabilización de la llamada percepción como correlato de una inferencia de funcionamiento del sistema nervioso como sistema auto-organizador, en un número finito de estados estables.

La clínica nos enseña que, en las estructuras clínicas en las que se produce una estabilización relativa, lo que se jugó no fueron instancias “neuronales”, sino psíquicas y por ende predominantemente simbólicas, determinadas por la relación del sujeto en ciernes al Otro del lenguaje y de la ley. A las regulaciones que anudan el cuerpo pulsionante y que en la constitución subjetiva juegan las variables centrales en torno a la dramática sostenida del complejo de Edipo y el complejo de Castración. Alienación-separación.

La pregunta que se formulan en torno a la estabilización de la percepción y su conversión en creencia, no encuentra respuesta en el cerebro ni en el ‘instinto’. Se responde desde los avatares de la constitución del fantasma fundamental.

La creencia implica el juego de mitologización con que el niño configura su novela familiar.

La melancolía, por solo tomar un ejemplo, no es efecto de un bajo despertar cerebral sino de las determinaciones estructurantes. La singularidad de ese tránsito y el sostén repetitivo y actualizado de su operatoria deciden de la estructuración subjetiva y desde allí podrán tener consecuencias detectables o no en mediciones o mapeos tecnológicos.

Es por el enlace del sujeto humano al lenguaje, a la prohibición, a la ley, que el deseo y el goce sostienen sus alternativas. No rechazamos que la fisiología cerebral dé una forma de sustrato material, pero no encontramos allí los fundamentos del campo del deseo.

Igual confusión produce situar en el sistema nervioso la causa

de la esquizofrenia, la homosexualidad, el humor, la amistad, etc. La insistencia en buscar la ‘causalidad’ en torno al órgano, llevando implícita una resolución privilegiadamente psicofarmacológica, da un semblante de cientificidad, de objetividad, de positividad, de ‘concretud’ que nubla el oscurantismo en que se sostiene.

\*\*\*\*\*

## **Del sex appeal y la supuesta selección natural de la especie<sup>110</sup>**

La psicología de corte genetista no deja de sorprendernos. Casi a diario se reproducen investigaciones que encuentran indicadores de determinación genética como causa de todo acontecer humano.

Es el caso de la hipótesis que refiere la elección del partenaire sexual a la simetría de los cuerpos. Tal elección dirigiría así el potencial reproductivo a la fecundidad, siguiendo los cánones de la selección natural.

Lacan impacta con una provocativa expresión: “no hay relación sexual”, que evidentemente no se refiere a que el “animal humano” no tenga relaciones sexuales; por el contrario, estas adquieren una variedad de formas y contorsiones inexplicables desde cualquier perspectiva genetista, evolucionista. Su referencia es al límite de su posibilidad de escritura lógica. Como así también a la frecuente discordancia del alcance de los goces de los partenaires.

Si algo señala Freud en relación a la pulsión sexual es que, en cuanto al objeto, adquiere una variabilidad asombrosa. Basta para ello ejemplificar con el oscuro atractivo que puede producir una prenda usada, cuando no un par de zapatos, un portaligas, para despachar como insostenible la “buena” orientación de los genes. La pretensión de cientificidad, se emparenta a la religiosidad de la Iglesia: se tendría sexo para la reproducción.

Es difícil poner en relación las secreciones de otros mamíferos superiores, con el perfume y la industria de la cosmética, consumo frecuente del hablante, que de esto puede que sepa mucho. La

---

<sup>110</sup> A propósito del informe de divulgación publicado en Clarín, “El secreto del sex appeal estaría en la simetría de los cuerpos”

industria de la lencería también sabe del valor del “velo” fálico. No se trata solo de exhibir proporciones simétricas.

Para el evolucionismo el “inconsciente” orienta a la especie a las proporciones y simetrías. Para el psicoanálisis el inconsciente, por las vías de la función de la palabra y el campo del lenguaje, determina que la elección devenga fálica. Y falo es algo suficientemente diferenciable del órgano que recibe ese nombre, como para extenderse por los vericuetos simbólico-imaginarios de la lengua a diversidad de objetos. Es también fálico lo que brilla por su ausencia. El cuerpo todo de la mujer “parece serlo”.

Hay un abismo entre la idea de los psicólogos evolutivos y los lúcidos comentarios de actrices y actores que se denotan finamente sabedores de la función fálica y del valor de algunos objetos del campo pulsional. Me refiero a la voz y la mirada. Un reconocido actor, se refirió al atractivo que suscita una mirada evanescente que a su vez se rehúsa. Otro ejemplo: el atractivo atribuido a Woody Allen, deja por tierra cualquier imaginario que suponga que el llamado sex appeal deriva de la selección natural guiada por las simetrías.

Cualquier investigador con intenciones de científicidad en el campo del “animal humano”, no puede desconocer las determinaciones histórico-culturales. Vale observar las ostensibles adiposidades de las damas retratadas en el renacimiento para convencerse.

Destaco la fina observación que señala el color de la voz, los movimientos del cuerpo y las manos, el accionar de la sonrisa. Saber-hacer de la voz, instrumento de seducción.

La mirada evanescente, la voz insinuante, la sugestión del movimiento corporal que tan bien conocen las odaliscas, nos bastan para esta breve argumentación, algo molesta con tanta a-cientificidad en investigaciones rodeadas de indicadores numéricos y sus prejuicios.

# Del uso y abuso del significante “bipolar”

Trazos para una lectura estructural<sup>111</sup>

Es una evidencia la circulación en el discurso corriente de la expresión “bipolar”. No solo designa una posición diagnóstica en el campo de la psiquiatría, sino que con simpleza se fue instalando en el decir común en la polis.

Algo del estilo de lo que ocurrió y suele ocurrir con otras nominaciones de los sistemas de clasificación de trastornos de la psiquiatría de vertiente farmacológica. Un significante se pone en camino, y no ingenuamente en los medios, y va surcando el discurso corriente y produciendo efectos. El significante juega y gana, nos dice Lacan<sup>112</sup> que dice Freud, y aquí se verifica. Discurre y adquiere nuevos y facilitados sentidos.

No es la primer ocasión en que esa función nominante muestra sus efectos, distinguiendo, localizando y aun generando actualización de síntomas en la cultura.

Pasó con las histéricas a lo Charcot y viene pasando con la exacerbación de referencias diagnósticas de bulimia y anorexia, también y con mayor fuerza con el llamado ataque de pánico. Basta entrar a Google, nuestra enciclopedia universal, para ver delineados los aspectos que configuran el “trastorno”, que así se ofrecen a la reproducción. Tal el peso de los dispositivos del discurso colectivo en la subjetivación de cada quien. En la subjetividad de la época, como repetimos de Lacan.

La consulta a la biblioteca universal es recurrente y acen- tuada cuando se refiere a potenciales patologías de todo tipo. Se escucha en los consultorios y en la “calle” que, con mayor o menor inquietud, se bucea y se encuentran las peores alternativas. Así quedan los cuerpos afectados por el significante.

Y su incidencia es más contundente cuando el lugar de enunciación es un nomenclador psiquiátrico, allí cualquier neurótico

<sup>111</sup> Redactado en 2015.

<sup>112</sup> Jacques Lacan – Posición del inconsciente - Escritos

*“Conceder esta prioridad al significante sobre el sujeto es, para nosotros, tener en cuenta la experiencia que Freud nos abrió de que el significante juega y gana, si puede decirse, antes de que el sujeto se percate de ello, hasta el punto de que en el juego del Witz, del rasgo de ingenio, por ejemplo, sorprende al sujeto. Con su flash, lo que ilumina es la división del sujeto consigo mismo.”*

medianamente sano, me permito la licencia, puede encontrar sus peores amenazas. Y de su minuciosa descripción sintomática podrá acertar con su propia constatación y referencia, y extenderla aun por el conocimiento de las secuencias ampliadas de la patología encontrada en el saber del Otro. De esa forma, y por la autoridad supuesta al saber psiquiátrico, se aprenden y adquieren hasta avanzar en su completamiento, la lista de características, frecuencias y otros detalles del “trastorno”.

El nomenclador opera como un dispositivo que determina requisitos en el despliegue y ejercicio de prácticas sociales del complejo llamado campo psicológico y psiquiátrico.

Una de las instancias en que se reitera la eficacia de un discurso, se produce particularmente cuando logra determinar procedimientos, e incidir imponiendo categorizaciones diagnósticas que así operan como requisitos del dispositivo. Y eso hace trama en lo social al pasar a ser condición de designación para la autorización de tratamientos en prepagas y obras sociales. Allí suele proliferar el significativo “bipolar”.

No es nuestro tema en este contexto, pero se sabe de la inusitada potencia de las incidencias de la industria farmacológica en la construcción de formas discursivas y dispositivos de intervención social. Basta observar la diferencia abismal del soporte material de los congresos psiquiátricos y el débil concurso, a veces solo de alguna que otra editorial, en los encuentros psicoanalíticos. Distancia material entre el fármaco y la palabra.

Es en ese contexto y con esas determinaciones que emerge lo que llamaríamos la sustitución del diagnóstico psiquiátrico clásico de psicosis maníaco depresiva por trastorno afectivo bipolar. Sustitución no fortuita y con marcadas consecuencias culturales y clínicas.

Y es en torno al significativo bipolar echado a rodar que se abre en abanico una detallada descripción categorial de un espectro lo suficientemente abarcativo como para sospechar que “todos somos bipolares”, o casi todos.<sup>113</sup>

---

<sup>113</sup> A título de mostración, transcribimos el apartado pertinente del DSM IV: *Trastornos bipolares - Este apartado incluye el trastorno bipolar I, el trastorno bipolar II, la ciclotimia y el trastorno bipolar no especificado. Hay seis criterios para el trastorno bipolar I: episodio maníaco único, episodio más reciente hipomaniaco, episodio más reciente maníaco, episodio más reciente mixto, episodio más reciente depresivo y episodio más reciente no especificado. El trastorno bipolar I, episodio maníaco único, se utiliza para describir a los sujetos que están presentando un primer episodio de manía. Los demás criterios son empleados para especificar la naturaleza del episodio actual (o más reciente) en los sujetos que han tenido episodios afectivos recidivantes.*

Vemos que habrá bipolaridad en comorbilidad con las psicosis o con las neurosis. Partir de la bipolaridad y allí incluir psicosis y neurosis es, a nuestro entender, la expresión de una carencia de conceptualización estructural. Entendiendo el concepto como una aproximación asintótica a lo real que decide de una praxis. Se pierde un primer elemento estructural diferencial aplanado así en la descriptividad de las manifestaciones llamados trastornos. Obviamos aquí abrir las vertientes que precisan el alcance del término estructura.

Atento a las evidencias que se atienen a lo descriptible en lo observable, psicosis y neurosis se indiferencian o pasan a un segundo plano. O tal vez quedan insinuadas apenas como gradientes.

Conviene, es nuestra perspectiva, diferenciar posiciones subjetivas según opere o no la función nodal del nombre del padre, de los nombres del padre. Me permito poner en uso significantes privilegiados en la obra de Lacan que habilitan a diferenciar la alternativa de la represión o la forclusión. Y más aún.

O, en otros términos: no es equivalente la posibilidad ofrecida en la neurosis de la producción sintomática, que liga fantasmáticamente el agujero castrativo; que el “no ha lugar” que abisma en la alucinación o su intento de estabilización delirante.

Diferencia estructural que se anula si solo caben descripciones con mayor o menor acentuación de evidencias de perturbaciones manifiestas.

De la psiquiatría clásica el psicoanálisis logró abreviar tomando algunas nominaciones, aunque produciendo sostenidas y profundas modificaciones.

En ese sentido nos resulta más cercana al psicoanálisis la nominación de psicosis maníaco depresiva para una forma particular del acontecer forclusivo.<sup>114</sup> En el campo de las psicosis deviene recuperable el valor de la nominación antigua velada en lo extensivo del término bipolar.

La alternancia extrema de los llamados polos, cuando no opera el anudamiento fantasmático que tipifica la neurosis, muestra cómo la forclusión exhibe con contundencia y crudeza el alcance de la repetición estructural. La euforia desbordante y la caída por el peso tortuoso y dramático de la ley de gravedad en el aislamiento

<sup>114</sup> A diferenciar de otras formas clínicas como la paranoia y la esquizofrenia.

depresivo, presentifican lo peor, me autorizo a esta adjetivación, de los extremos en que la repetición se presenta.

Cuando la operación nodal, con su urdimbre simbólico imaginaria, no aliviana el peso de lo real; trama en que la ley de significante permite el chiste como uno de sus recursos; se suplanta en la incapacidad que da lugar a la ley física de la gravedad, como ley que en su expresividad manifiesta deposita los cuerpos literalmente en la “cama”, en el lecho de tristeza sin límite.

Queda planteada la repetición como operación que domina la vida anímica. Dejamos aquí sin desarrollar los argumentos que harían de la repetición el mecanismo basal de las alternancias de posiciones subjetivas. Sus fundamentos se encuentran en la obra de Freud, anticipados en el contexto de un tiempo inicial y cobran toda su valía en tanto compulsión a la repetición con su reelaboración del más allá del principio del placer y la pulsión de muerte.

Lacan nos ofrece una sutil y enriquecedora diferenciación entre formas distinguibles de la repetición que conviene en principio no confundir para así poder articular: *“Lo real está más allá del automaton, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre tras el automaton, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésa.”*<sup>115</sup>

Las eficacias repetitivas serán diversas si hay formas de nodalización fantasmática, campo de las neurosis, que si se carece de ese recurso y límite. La repetición con el recurso sobreimpreso del automaton, de la insistencia de los signos no sin sus excesos representacionales, requiere ser diferenciada del encuentro con lo tíquico sin velamiento.

Lo tíquico como irrupción de lo real, restando como posible, no desaparece en las neurosis, se vela, se representa por la vía de la repetición insistente de los signos que hacen malla, trama y urdimbre. Desprovisto del recurso de anudamiento, de sellado fantasmático, lo tíquico golpea, expulsa, deja en perplejidad o melancoliza. Y puede que su débil recurso resolutorio sea la euforia maníaca, la elación como forma de contener las peores máscaras del Otro, imaginización monstruosa de lo real.

La repetición puede recorrer entonces, en variadas presentaciones de las psicosis, polaridades que van de la depresión melancólica a la euforia maníaca como sus manifestaciones extremas.

<sup>115</sup> Jacques Lacan – Seminario XI – Clase 5 – Tyche y Automaton

Esa sucesión en alternancias como determinación de la posición sujeto, ya fue advertida por el Kleinismo; que no retrocedió autorizándose a la clínica de las psicosis; al postular una instancia constitutiva esquizoparanoide, a la que se sucedería una posición depresiva. Secuencia de posiciones que se supone válida, con diferencias, para diversidades de subjetivaciones.

Ahora bien, el movimiento de basculación está presente en las neurosis con formas atemperadas por la función del fantasma. Y eso haría de condición de posibilidad que se sostenga con tal soltura la generalización de la palabra bipolar.

El sellado fantasmático, sujeto a la emergencia, no siempre vitalizante, de la angustia de castración, daría una solución que presenta clivajes que van de lo irreventable, al decir de Lacan<sup>116</sup>, a la presentación reiterada de sus fracasos que permiten inferir permanencias de debilidades estructurales.<sup>117</sup>

La fórmula del fantasma propuesta por Lacan presenta, en tanto matema, un alto grado de concentración:  $\$ \diamond a$ . El signo del losange en su complejidad deviene mayormente una mostración de la complejidad que allí se entrama y estabiliza.

*“porque el fantasma es  $\$$  barrada en cierta relación de oposición con  $a$ , relación cuyas polivalencia y multiplicidad están suficientemente definidas por el carácter compuesto del losange, que es tanto la disyunción  $V$  como la conjunción  $\wedge$ , tanto lo más grande  $>$  como lo más pequeño  $< \dots$ ”<sup>118</sup>*

Polivalencia que, sostenida del mismo signo, exhibe la variabilidad a la que alude.

De las presentaciones del fantasma, “un niño es siendo pegado”, devino paradigma de fantasma fundamental.<sup>119</sup> Sujeto a las complejas articulaciones temporales que sincroniza esa fórmula y

<sup>116</sup> Jacques Lacan – Seminario XXI – Clase 3: “.. siempre afirmé algo que no se conoce lo suficiente que los neuróticos son irreventables. Las únicas personas a las que vi comportarse de manera admirable durante la última guerra —dios sabe que no me causa especial agrado evocarla— son mis neuróticos, aquellos a quienes aún no habla curado. Eran absolutamente sublimes. Nada los afectaba. Así les faltara lo real, lo imaginario o lo simbólico, ellos aguantaban.”

<sup>117</sup> Silvia Amigo escribió al respecto su texto Clínica de los Fracasos del Fantasma – Editorial HomoSapiens

<sup>118</sup> Jacques Lacan – Seminario X – Clase 14

<sup>119</sup> Me autorizo a tomar algún tramo de un texto anterior. De: Letra y Fantasma, en “De Fantasmas, Ancestros, Espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes” – Eduardo Said – 2010 – Editorial EFBA

que Freud tematiza en secuencia de frases. La rescatamos porque allí recalca Freud, y porque con variaciones, es localizable en “casi” toda neurosis.

“Pegado” se sustituye en cada caso por alternativas que no hacen sino re-enlazar su cualidad esencial. Podría derivar en “ser siendo”: callado, excluido, insultado, injuriado, amenazado, seducido y abandonado. Aunque el “ser siendo pegado”, por la implicación de los cuerpos en goce, resalta en su insistencia.

De allí al clivaje de las fantasías originarias en estructuras clínicas en el campo ampliado de las neurosis y sus dominancias escénicas. Tomando las referencias freudianas: dominancia de escena de seducción en la histeria, escena primaria en la neurosis obsesiva, escena de castración para las fobias y su función de placa giratoria; si tal derivación se hace posible, y que tipifica a las fobias como instancia de pasaje- no pasaje por la castración como operación.

“Ser siendo” soporta, en su ensamble de actualidad y devenir, las formas fantasmáticas en que se soporta y coagula la causación del sujeto.

Nos orientamos a seguir a Lacan en cuanto a las operaciones de causación del sujeto: una primer operación alienación que se corresponde con la esquicia misma y potencial euforia megalómana psicótica como precaria resolutoria si no accede al desprendimiento y sellado implicado en la separación. Separación que no deja de ser alienación fantasmática, preñada de culpa sacrificial.

La operatoria de la causa, que abre y desestabiliza el sellado, deriva en secuencias, o fases si se quiere, del fantasma. Sus ciclos muestran un dominio a tonalidad depresiva o aun melancólica con intervalos de euforias o aun raptos hipomaniacos, en que el trabajo de las neurosis produce reversiones del fantasma masoquista basal.

Sus secuencias serían entonces el correlato neurótico de la bipolaridad psicótica. Ya el kleinismo, lo dijimos, señaló el acento puesto en la posición depresiva como tipificante de la neurosis.

Conviene considerar la estructura espacio temporal moebiana de esos pasajes. Podría ser una de sus formas de presentación la secuencia: identificación fálica, asesinato simbólico, duelo, resituación fálica. En un circuito en que puede que el nuevo discurso, el del analista, habilitaría a la renovación de destinos o productividades.

El acto decidido en torno al deseo y recupero de goce, sería alternativa a la secuencia en que el fantasma cliva entre depresión y euforia, o si se quiere entre debilidad y locura. Habría un goce en el acto decisorio de elegir lo que se desea.<sup>120</sup>

Asentamos la perspectiva de considerar que el fantasma neurótico presenta fases en que la repetición liga y desliga. La fórmula-matema estabiliza el concepto en una fijeza que es puesta a prueba en la confrontación del sujeto con lo real, con sus reales. Y esto no es sin diacronía, sin una noción de estructura que no se resuelve en la pura sincronía sino que en ella localiza efectos transformativos que exigen plantear una temporalidad, al menos lógica.

Lo que liga y está expuesto a vacilaciones o aun a lo que desliga, no podría no remitir a la polaridad pulsional que se expresa retornando en la última elaboración freudiana en pulsión de vida y pulsión de muerte y sus imbricaciones.

Una aproximación, algo grosera aún, sería considerar la agregación fantasmática y su variabilidad de ligadura con la llamada pulsión de vida, que como tal Freud propone por su función de agregación. Así pulsión de vida y ligadura fantasmática podrían recorrer cierto paralelismo. La paradoja diría de una pulsión de vida que se hace presente por la vía del recurrente exceso representacional sufre del fantasma neurótico.

No resulta tan resoluble la relación de la pulsión de muerte, cuyo alcance acá no ahondamos, con la desligadura. Desligar en un “más acá” de la construcción del fantasma depara una encrucijada crítica en la subjetivación en tanto afectación del lazo social. La carencia de fantasma estructurado o su extrema fragilidad hacen presente el factor letal de la desligadura.

Potencialidad forclusiva.

Algo distinto podría postularse para la función de la pulsión de muerte como acontecimiento desligante sobre los límites del alcance del atravesamiento del fantasma neurótico.

El fin del análisis; el “atravesamiento del fantasma” como una de las formas de enunciarlo; y la habilitación que se produce, parecería evocar una potencialidad de goce de la castración<sup>121</sup> en tanto

<sup>120</sup> Hasta aquí el tramo rescatado. Destacamos que Gerard Pommier, tempranamente, en 1986, señalaba esta secuencia como fases del fantasma. Ver en “Cuestiones (sobre el Fin del Análisis)”

<sup>121</sup> Sintagma este que le escuché a Norberto Rabinovich.

tal. Goce paradojal en relación a la tramitación de la pérdida que encuentra sus localizaciones en el plano de lo sublimatorio. Acceso contingente al goce de lo inaudible, lo invisible, lo inmaterial, a condición de haber podido despejar la posición sacrificial que conlleva la inmixión imaginaria y monstruosa de lo real. El encuentro con lo real, si eso fuese la desligadura, solo retornará como goce de la castración, con esa condición de franqueamiento.

La pulsión de muerte y su re-hallazgo como goce de la castración podría explicitar entonces una de las formas de decir del fin de análisis de las neurosis, o de un más allá de la roca viva o base de la castración. No parece poco poder gozar de la castración, del propio encuentro con lo real, con la cosa de goce, con el das ding freudiano.

En las neurosis vale entonces postular al fantasma neurótico fases, secuencias en que se reaniman las operaciones que fundan la posición del sujeto. Alternancia que ya avanzamos como hipótesis, facilita la extensión desmedida del diagnóstico de bipolaridad.

Si el fantasma se presenta en juego de alternativas que van de la alegría matizadamente eufórica, a la tristeza aun serenamente habitable, son esas mismas coordenadas estructurales las que hacen presente evidencias de lo cíclico en cualquier estructura. Con sus radicales incidencias diferenciales, como venimos indicando.

La nominación generalizada de bipolar es cuestionable entonces en su imprecisión y vaguedad clínica, y en tanto no atiende a lo que el análisis produce como resolución en diferencia de la basculación misma.

¿Hay esa alternativa en diferencia a la simple polaridad? ¿Hay polaridades que apenas se resuelven en síntesis a su vez inacabadas? ¿Es posible la posición de sujeto advertido de sus secuencias? ¿Se abrevian o aun, se anula la reversibilidad de los pasajes?

La expresión “sujeto advertido” requiere ser elaborada; ocasión para otro texto.

\*\*\*\*\*

Adenda

## Bordes en la nosología - 2016

El sintagma “clínica de bordes” exhibe como tal la presencia de una dificultad para el encuentro de una nominación pertinente a diversidades de presentaciones clínicas, que no se inscriben con contundencia en las configuraciones de una nosología más consabida: neurosis, psicosis, perversión.

En ese contexto, cabe reconocer que hubo cierto retraso elaborativo del lacanismo; producto a mi entender, del recurso al significante “estructura” en un deslizamiento que la define en correspondencia con invariancia. Estructura pasa a connotar invariancia.

Se elide la dimensión diacrónica inherente a una formulación morfo-estructural que, habiendo hallado la relevancia de lo sincrónico como recurso heurístico, no desconozca las eficacias transformativas, incluso del propio análisis. ¿Cuál sería su destino si no fuera expectable?

El sufijo “ura” otorga una solidez y consistencia que vale interrogar. Acontece en psicoanálisis con términos como “estructura” y otros como “escritura”. No habría que ponerse muy solemne con ellos.

El recurso al significante “típicas”, suele referirse a posiciones subjetivas que en el campo de las llamadas neurosis se soportan en las complejidades de la configuración fantasmática. Nombrarlas como típicas parece aludir también a cierto tenor de frecuencia de estas presentaciones en el complejo abanico de diversidades hablantes.

Alude como recurso explicativo, intelectual, a la conformación de una delimitada combinatoria en dominancia de rasgos, de tipos singulares, con los que nos autorizamos - en consensos en ocasiones frágiles entre analistas- al recurso del uso de un universal, para luego debilitarlo en su completud.

Ponemos en juego universales cuando nominamos fobia, histeria, neurosis obsesiva. Conviene a los universales suponerle una insuficiencia en su completamiento. Corremos el riesgo, seguramente ineludible, de subsumir lo singular en ese universal como recurso para orientarnos en las complejidades de nuestra praxis. Lo singular como irreductible a la “estructura”.

Ahora bien, sin universales casi no podríamos hablar. No hay otra que soportar el malentendido, intentando acotarlo en la puesta en uso de los conceptos y apuestas lógicas que se hacen asintóticas a lo real de la praxis.

El encuentro con los observables típicos implica una trama entre lo fenoménico y la lógica categorial con que los tramitamos. Zona de riesgo de darle a la colección de evidencias el valor de una entidad conceptual que así deviene endeble por su solo soporte evidencial. Sirvan de ejemplo los síntomas manifiestos, que la psiquiatría y las psicologías que allí abrevan nombran como trastornos.

*No es sin evidencias, pero no solo con ellas.* Es en ese plano que la noción de estructura se hizo presente como un recurso valioso, más allá de las posiciones críticas que compartimos respecto a los efectos del estructuralismo en psicoanálisis <sup>122</sup>.

Desde una perspectiva si se quiere epistemológica cabe interrogar cuando una serie de indicadores clínicos alcanzan para configurar una nominación específica en un sistema nosográfico.

La nosografía no deja de ser un *rico recurso clasificatorio*, aun cuando se presente en su argumentada complejidad. Neurosis, perversión, psicosis, aportan a estabilizar y aún englobar nominaciones. Así vino pasando en la historia del psicoanálisis, y no creo que haya que renunciar a lo fructífero del recurso intelectualivo y sus derivaciones clínicas.

Pero basta que nos situemos en el caso por caso, para que esas nominaciones operen como indicadores de orientación que no subsumen la complejidad del montaje clínico. Tal vez su función mayor es orientativa a condición de no solidificarla y su posible consecuencia: encontrar lo que se busca.

El indicador clínico suele hacerse presente bajo formas encubridoras de trazas veladas. Así lo descubre Freud en los recuerdos encubridores. La morfogénesis transformativa vela las marcas fundantes en novaciones metafórico-metonímicas.

Novaciones que no siempre se producen, o se despliegan en sus alcances, y es posible que por allí pase un aspecto central en la llamada “clínica de bordes”, aceptando que ese sintagma “agrupa”

---

<sup>122</sup> Hace más de 30 años que escribí un intento de aproximación al tema - *Estructuras diferenciales y conjetura clínica*  
En “De fantasmas...” Editorial EFBA 2010

una compleja serie de presentaciones que tienen mayor dificultad para definir un conjunto. En las neurosis típicas estaría más facilitada la generalización precaria de esos determinantes.

De cualquier forma resulta pertinente, a mi entender, el recurrir al término borde que implica una dimensión topológica de mayor explicitación que solo agrupar inclasificables. Borde señala una particular posición de pasaje-no pasaje por las secuencias escriturales y repetitivas de corte y nudo. Conviene no conceder al borde sino una débil estabilización, sujeta a porosidades y variabilidad.

# “No matarás”! – ni a ti mismo – del suicidio, la vida y la muerte<sup>123</sup>

La cuestión del suicidio, si así pudiésemos llamarla, toca una fibra íntima que resta afectada en el propio cuerpo, tal la cercanía con una decisión de acabar, no continuar, con lo que llamamos vida. No de igual manera en cada quien, ni en todo escenario en que la salida de la escena del mundo se produzca. Lo singularísimo de esa determinación subjetiva será relevante.

Me acontece valerme de una cita de Goethe, de Poesía y Verdad, que tal como suele ocurrir con los poetas se anticipa al curso elaborativo de diversos campos, el psicoanálisis incluido: *“El suicidio es un hecho que forma parte de la naturaleza humana. Cada uno debe enfrentarse a él desde el principio, y en cada época debe repensarlo”*.

Que cada uno, significante del que deriva lo múltiple, debe enfrentarse con el hecho del suicidio, no excluye que por la evitación se soporte en sofocamiento. Hay tiempos de la vida misma, o configuraciones subjetivas, en que se subtiende la convicción, no expresada, del ser inmortal. Una forma del presentarse el *“ya lo sé, pero aun así...”* de exquisita elaboración por Oscar Manonni.<sup>124</sup> Un *“no quiero saber nada de eso”*, aunque esté presente en latencia. Como la muerte misma.

La palabra suicidio, como toda palabra, no arroja una lectura unívoca. Engloba con disímil intensidad una diversidad de situaciones, complejos juegos escénicos, marcas culturales, que requieren ser especificadas. Ilustro con un escenario relevante: no es equivalente el conmovedor contagio del suicidio en adolescentes; que algunos rituales culturales, o la afectación por acontecimientos de una agudeza sin salida, entre otros contextos situacionales.

Si nos autorizamos a una referencia a la filosofía griega, particularmente a Platón, quien, oponiéndose al suicidio, tomaba en consideración tres excepciones importantes: cuando fuese “ordenado legalmente por el Estado”, para “enfermedades dolorosas e incurables”; y cuando uno “se ve obligado a ello por la ocurrencia de alguna desgracia insoportable”. Lúcidos por una

---

<sup>123</sup> Sobre la base de la participación en Jornada: El suicidio – Psicología UCES - sede Ushuaia – 06.10.2023

<sup>124</sup> Octave Mannoni - La Otra Escena - Claves de Lo Imaginario – Amorrortu España - 1997

parte y susceptibles a la vez a un debate crítico, dado que, con matices, perduran en el tiempo.

La orden legal del estado puede tener como ejemplo relevante el suicidio, llamemos así, de Sócrates, al estar condenado a la ingesta de la cicuta. Sócrates no rechazó su propia muerte al asumir como prioritario observar las leyes de la polis. Huir hubiese puesto en cuestión su nombre propio y su posición filosófica.

Recorrer la temática del suicidio en el decurso de la historia y de las diferentes culturas nos excede. Tal vez solo podamos dar unas sesgadas referencias. En términos algo genéricos las religiones monoteístas en sus textos condenan el suicidio, ya que la vida es un atributo concedido por la divinidad a la que se deshonraría. Las excepciones que consigna Platón, suelen estar presentes también en esta diversidad de contextos.

Me eximo de considerar aquí los fundamentalismos que ofrendan su propia vida o la de sus hijos como mártires para una dimensión de la deidad. Bordes en que se acercan a bastas secuencias identificatorias en torno a causas nacionales, a veces tribales, o de una índole en cercanía, que se cubren y exaltan como heroicidades.<sup>125</sup>

No deja de ser paradójica la condena al suicidio con la promesa del reino de los cielos, sujeta al llamado juicio final al que se supone decisivo en estos temas. Promesa, no sin riesgo, de que no sean esos cielos el destino del juicio.<sup>126</sup>

La instancia del juicio final condenatorio del propio suicidio tal vez opere como inhibición ante el riesgo que el destino fuese el purgatorio o el infierno. Me relevo de ahondar en mi increencia en ese conjunto de ilusiones o temores regulatorios de los actos.

La consabida frase “*descansa en paz*”, la sigla R.I.P., con que se suele acompañar a los muertos, Jesús en la cruz como imagen mayor, no deja de proponer cierto aliento por los desencantos de la vida misma.

En una mayor cercanía con nuestro contexto referencial, tal vez sea el existencialismo quien con mayor implicación nos confronta con el sin sentido de la vida misma. La angustia existencial

<sup>125</sup> Nuestro himno concluye con la heroización de la muerte: “o juremos con gloria morir”. Lo cantamos casi sin detenernos.

<sup>126</sup> Una apreciación personal algo inoportuna: “¿que tendría de atractivo andar entre nubes tocando el arpa?”

sobreviene ante la convicción de ese absurdo a sobrellevar.

La búsqueda de sentido se presenta como un rasgo compulsivo para el desasosiego del hablante. Freud lo tematiza como compulsión a la síntesis, motivo por el que se inclinó por el psico-análisis.

Me valgo de una referencia del texto de Albert Camus en su libro *El mito de Sísifo*. Toma allí una valiosa frase atribuida al poeta griego Píndaro: *No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, pero agota el ámbito de lo posible*.

Mucho para resituar en la perspectiva del psicoanálisis. Tal vez debería usar el plural, las perspectivas; que seguramente localizan divergentes lecturas.

Lacan parece orientar su última enseñanza al puro sin sentido como perspectiva del decurso del análisis. Una lectura amistosa de su posición; aquella de que solo en esa carencia de sentido nos encontraremos con lo inconsciente; sería la de que allí se produciría una apertura potencial a efectos de sentido como novación, invento. Difícil alternativa nodular, polémica a sostener en otro contexto.<sup>127</sup>

Señalamos algunas referencias que condenando el suicidio proponen excepciones. Vale en este contexto elaborativo convocar a posiciones más radicalizadas con las que se reivindica la decisión de continuar o no con la vida. El escritor Hans Mayer, austríaco de padre judío, fue capturado por los nazis y expuesto a la crueldad extrema que implicaron los lagers. Logró sobrevivir por la liberación aliada y escribió más tarde bajo el seudónimo de Jean Améry. Particularmente un texto de 1976: *Levantar la mano sobre uno mismo -Sobre el suicidio: un discurso sobre la muerte voluntaria*. Texto de inusitada hondura.<sup>128</sup> Su perspectiva: la libertad plena de poder elegir entre vivir o no y que no fuera el vivir un deber. Se suicidó en 1978.

Nos exceptuamos de considerar las legislaciones de varios países que regulan el suicidio asistido bajo regímenes legales precisos.<sup>129</sup>

Es desde las trazas que fundamentan el psicoanálisis, que

<sup>127</sup> Sobre el *sinthome* – de letras y nudos\_ - Eduardo Said – abril 2023 – en Biblioteca EFBA

<sup>128</sup> Jean Amery - Editorial Pre- Textos - 2001

<sup>129</sup> Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Suiza, Austria, Canadá – con diversidad de requisitos.

nos proponemos aproximar al tema del suicidio. Lo que nos convoca a adentrarnos en las elucidaciones sobre las llamadas pulsiones de vida y pulsiones de muerte, Eros y Tánatos.

En el marco de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en 1910, Freud y sus discípulos se interrogaban sobre cómo era posible ir más allá de la pulsión de vivir: *“cómo es posible que llegue a superarse la pulsión de vivir, de intensidad tan extraordinaria; si sólo puede acontecer con auxilio de la libido desengañada, o bien existe una renuncia del yo a su afirmación por motivos estrictamente yoicos”* (Freud, 1910)<sup>130</sup>

En el marco de esas tematizaciones tempranas se propuso considerar ciertas formas analógicas entre el suicidio y el acto masurbatorio. Seguramente fundadas en la condición solipsista que permite esa correlación de modalidades del acto.

Retoma la inquietante pregunta en su elaboración ulterior sobre la melancolía. Recortamos una cita de indudable valor clínico: *“El cuadro de este delirio de insignificancia –predominantemente moral- se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida”* (Freud, 1917)<sup>131</sup>

No son estas citas sino algunos de los prolegómenos que lo llevan a postular un más allá de las regulaciones del principio de placer y a la pulsión de muerte. Viraje mayor en su perspectiva que convoca al sostén de un replanteo de coordenadas medulares teórico-clínicas. Pulsión de muerte cuya postulación encontró reparos en sus discípulos.

Aún hoy se pueden poner en interrogación la forma en que Freud propuso la pulsión de muerte como tendencia al retorno a lo inanimado. Si bien cobra validez con simpleza argumental, que lo muerto pierde la animación, es difícil sostener que opere como tendencia que oriente los actos humanos hacia allí, hacia lo inanimado. Tal vez es aceptable considerar que, si la vida misma se impregna de padecimientos, sea la finitud de la animación vital lo que persigue el estado de nirvana. Trama ligable al enunciado *“descanse en paz”*.

---

<sup>130</sup> Freud, S. (1910). Contribuciones para un debate sobre el suicidio. Obras Completas. Vol. 11, Buenos Aires: Amorrortu editores.

<sup>131</sup> Freud, S. (1917/1998) Duelo y melancolía. Obras Completas. Vol. XIV. Argentina: Amorrortu editores.

La versión, a nuestro entender de mayor hondura, de la pulsión de muerte validada como destructividad se formula desde los emergentes mismos de la vida del hablante.<sup>132</sup>

Y la derivación de lo irreductible del odio en destructividad implica, en un borde transitable, la autodestrucción como presentación del propósito del suicidio. La autodestrucción anula en su propio movimiento, la dimensión de la alteridad que instila el desasosiego. O enunciado con otros bagajes: anulación del Otro como totalizando un imperativo de goce que somete al sujeto.<sup>133</sup>

No todo acto autodestructivo emerge de una resolución consciente. Se multiplican los escenarios en los que cobra determinación lo inconsciente, captado como discurso del Otro que habita en cada quien. Dicho de otra forma, las caducidades del soporte fantasmático, que lleva al límite el autocastigo.

Tomo de Freud una cita tardía: *“Eros y destrucción, empeñada la una en reunir lo existente en unidades más y más grandes, y la otra en disolver esas reuniones y en destruir los productos por ellas generados.”* 1937<sup>134</sup>

Resulta hartó complejo discernir fácticamente y aislar Eros de destrucción. Si Eros abarca también la autoconservación, esta puede tener como acontecer el crimen de un otro. Se multiplican los ejemplos en los conflictos armados y otras formas de tensiones sociales que arrastran la destrucción del otro, los otros. Y en cuanto al amor, de dificultada delimitación en sus alcances y matices, suele imbricarse con el odio. Lo saben los que abordan clínicamente las delicias de parejas.

Lacan hace trama con Freud al tomar como dimensión prevalente el más allá del principio de placer. Basta leer alguno de sus productos tempranos para ya localizarlo. Me refiero particularmente a su escrito: *La agresividad en psicoanálisis*<sup>135</sup>.

Encontramos en su enseñanza referencias a la tematización del suicidio, que enriquecen con su lectura. Tomado de su seminario

<sup>132</sup> Sabina Spielrein, antecede a Freud con su texto: *La destrucción como causa del devenir* – publicado en alemán en 1912

<sup>133</sup> Texto propio *“Destinos de la irreductible dimensión del odio”* - XVIII Jornadas Internacionales de Investigación en Psicología UCES Julio 2022 – en Biblioteca EFBA

<sup>134</sup> Freud, S. (1937): *“Análisis terminable e interminable”*, Amorrortu. Editores, T° XXIII

<sup>135</sup> Informe teórico presentado en el XI Congreso de Psicoanalistas de lengua francesa – Bruselas 1948 – en *Escritos* – Editorial Siglo XXI

*5: la aspiración al reposo y a la muerte eterna... Haber sido niños no deseados, en esa irresistible pendiente al suicidio.*

La aspiración al reposo habita en diferentes culturas, no siempre como muerte eterna. En ocasiones con la ilusión de una vida que se eterniza en una secuencia infinita de reencarnaciones y otras variables que opacan los obstáculos y resistencias a pensar la nada misma. Es opinión.

Esa aspiración se hace presente en la cotidianidad de la vida del hablante, inmerso en los torbellinos del tráfico cultural, como aspiración a cierto letargo vacacional. No es nuestro tema acá.

Resulta fuerte la consideración que, el no haber sido deseado podría llevar a la pendiente del suicidio. Releva la importancia de la expectativa deseante como ámbito en que el infans viene al mundo. No se trata de una determinación a absolutizar.

Otro tramo que lleva a un retorno elaborativo: *“a partir del momento en que el sujeto está muerto... que se vuelve un signo eterno para los demás, y los suicidas más que otros”*.

Aquí se trata de un uso coloquial del término sujeto, más adelante insistido como efecto de la articulación significativa. Quien muere se vuelve signo eterno, alude a un observable en la polis. Pero aquí Lacan acentúa que serían los suicidas aquellos que con mayor incidencia hacen signo eterno, o particular impacto en el recuerdo.

Tal vez muchos escritores se graban con mayor intensidad. Alcanza para ilustrar con algunos nombres en ese contexto de densidad: Alejandra Pizarnik, Alfonsina Storni, Sandor Marai, Virginia Woolf, Ernest Hemingway, Stefan Zweig, Walter Benjamin, Mishima cuya muerte voluntaria se enmarca en un acto de honor, que aún en ese límite guarda la insistencia de una representación estética.

En cada caso la argumentación que da fundamento al acto del suicidio se muestra diferente. Me detengo solo en la del narrador húngaro Sandor Marai que anticipa en sus Diarios el final voluntario de su vida. De edad avanzada, si así se puede decir de los 89 años, viudo, casi ciego; planifica su propia muerte haciendo un curso de tiro para dispararse luego.

Esta muerte voluntaria no tendría que caer bajo el mismo significativo y sus efectos de sentido junto al suicidio adolescente.

Se desliza casi en cualquier hacer, particularmente la clínica, una subtendida apuesta a la vida misma, con la adjetivación de una alternativa de vida “vivable”. A discernir qué implica, en el caso por caso, viable.

Posiblemente sea algo inoportuno de mi parte aludir a que Marai quiso evitar lo que presagiaría el tango “*ni el tiro del final te va a salir*”. Final de la letra de Desencuentros con que Goyeneche hace vibrar la piel. Me permito una alusión algo personal.

Me excuso de listar los más notables suicidios en el campo actoral y artístico más allá de las letras. Muchas de cuyas muertes, para el caso por excesos de consumos adictivos, nublan que podría tratarse de suicidios a los que cabe designar como de determinación inconsciente.

Agrega luego Lacan, con una expresividad contundente “*Es precisamente por eso que el suicidio tiene a la vez esa belleza aterradoramente que lo hace tan terriblemente condenado por los hombres, y esa belleza contagiosa que hace que las epidemias de suicidios sean algo que en la experiencia es todo lo que hay de más dado y de más real.*”

Fuerte su dicho. Belleza aterradoramente, no es fácil compartir esa predicación, contagiosa. Referencia al contagio a tener en cuenta al interrogarnos sobre el suicidio adolescente, en que se suele fortalecer del propósito de faltarle al otro/Otro.<sup>136</sup>

Distintos graves escenarios de contagio suicida se produjeron en sectas que se inmolaron por diversos designios y liderazgos de representantes de dioses oscuros. Solo señalo un ritual que ha perdido vigencia: en la India la mujer se “suicidaba” en la pira funeraria del difunto marido. En el contexto, aquí no abordado, del sacrificio humano en el decurso de la historia.

Unos años después, en su seminario X, de la angustia, Lacan recurre a un cuadro de doble entrada fructífero en matices.<sup>137</sup>

Nos detendremos en los aspectos relevantes al considerar el suicidio como acto logrado, en diferencia a lo que se nombra como acting-out, forma de llamado a que acuda la alteridad que albergue o interprete.

---

<sup>136</sup> Escrito en las dos grafías, otro del semejante, aún el prójimo y la habitación por el discurso del Otro.

<sup>137</sup> Retornando sobre inhibición, síntoma y angustia – Eduardo Said – en “De fantasmas, ancestros, espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes” – Editorial EFBA 2010

De la turbación, definida como caducidad de un emblema en el cual sostenerse, al llamado al otro.

Del embarazo, como extrema barradura que impulsa a un viraje melancólico suicida, a la salida de la escena del mundo.

La expresión defenestrarse significa predominantemente el arrojar-se por la ventana. Con la cercanía de sostener el fantasma como cuadro del que se decide salirse por la vía del suicidio. Corte con la escena insoportable que apunta también a eliminar al otro gozador. El suicidio como vuelta sobre sí mismo para faltarle al Otro. Al eliminarse, elimina al Otro. Lo dijimos.<sup>138</sup>

No resulta discernible en todos los casos la diferenciación entre la mostración como llamado, y la contundencia de salir del contexto vital.

Es recurrente, y con mayor frecuencia intrascendente, la expresión “me quiero morir”, formulada frente a algún acontecimiento perturbador.<sup>139</sup>

Son discernibles anticipaciones que podrían permitir avizorar el riesgo de impulsos suicidas. Se han elaborado técnicas de raigambre en la psicología experimental, para la detección temprana de esos indicadores, que conviene no absolutizar en sus resultados, partiendo de no desconocerlos.

Recorrimos algunas trazas parciales de la elaboración psicoanalítica desde Freud y también de Lacan. Nos lleva a considerar ahora la particular, profunda y sensible tematización por parte de Donald Winnicott; específicamente en relación al tránsito por la adolescencia, con la recurrente apelación al designio suicida no siempre nítido, que suele encontrar espacio en esos momentos convulsivos de la vida misma. O del sellado fantasmático y sus potenciales vacilaciones, para decirlo en términos de Lacan.

Tiempos de abandono de la posición del niño, cambios corporales en la pubertad, dominante propensión a la actuación, asunción de los alientos y temores al encuentro con otro cuerpo; por no señalar sino algunos aconteceres.

---

<sup>138</sup> Espero se tolere que me exprese en primera persona a veces del singular, en ocasiones del plural. Se liga a una forma muy frecuente de iniciar la sesión por el llamado paciente: “aquí estamos”. Que frente a la pregunta: “¿Quiénes?”, la sonrisa suele reconocer las instancias que lo componen, o los personajes con los que habita y lidia.

<sup>139</sup> Una evocación lateral: la cercanía y diferencia entre el decir de la *idische mame* y la madre tana: “me moiro” - “ti ammazzo”

Winnicott señala la propensión en la adolescencia a la agresión. Expone su detección clínica: que en el fantasma adolescente se presenta con insistencia la muerte de alguien. Acorde al tránsito que implica la caducidad relativa de la función de lo que nombremos padre, a devenir atributo que se sostiene en la singularidad de cada quien. Forma de deletrear la noción de Nombre del Padre.

Tiempo de tránsito, que no siempre se produce. No es fortuito que la psiquiatría designase como hebefrenia a presentaciones clínicas disruptivas de ese tiempo vital.

Las identificaciones están en ebullición aun con sus coagulaciones, rigideces y no por ello menos inestables. El encuentro con pares, semejantes, puede facilitar el contagio de orientaciones no siempre propiciatorias. En ocasiones letales.

La psicología experimental toma, de las diversidades de experiencias, elementos que permitirían la detección temprana de las ideas suicidas y otros signos que pudiesen configurar algoritmos predictivos.

El suicidio suele estar acompañado de un mensaje póstumo. Las ficciones lo suelen ilustrar con la compañía del cuerpo con un sobre dirigido al "Sr. Juez".

Conviene tomar el suicidio en tanto tal, como mensaje. No siempre dirigido a una instancia precisa. Una evocación tangencial de tenor culpabilizante y de enunciación parental: *"ya van a ver cuando yo no esté"*.<sup>140</sup>

La amenaza de suicidio, cuando no su concreción, pueden operar como prenda de sacrificio para angustiar, herir al otro. En otros escenarios, no siempre más leves, emerge el sacrificio propio para vulnerar a ese otro. La experiencia de casuística de anorexias suele mostrar cierta impavidez, disonante con la angustia frecuentemente materna. Forma de poner el cuerpo para hacer sufrir; para que al otro le duela.

La clínica demanda ajustarse a la singularidad a ser escuchada. Desde ya que la "amenaza" de suicidio por parte del consultante, no deja de producir inquietud en el llamado terapeuta. Y no descartemos que sea ese su como destino.<sup>141</sup>

Algunas posiciones clínicas se dirigen a producir cambios en

---

140 Una aproximación al chiste alude a la madre que pide que en su tumba quede fijada la expresión: *"les dije que era grave"*. Me disculpo por ser algo inoportuno.

141 El seguro por el riesgo de un juicio de mala praxis no disipa lo inquietante.

pensamientos y/o actos que se suponen distorsionados. Subtendidos o sostenidos fines educativos que podrían tener o no eficacias.

Resulta arduo el decurso del análisis, requerido de una temporalidad clínica frecuentemente extendida, que habilite a construir las ligaduras fantasmáticas en cada singularidad. Conviene admitir que, en aquel ubicado en el lugar del supuesto saber, opere una apuesta a la continuidad de la vida misma. Repito vivible, sabiendo de lo complejo de tal precisión.

Titular este texto con los términos del mandato extendido “¡No matarás!” Ni a ti mismo, intenta tematizar un plano sublimatorio que pondría límite a la pulsión de destructividad, de muerte, la propia o el crimen.

Se formula el mandato de no matar en tanto, como cualquier otro mandato, se trata de un constructo social sabedor del deseo de matar, o aún el goce de hacerlo, en tanto un emergente también de la condición humana. Uso expreso el término humana, señalando que no está preñado de ningún ideal moral. Detecto que, al momento de usarla, un resto de superyo lacaniano me interroga sobre la mejor ocasión de receptividad, la pertinencia en la parroquia, de aludir al parletre.

Lo que la expresión sublimación connota se suele captar, enfatizar en términos de un campo pulsional que decurre por la vía de la desexualización, no siempre completa.

Proponemos considerar no solo ese aspecto susceptible de ser localizado en el contexto del Eros. Nos surge considerar el no matar como una vía pulsional sublimatoria de la pulsión de muerte en tanto de destructividad. Ni a sí mismo. Con los condicionantes esbozados en el decurso de este mismo texto.

Si la elaboración freudiana de los destinos de la pulsión se anticipó temporalmente a la postulación de la pulsión de muerte, vale entonces considerar los avatares pulsionales de esa imbricación de Eros y Tánatos. Permite proponer la sublimación como devenir transformativo de la potencial destructividad; la reconocible en cada quien.

La ilustración con el caso del escritor Sandor Marai, tal vez opere para considerar la relevancia, el lugar que ocupa para cada quien, la aceptación de la finitud. No por eso auto infringida.

La aceptación sin apremio de la finitud, expresa una manera de saber confrontarse con la incertidumbre, con las contingencias de la vida misma. Tal vez se encuentre allí la propia versión del invento. Un saber hacer con el camino por el que se decide andar.

# Sobre la transmisión – apropiación de un saber-hacer<sup>142</sup>

Tomo como punto de partida un texto presentado con anterioridad en la EFBA: Notas sobre la enseñanza y transmisión en psicoanálisis.<sup>143</sup>

En términos de formación del analista conviene partir del llamado trípode freudiano: el propio análisis sostenido, que no se produce sino por perlaboración y franqueamientos; que seguramente será insuficiente para ocupar ese lugar de analista sin el trabajo de lectura e interlocución elaborativos en espacios de enseñanza y transmisión; y el recurso al análisis de control con alguien ya con recorrido. Aunque este último tenga una experiencia de mayor valía en los inicios de la clínica de cada quien.

Si consideramos que la formación es permanente, aserción ya instalada en otros ámbitos de la cultura en general, otro elemento que conlleva a la misma será lo que se aprehende de la propia experiencia clínica. Es posible afirmar, aunque suele dar algún pudor hacerlo, que el sostén de autorizarse deviene una amplitud de juegos operatorios en el analista.

En algún diálogo de hace ya mucho tiempo con un analista amigo, él solía decir que para que lo experiencial depare algún plus haría falta un tiempo tal vez de varios años. Su ejemplo era el de la década. Tal vez sea excesivo.

Enseñanza y transmisión se refieren a la formación en términos discursivos a los que conviene diferenciar lo referido a la acción analítica. No equivalen extensión-intensión, aunque apuntemos a sostener la primera de la segunda en un anudamiento complejo. No pueden transferirse habitaciones de experiencias y estilos. Cabe esperar transmisión, a descompletar, de elaboraciones de lectura y producción. En otras épocas llamada científica, hoy interrogada en su alcance de tal. Conjetural, es la pertinente nominación sostenida por Lacan.

Es posible que enseñanza y transmisión devengan en uso sinonímico, la semiosis inestable ínsita al significante habilita a tal desliz. Tal vez sea preferible enfatizar la enseñanza en la posición del que allí enuncia o se da a leer, y acentuar la transmisión como decantación-apropiación desde el lugar del que escucha, interroga.

---

<sup>142</sup> Presentado en Jornadas de Escuela Octubre 2022 - EFBA

<sup>143</sup> Texto que incorporo en adenda.

Lo transmisible conviene desagregarlo no sin traslapes<sup>144</sup>, en imaginario, simbólico, real. La trinidad de Lacan.

Lo imaginario se tematiza como conocimiento y como tal es puesto en cuestión en su pretensión de completud. Los conocimientos se pueden acumular, refutar, complejizar.

Lacan pone en cuestión su alcance en tanto su noción de saber alude a la articulación significante, que conmociona y vuelve potencialmente engañoso cualquier conocimiento. Implícito el tenor de rechazo de lo analógico. Esa dimensión de trama significante suele acontecer como el sitio de los hallazgos clínicos relevantes del saber en tanto saber inconsciente. Es allí que pudo afirmar que el inconsciente no es de ese orden. Cita: “el inconsciente no es un conocimiento. Es un saber y un saber en tanto lo defino por la conexión de significantes”. Del seminario 21, en que replica perspectivas.

Ahora bien, la articulación significante en el intento de transmisión solo se acerca en el contexto de las derivaciones de la enseñanza de Lacan, por el recurso de letras, matemas, formalizaciones diversas. Que no dejan de operar como saber referencial, a diferenciar del saber textual que depara la emergencia en el decir analizante.

Lacan, referente de lectura que habilita al diálogo en nuestra parroquia, acerca el conocimiento a la comprensión, a la que en tensión de diferencia con el psiquiatra y filósofo Karl Jasper, considera “nauseabunda”. Acontece que seguir a comprometidos en su enseñanza, puede llevar a desconsiderar el valor de la argumentación, suplida por las combinatorias de letras y formalizaciones diversas. Aspecto en el que estos recursos deparan alternativas que exceden o limitan el alcance de los conceptos que así se eliden.

No resulta de mayor alcance intentar una denotación sin connotaciones. Apuesta que intenta que el psicoanálisis no se pierda en literaturas y mitos diversos. Paradojas del recurrir al mito por el propio Lacan, particularmente el de la llamada laminilla. Enigmático órgano descrito en su potencial destructividad.

Cierto rehusar del conocimiento no deja de retornar como dilemático para el propio Lacan, quien en Lituraterre pudo estar atento y expresar: “de pronto me entero que por eso -alude al saber en fracaso- se creen dispensados de dar prueba de algún saber”. De la propia cita no surge una diferenciación nítida de ese “algún saber”

---

<sup>144</sup> El nudo llevado al plano lo permite. Más allá de poder poner en cuestión el llevar la estructura a la mostración en cuerdas. Es opinión.

con el conocer. ¿Hay transmisión sin conocimiento alguno? No parece sostenible, a mi lectura no acontece.

Acompaño con otra cita que radicaliza la postura de Lacan: “*no hay conocimiento, no hay sino saber en el sentido en que ...uno se engaña. Una equivocación eso es de lo que trata*”. Del seminario 24. Referencia que tiene como trasfondo un matiz de puesta en cuestión del valor del fallido como retorno de lo reprimido, versión freudiana. No está expresado con nitidez, pero se da a leer el suplir, o aún abandonar la revelación del fallido, por la patinada. Otras lecturas consideran que lo que domina es el encuentro con lo real del inconsciente como atractor, sin necesariamente el abandono de la represión de raigambre en aquello intolerable al yo.

En esa configuración: “el saber se enseña tal vez, pero lo que se transmite es la fórmula”, afirma aludiendo a las fórmulas de la sexuación. Del seminario 19.

Su radicalidad, la del propio Lacan, ofrece otras trazas que valen para no sacralizar su enseñanza: “No hay ninguna razón para que no se ponga mi enseñanza en falta”. Del seminario 24.

Intentamos haber recorrido una dificultada diferenciación en las dimensiones imaginarias y simbólicas de la transmisión. Ahora bien, si hay una dificultad mayor es en cuanto a lo real de la misma, si fuere su alcance la transmisión de un saber hacer. A entramar con el recurso a las aproximaciones a lo que designe el término semblante, y desde ya a su invento el objeto a. No es esta la ocasión, pero mi lectura interroga allí el alcance creacionista de Lacan.<sup>145</sup> Lo evidente es que su enunciación opera entre analistas con cierta aproximación al comodín conceptual. Me disculpo de generar polémica, sin el espacio de debate pertinente.

Lo real opera como un atractor. Y eso tanto en la configuración estructural de la posición sujeto -no abro aquí el alcance de la noción sujeto- como en la intensidad con que ocupa a la comunidad lacaniana.

El valor de dar fundamentos a una lógica de la incompletud a la que por distintas vías apunta y logra Lacan, corre un riesgo en su derivación. Lo indecible, lo indecidible, lo impredicable, lo intransmisible, al relevarse en su insistencia pueden elidir la tematización de lo alcanzable. Alcanzable no sin franqueamientos.

---

<sup>145</sup> Desplegada en “Lacan en entredicho – para una lectura crítica de La Tercera” Eduardo Said – Editorial Prometeo 2019

Esa insistencia bordea la apuesta a un acercamiento a la mística. Es opinión. Ya el joven Lacan renombró en 1933 su tal vez único poema conocido, como “Hiatus Irrationalis”. Tiempo que parece haber habilitado a la inmersión en Jakob Böhme, teólogo luterano del medioevo, inscripto en las secuencias de la teología negativa. Para las que el nombre de Dios solo puede aproximarse por las negatividades. La imposibilidad de su demostración haría signo de una trascendencia al absoluto.

Resulta localizable el valor de la radicalidad de las negatividades en Lacan, puntualmente en su resituación de lo real. Interesante producto como para vislumbrar una perspectiva subtendida en el decurso de su enseñanza. No sería fortuito que emerja como la manifestación más fuerte del propuesto otro goce, el goce místico, que Lacan emparenta al goce femenino.

Enigmática la trama que propone sobre finales del seminario XI entre la diferencia absoluta y la emergencia de la significación de un amor sin límites. Lo absoluto y el amor sin límites revelarían el acontecer de las vicisitudes de goce en las místicas. Acompañando a Lacan con El Éxtasis de *Santa Teresa de Bernini*.

Estar advertidos de la incompletud o incompletitud no conviene que depare el desestimar lo alcanzable. Tomo como alusión fuerte el dicho de Lacan: el psicoanálisis es un sesgo práctico para sentirse mejor.

Retornando sobre la transmisión; conviene la evitación de la infatuación, aunque está puede ser sostenida aún desde la nominación de la portación de la falta en ser. Se trataría de propiciar la apropiación por parte del lector crítico.

Adenda

### **Notas sobre la enseñanza y transmisión del psicoanálisis** <sup>146</sup>

Estas reflexiones representan opiniones que, si bien se nutren del intercambio en el Cartel de Enseñanza y Transmisión de la EFBA, me transitan en lo personal por estar implicado desde hace muchos años en el intento de enseñar psicoanálisis, también, en la universidad.

Parto de un acuerdo casi general: la formación del analista se

sostiene, y ya desde Freud, del análisis personal, de lo transmisible del psicoanálisis por la vía de la enseñanza y del análisis de control. El acento mayor está puesto en el pasaje por la posición analizante, condición necesaria pero no suficiente, a mi entender, para autorizarse al lugar de analista. Son tres que no hacen un todo y que se deciden en el entramado singularísimo que devendrá en el invento por cada quien de posición analista. Si así acontece. Resalto la particularidad de imbricación de tres en un uno, no-todo; en su particular anudamiento como reinvento.

Una escuela, reunión de analistas, en tanto centrada en la formación, la de cada uno en sus tiempos; está también convocada a sostener las trazas del psicoanálisis en la cultura. Pero no deja de ser la formación permanente de los analistas su fundamento vertebral. El conector de intensión y extensión.

Enseñanza y transmisión podrían llegar a tomarse como sinónimos, sin caer en redundancia. Los pequeños tonos diferenciales suelen enriquecer la semiosis. Entiendo conveniente marcar la diferencia en función de los lugares en juego en el lazo discursivo que allí se produce; lazo social, por cierto. Enseñanza enfatiza el borde del que enuncia, del que agencia, del soporte del semblante; en tanto transmisión viene más a acentuarse desde el lugar del que escucha, reprocessa, elabora, inscribe, asume, produce lectura. Si es que algo de esto pasa.

¿De qué “estofa” es lo que se enseña y se transmite?: cabe aquí abrir una primera tripartición, algo ajustada y simple si se pretende nodal. Se trata de saberes que podrían desandarse en la dominancia relativa de los registros.

Saber como **conocimiento**, dominancia **imaginaria** en tanto estabilizante de significaciones y que concentra su operación por el recurso de su acumulación y complejidad.

Saber como **articulación significativa**, que se demuestra o aún se muestra en fórmulas, esquemas, topologías, nudos. Que intentan desplegar, trascender, aún agotar el límite de los contenidos, de los conocimientos.

Saber como **saber-hacer**, si se pretende una dominancia **real**; anudada por cierto. Dimensión del acto, sus condiciones de determinación y sus efectos.

## - De la versión imaginaria: del saber como conocimiento

Lacan sostiene una advertencia fuerte en orden a no confundir conocimientos con saberes. Diferencia que se señala con particular contundencia para la praxis del psicoanálisis. Puntualmente en cuanto a la dimensión del saber inconsciente, radicalmente diferente a conocimientos acumulados.

Ilustro con alguna cita: *“de donde hay que partir es de esta fuerte afirmación la de que el inconsciente no es un conocimiento. Es un saber, y un saber en tanto lo defino por la conexión de significantes. Primer punto. Segundo punto: es un saber disarmónico que de ningún modo se presta a un matrimonio feliz,” - Del Seminario 21 – clase 15.*<sup>147</sup>

Si el inconsciente, como anuncia Lacan, no es un conocimiento, sino un saber y disarmónico: ¿Cómo transmitir su concepto y que no sea solo por la imposición de los enunciados que así lo afirman? ¿La falta en ser, la castración, se transmiten por otra vía que la del análisis? A la hora de sustentar la enseñanza y la transmisión, convendría no eludir estas preguntas.

La operación analítica como tal, y el intento de su enseñanza; no se despliegan en iguales coordenadas discursivas, aún cuando se soporte allí el conector estructural de la intensión a la extensión.

Lacan pone entre las verdades llamadas primeras; que el pensamiento, lo que hace sentido, induce a considerar lograda la proporción sexual. Desde allí, los conocimientos copulan, y lo hacen engañosamente bien. Allí el conocimiento se da un gusto en aclarar la opacidad sexual.

Algunas citas de Lacan:

*“el conocimiento entonces, desde el comienzo se muestra como lo que es: engañoso” - Seminario 23 - clase 4.*<sup>148</sup>

*“no hay conocimiento, no hay sino saber en el sentido en que ... uno se engaña. Una equivocación (Une bévue), eso es de lo que se trata” - Seminario 24 – clase 2*<sup>149</sup>

La radicalidad de la exclusión de las vías del conocimiento, en

<sup>147</sup> Jacques Lacan – Seminario XXI – *Los nombres del padre* - inédito

<sup>148</sup> Jacques Lacan – Seminario 23 – *El sinthome* - Paidós

<sup>149</sup> Jacques Lacan – Seminario 24 – *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile á mourre-* inédito

consonancia con la indicación del olvido de la teoría en el acto clínico: ¿autorizan a formular que no hay enseñanza de conocimientos?

Aun cuando se acentúe la posición de lectura crítica como necesaria; no creo posible, ni necesario, evitar tramas de conocimientos. Sin desatender la orientación de Lacan en Radiofonía: *“Ninguna significación será en adelante considerada como sobreentendida”*<sup>150</sup>

Otro término sujeto a consideraciones en correspondencia con el de conocimiento es el de comprensión. Lacan indica en muchas ocasiones no apresurarse a comprender. No cerrar la imaginización coagulando sentidos, copulando sentidos. Es en el campo clínico que su advertencia se extrema:

*“¡Cuidense de comprender!”, y dejen esa categoría nauseabunda a los señores Jaspers y socios”*<sup>151</sup>

La *“sumisión completa, ..., a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo”*, propuesta en *“De una cuestión preliminar...”*<sup>152</sup>, no equivale a comprender los sentimientos, sino ajustarse a la estructura.

Estar advertido de la compulsión a la síntesis y al apresuramiento comprensivo como atribución mayor del yo de cada quien, no debería leerse como una apuesta a lo inefable.

#### - **De la dimensión simbólica del saber**

El saber es definido por Lacan por la conexión combinatoria de significantes. Fórmula ésta que requiere ser desagregada y desplegada en diversas secuencias.

Recurro sólo a algunas de ellas: saber en falta, saber trabajando, saber en suspenso, insuficiencia de saber, textura de la que un sujeto es descifrable, saber como medio de goce.

Y una cita privilegiada de Lituraterre<sup>153</sup>:

*“Insisto en corregir mi tiro cuando digo: saber en fracaso, he ahí donde el psicoanálisis se muestra mejor. Saber en fracaso..., eso no*

<sup>150</sup> Jacques Lacan – *Radiofonía y Televisión* – Ed. Anagrama

<sup>151</sup> Jacques Lacan – *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956* – Escritos I – Siglo XXI

<sup>152</sup> Jacques Lacan – *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* – Escritos II – Siglo XXI

<sup>153</sup> Jacques Lacan – *Lituraterre* – traducción material interno EFBA

*quiere decir fracaso del saber. De pronto me entero que por eso se creen dispensados de dar prueba de algún saber”.*

Vale recordar la advertencia de Lacan: saber en fracaso, no equivale a fracaso del saber. Por otra parte, no puedo no leer que en la propia expresión de Lacan: “*dar prueba de algún saber*” se desliza un borde de conexión significativa con conocimiento.

Lacan propone como ejemplo mayor del saber en su recorte simbólico a los números. Dice: “*Qué es lo que ahí dentro puede transmitirse de un saber? En fin, ¡hay que elegir! Son los números quienes saben, porque hicieron emocionarse a esta materia organizada en un punto, seguramente inmemorial, y siguen sabiendo lo que hacen. ... sólo en forma abusiva, ponemos ahí dentro un sentido y toda idea de evolución, de perfeccionamiento,*” Seminario 19 – clase 4 – 3.02.72<sup>154</sup>

Es posible que el ejemplo de la serie numérica no alcance para definir el saber inconsciente como saber trabajando por la complejización que conlleva el campo ampliado de *lalengua*, pero basta como indicación de hacia qué límites de despojamiento de contenidos apunta Lacan.

En la línea de afirmar el saber por la vertiente de la conectividad significativa va otra cita del seminario 19: “*esas cuatro fórmulas están allí inscritas (se refiere a las fórmulas de la sexuación) para transmitir un saber, porque el saber, en la materia, el saber se enseña tal vez, pero lo que se transmite es la fórmula*”.

Tomo de allí el acento en la fórmula como expresión concentrada de la apuesta de Lacan al significante simple, a la formalización, a la lógica, la topología, los nudos y su productividad creacionista.

De todas maneras, los juegos combinatorios del significante despojados de sentido, no operan para el parletre, en forma equivalente a los de los dispositivos computacionales. La letra, borde del agujero en el saber, litoral con el goce, impone una tensión de vectorización restrictiva al alcance del libre juego combinatorio.

#### - **Sobre la dimensión real del saber**

Si la hubiere, se trataría del saber-hacer. Del acto en tanto se lo considere en el contexto del significante.

El saber-hacer aparenta en principio acercarse a la imprecisa idea del “saber” en el campo animal. Un hacer que allí parecería depender del “saber” atribuido al instinto.

---

<sup>154</sup> Jacques Lacan – Seminario 19 - ...o peor - inédito

El saber-hacer, aún el del llamado esclavo, explicita Lacan, no es sin el entretendido de lenguaje y en eso es transmisible. Esa fue la condición de posibilidad de la apropiación al bolsillo del Amo. De allí que se nombre como episteme al saber en tanto transmisible.

Dice Lacan en el seminario 24: *“No hay ninguna razón para que no se ponga mi enseñanza en falta. Trato de decir que el arte está más allá de lo simbólico. El arte es un saber—hacer.”*<sup>155</sup> Retoma así la expresión “saber-hacer con” como arte, artificio, atribuido a Joyce. Entiendo que para los analistas se ajusta mejor el saber-hacer como artificio.

Llega a poner en cuestión la transmisibilidad misma de saber en psicoanálisis. Es fuerte su tardía consideración en *“Intervención sobre la transmisión”* del 9.7.79: *“hice mi Proposición, la que instauro lo que llamamos el pase, por el que hice confianza a algo que llamaría transmisión, si hay una transmisión en psicoanálisis. Tal como llego a pensarlo ahora, el psicoanálisis es intransmisible...Es fastidioso que cada psicoanalista sea forzado a reinventar el psicoanálisis. Si dije... que el pase me había decepcionado, es por el hecho de que haga falta que cada analista reinvente, según lo que haya logrado retirar del hecho de haber sido un tiempo psicoanalizante, que cada analista reinvente el modo (façon) en que el psicoanálisis puede durar.”*<sup>156</sup>

Es por lo que conlleva de intransmisible el psicoanálisis que, cada quién que se autorice a analista, será forzado a reinventarlo. Entendemos el invento como la particular forma en que se anudan los tres del trípode freudiano. Nudo que entrama las dimensiones imaginaria, simbólica y real del saber en fracaso. El invento configura la especificidad del artificio en el saber-hacer anudado.

Se tratará siempre de lo que pueda imbricarse a lo que se haya logrado retirar de un tiempo analizante.

Lacan explicita su pregunta por la enseñanza, sobre el borde final de la suya: *¿La enseñanza? Se trata de provocar en los demás el saber hacer allí..” - Seminario 24 – clase 8.*<sup>157</sup>

A los fines de avanzar sobre la especificidad de la enseñanza y transmisión del psicoanálisis, son las alternativas de los discursos y allí el elemento o letra a ocupar el lugar que agencia o comanda su ordenación, las que nos orientan.

---

<sup>155</sup> Jacques Lacan – Seminario 24 – *L’insu que sait de l’une-bévue s’aile á mourre-* inédito

<sup>156</sup> 9° Congreso de la École Freudienne de Paris - *Traducción de Michel Sauval -* Acheronta 17

<sup>157</sup> Jacques Lacan – Seminario 24 – *L’insu que sait de l’une-bévue s’aile á mourre-* inédito

Los analistas somos llevados a usar términos diferenciales a los del circuito de la universidad. Donde allí se designa docente-profesor, especificamos enseñante. Alumno-estudiante, se nomina en la EFBA con una referencia algo lateral a la condición de participante de una red.

Los nombres distintivos tienen el valor de convocar a tensionar la diferencia implicada en la propia nominación. Pero podríamos sospechar que puede no bastar para distinguir la posición de enunciación, que determina la función semblante en el discurso. Sería de una enorme simpleza adjudicar el nombre de discurso universitario al que se produce en la institución-edificio universidad y dar por supuesto que la enseñanza del psicoanálisis en las escuelas-encuentros de analistas, no está incida por el ordenador maestro, el saber, el sujeto en su barramiento. Señalo aquí, casi al pasar, el privilegio de S1, S2, \$.

La propia hipótesis de poner allí el objeto “a”, es en la enseñanza hartamente difícil de sostener.

Es contingencia ocasional en la clínica y se hace dilemática en la enseñanza.

*“No ha de creerse que en modo alguno sostengamos nosotros al semblante. Ni siquiera somos semblante. Somos en ocasiones lo que puede ocupar su lugar y hacer reinar ahí, ¿qué? —el objeto a.”*, dice en el seminario 20.<sup>158</sup>

El propio Lacan puesto a enseñar se dice en posición analizante. Entendemos tal, aquella que la letra del sujeto barrado hace presente, en tanto sostenga al límite la pregunta que habita su entusiasmo. Me valgo de este término, precioso a la Nota Italiana.<sup>159</sup>

No se trata para el caso de una equivalencia completa al barramiento histórico de insatisfacción en el rehusamiento, en tanto enmascara lo imposible.

Llevar al límite el saber, llevar la formalización a la insuficiencia, requiere de la ordenación del discurso también por las vías alternativas del maestro, el saber, el enigma. Poner en la enseñanza el “objeto” a en el agente, entiendo se podría verificar de su correlato: *“interrogar como saber lo tocante a la verdad.”*<sup>160</sup>

<sup>158</sup> Jacques Lacan – Seminario 20 – *Aún* - Paidós

<sup>159</sup> Jacques Lacan - *Nota Italiana*. Revista Uno por Uno.nº 31 EOL Abril 1991

<sup>160</sup> Jacques Lacan – Seminario 20 – clase 8 *Aún* – Paidós: *“El analista, en efecto, en todos los órdenes de discurso que se sostienen actualmente ...es quien, al poner el objeto a en el lugar del semblante, está en la posición más conveniente para hacer lo que es justo hacer, a saber, interrogar como saber lo tocante a la verdad”*

Sin apremiar un casamiento siempre posible con la verdad, se trata de colocar al saber en fracaso.<sup>161</sup> Pero primero hay que hacerlo andar, así como se dice del discurso del amo.

Y algunos saberes hay que saber, aunque no se totalicen.

Para terminar: *“que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha”*<sup>162</sup>

Es la enunciación la que se olvida, la que queda elidida tras el enunciado. No sé si siempre. Y es centralmente la posición enunciación la que tipifica una enseñanza.

De allí, vale extremar el movimiento a los efectos de transmisión en los demás. Lo que se escucha, no lo decide necesariamente el que enuncia, aunque reciba del Otro su propio mensaje invertido. El sentido se produce en el lugar de la escucha, sin alcanzar a disolver en ello emisor y receptor.

¿Es transmisible el lugar de enunciación?

¿Es posible-necesario-contingente-imposible, la cesión del lugar de enunciación?

¿Depende de la letra que ordene la enseñanza?

¿Depende del estilo o aún del síntoma del enseñante?

Provocar en los otros un saber hacer allí; si eso es una enseñanza, conviene que implique una enunciación habilitante a una “transferencia de fondos”. Convendría al llamado enseñante, estar advertido de facilitar, en lo que fuere posible, la apropiación por el otro, así con minúscula. Una especie de facilitación de un “acto criminal” en el plano del saber. O una caída, por qué no allí, de la suposición del saber que se suele absolutizar del lado del Otro. No otra cosa podría ser en la enseñanza: saber en fracaso.

Tal vez sirva de aproximación, desprenderse del tono infatuado y solemne que nos suele habitar a los lacanianos. Del que supongo no hago excepción con este texto.

---

<sup>161</sup> Jacques Lacan - Seminario 17 - clase 17 – *El reverso del Psicoanálisis* – Paidós  
*“¿En qué son incompatibles saber y verdad? ...nada es incompatible con la verdad. Se mea, se tose, se escupe adentro: es un lugar de paso o para decir mejor de evacuación del saber como resto. ... Es notorio que puse en guardia al psicoanalista para que no connotara de amor ese lugar con el que está de novio por un saber. Se lo digo enseguida: nadie se casa con la verdad.*

<sup>162</sup> Frase del escrito L’Etourdit, retomada por Jacques Lacan en su seminario 20 – *Aún* - Paidós

No obstante, la trasmisión tendrá por condición esencial el trabajo de lectura-apropiación, que entrame al lector crítico, a la hiancia abierta por su tránsito analizante.

Es la posición de lectura sinthomal, de invento singular, la que permitirá llegado el caso, *“prescindir de él a condición de servir-se de él.”*<sup>163</sup>

Sospechamos que el término “intersignificancia” echado a rodar por Lacan, señala el conector; el lugar propicio para que, de la vacilación del Otro el sujeto tome provecho.

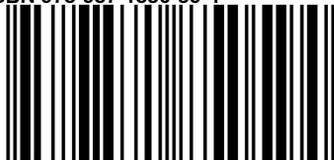
---

<sup>163</sup> Referencia al Nombre del Padre en el Seminario 23 – *El sinthoma* - Paidós

Además de los tópicos que nos permiten reconocer a un autor, mi impresión al recorrerlos es que son la decantación de una extensa y rigurosa elaboración de la clínica. La clínica, en efecto, no sólo acontece en la experiencia analítica como tal, la clínica es la lectura de esa experiencia. Y en estas páginas el lector se encontrará a un analista que interroga sistemáticamente nuestra práctica, no descansando en la comodidad de ciertos lugares comunes que, al decir de Lacan, citando a Mallarmé, pasan de mano en mano como una moneda gastada.

Extracto del prólogo de Gabriel Belucci

ISBN 978-987-1850-59-4



9 789871 850594